

ERTO

revista de documentacion social

OCTUBRE



1 pta.

Apuntamiento de Madrid

CUADERNOS DE CULTURA formará su
inteligencia sin el menor esfuerzo mental ni sacri-
ficio económico.

La revista **ORTO** le formará su conciencia, leyendo
a los grandes maestros de la sociología contem-
poránea.

Los **CUADERNOS DE CULTURA** le presentan,
poco a poco, en dosis asequibles al menos apto,
todos los conocimientos humanos.

La revista **ORTO** los humaniza y enfoca hacia una
sociedad más justa, creando ciencia sobre la des-
gracia del trabajador.

**No deje de contribuir a este gran
esfuerzo desinteresado de cultura
y emancipación social**

Haga usted una

Suscripción combinada

a las dos publicaciones, y por

11'50 Pesetas

podrá recibir

12 números de

**CUADERNOS
DE CULTURA**

y 6 números de la

Revista ORTO

ORTO

Revista de documentación social

SE PUBLICA UNA VEZ AL MES

SUSCRIPCIÓN

España.
Semestre..... 6 pesetas.
España y América.
Un año..... 12

PAGO ANTICIPADO

Dirigir toda la correspondencia a

MARÍN CIVERA

Calle de Luis Morole, 44

VALENCIA (España)

Oro

REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Dirige: MARÍN CIVERA

Gráficos: JOSE RENAU

Año I Núm. 8

Valencia, oct. 1932

La subversión de la economía alemana

El desastre financiero

CUANDO en los momentos de la quiebra del principal establecimiento de crédito austriaco, el *Credit-Anstalt* —que minó los cimientos de la estructura bancaria y financiera de Austria— deseando saber si este acontecimiento tendría repercusiones peligrosas en Alemania, el economista Hans Prieste se presentó en la sede de la *Darmstädter und Nationalbank*, en Berlín, se respondió a la exposición de sus aprensiones con violentos signos negativos, jocosas bromas y todos los signos de la más extremada confianza en el porvenir. La situación, reconocían que seguía siendo delicada: Alarmados, sin duda, por la quiebra de Viena, los extranjeros habían efectuado retiradas macizas, y la *Reichsbank*, habiendo perdido en algunos días 700 millones en oro y divisas, se había visto obligado a elevar, del 5 al 7 % la tarifa del descuento, pero habiéndose presentado la moratoria de Hoover todo quedaba arreglado. Al fin y al cabo, ¿los bancos alemanes no estaban superiormente equipados y racionalizados? ¿No tenían una experiencia y cantidades dadas que les permitían afrontar todas las eventualidades y resistir victoriosamente todo inci-

dente imprevisto? ¿No eran estos bancos, pues, los que antes de la guerra, con su audaz política de crédito habían permitido a la industria alemana proporcionarse un utillaje de primer orden, conquistar mercados extranjeros y ocupar en el mundo el sitio que ocupaba? ¿No eran ellos los que, durante las hostilidades, habían procurado al Estado alemán los medios para resistir victoriosamente contra toda la Europa coligada, los que desde 1920 habían devuelto su equilibrio a la economía alemana, favorecido la concentración de las empresas y restablecido las empresas gigantescas, como la *I. G. Farbenindustrie*? Esto era cierto, sin duda, y sin embargo...

Sin embargo, algunos días después de esta entrevista, el 13 de julio de 1931, la *Darmstädter* cerraba sus ventanillas; abocados a la quiebra los otros grandes bancos apelaban a la policía para proteger sus inmuebles de la «avalancha» del público enloquecido y al Gobierno para reponer sus cajas. El pánico se esparció a lo lejos. Por decreto de las autoridades, en toda la extensión del Reich, los establecimientos bancarios cerraban la misma tarde sus puertas y las transacciones quedaban suspendidas en las Bolsas. El Consejo de administración de la *Banque des Réglements*

Internationaux, de Basilea, habían retrasado, en efecto, la renovación de los créditos de descuento a la Reichbank.

Lo que no había podido hacer la Revolución de 1918 ni la inflación, lo había realizado una simple demora en el extranjero: la armadura bancaria de Alemania había fallado.

Ciertamente que, considerando la economía mundial en el transcurso de los últimos años, se debe convenir en que en las causas de la crisis financiera alemana entran elementos que no son propios de Alemania. La baja de las primeras materias, debida a la superproducción; la caída de las cotizaciones del metal de plata; la revalorización de la libra esterlina; las retiradas de capitales efectuada por los americanos, con motivo de los incidentes de la Bolsa de Nueva York en 1928, han influido desfavorablemente en la economía de la Europa entera. Pero, a estos factores generales se han juntado otros de una naturaleza bien diferente que han sido suficientemente para dar a la crisis financiera alemana su carácter singular y particularmente dramático: el pago de las reparaciones, la ausencia de ahorro, el juego de los créditos extranjeros.

En su notable memoria, presentada a la Junta general de la Reichbank, el presidente, doctor Luther, ha hecho resaltar con mucha fuerza las perturbaciones ocasionadas por el pago de las reparaciones: «Es cierto —observaba— que el núcleo principal de las perturbaciones y peligros para la economía mundial debe ser investigado en el gigantesco proceso de las deudas políticas, las cuales, en flagrante contradicción con las leyes naturales del tráfico económico internacional, habiéndose acumulado unas sobre las otras, infligen por saldo, a los mismos acreedores más perjuicios que beneficios les procuran, y hoy aún, trece años después del final de la guerra, impiden el funcionamiento normal de la economía del mundo y se oponen al restablecimiento de un verdadero estado de paz y confianza. En esta serie de deudas de guerra, los cambios de las reparaciones impuestas a Alemania tienen una importancia particular. Aunque los expertos del Comité Dawes hayan consignado, desde 1924 en su Memoria, que Alemania no podía ejecutar las reparaciones más que con los excedentes del balance de su comercio y sus servicios, y que hayan

afirmado que un pago de reparaciones, efectuado por medio de empréstitos y créditos extranjeros, no haría más que ocultar la realidad, las reparaciones alemanas han sido, de hecho, pagadas con los productos de empréstitos y créditos, atendiendo a que Alemania no realizaba ni podía realizar los excedentes económicos indispensables.

Los acontecimientos que se produjeron en ocasión de la moratoria de Hoover, la crisis bancaria alemana, las negociaciones relativas al acuerdo sobre los créditos y las comprobaciones de los Comités de expertos de Baden confirmaron, más y más, la convicción de que Alemania era empujada hacia la ruína. El punto culminante está alcanzado hoy. Dada la solidaridad que crean entre los países las relaciones económicas, en el mundo moderno, el sistema de las reparaciones y otras deudas políticas se ha revelado como un mecanismo intolerable a la larga. No existen ya otras soluciones que eliminar, lo más rápidamente posible en la forma, este sistema que ha quedado aniquilado por los hechos.» (*Memoria* del 16 marzo 1932.)

La perturbación causada por el mecanismo de las reparaciones estaba acentuada por las nuevas costumbres financieras de la población. Sin duda, los alemanes, no han manifestado jamás un culto excesivo al ahorro, pero hoy toda idea de ahorro ha desaparecido. Se ridiculiza a cualquiera que confiesa su intención de «reservar un poco de dinero»; se le acusa de avaricia o de infantilismo. ¿Para qué ahorrar? ¿Se sabe lo que traerá el día de mañana? Los crueles recuerdos de la inflación están aún demasiado recientes. Aquel que creía haber realizado un fructífero negocio se encontraba arruinado una hora después, tan rápidamente se desvalorizaba el papel moneda. El más hábil era el que más pronto adquiría la mayor cantidad de género, porque cambiaba así los valores inestables, fugitivos, por valores reales, de un uso cierto y constante: en el momento en que el obrero cobraba su jornal, marchaba precipitadamente a casa del tendero, el zapatero o el fondista, y, a menudo, el que llegaba demasiado tarde para trocar los billetes de Banco que le quemaban las manos, perdía en un instante el fruto de una semana de trabajo.

Ahora que las pesadas monedas de plata de tres o cinco marcos han reemplazado

a los pegajosos billetes de un millón y hasta de mil millones de marcos, las costumbres parecen haberse modificado. En la apariencia solamente. La inquietud continúa torturando los corazones y sigue el desprecio al numerario. Alemania prefiere vestirse correctamente, tener alojamiento confortable, comer hasta saciarse, a vegetar parsimoniosamente en el respeto supersticioso de la cuenta en un Banco.

Sin embargo, sin ahorro, sin depósitos a plazos importantes, ¿cómo podrían trabajar los Bancos, distribuir el crédito, proporcionar a la industria y a la agricultura los medios indispensables para el funcionamiento normal de las empresas? Como ha hecho observar el señor Hans Fürstenberg, en *Dreijehre Goldwörung*, 1928, la desafección de los alemanes a los depósitos en las Cajas de ahorro y los Bancos, la costumbre de gastar a modo y medida de sus ingresos, «entrañaron primero una penuria general de disponibilidades líquidas e impidieron, a las Cajas de ahorro y a la Banca, realizar sus funciones esenciales. Las Cajas de ahorro, tomadoras naturales de los empréstitos de los Estados y de las cartas de garantía, se encontraron en la imposibilidad de desempeñar el papel que les incumbe naturalmente. El crédito del Estado se resintió. La agricultura y la construcción no pudieron encontrar recursos en el crédito hipotecario, más que a tasas casi prohibitivas. Aún fué peor la cosa para los Bancos, porque, imposibilitados para ejercer sus actividades en condiciones normales, fueron la puerta abierta a la finanza extranjera y se la vió entonces penetrar hasta lo más profundo de nuestra economía.»

En particular, los Estados Unidos, que, a causa de las consecuencias de la guerra, detentaba la mayor parte del oro mundial, concedieron una considerable atención a las emisiones alemanas y gratificaron a Alemania con créditos de un importe considerable. Dígase lo que se diga, Alemania no puede ser tenida por responsable de la enormidad de los empréstitos, seguramente desproporcionados para sus verdaderas necesidades. Deseando aprovechar la elevada tasa de los intereses, los capitalistas extranjeros ofrecían su dinero con una fuerza y una insistencia tales que, psicológicamente, no se podía rehusar. Sin embargo, a causa de estos créditos, los Bancos alemanes se encontraban a merced del me-

nor incidente. Carecían de liquidez, su tesorería iba apretada; el volumen de créditos de reembolso pesaban mucho en sus balances. Pero, en el otoño de 1929, los acreedores extranjeros se dieron cuenta de que una parte de los fondos que habían adelantado para reequipar la industria alemana servían en realidad para pagar las reparaciones, es decir, para amortizar las deudas políticas con la ayuda de las deudas comerciales privadas; el éxito electoral de los partidos extremistas, socialnacionalista y bolchevista, aumentaron los temores. La repatriación de los fondos, las denuncias de los descubiertos comenzaron. Desde finales de diciembre de 1930 al final de julio de 1931, la acentuación de las retiradas revistió caracteres trágicos; tres millares y medio de millones de marcos de deudas a corto plazo fueron reclamados; los Bancos tropezaron con dificultades, causando la caída de las industrias que ellos sostenían. El pánico se apoderó del público, como en los peores tiempos de la inflación. «La ayuda que podía proporcionar la Reichbank se encontraba limitada en este asunto, porque el método para luchar contra el pánico, utilizando el crédito y los recursos del Banco de emisión, no es de un uso ilimitado, y más cuando se trata de un pánico proveniente del exterior, porque el Banco de emisión no puede emplear sus billetes con respecto al extranjero y debe, por el contrario, pagar en oro y divisas. Entonces se hizo especialmente evidente que —a causa de montante elevado de las deudas exteriores a corto plazo de Alemania, contra el excesivo aumento de las cuales había emprendido sin interrupción, desde 1925, una campaña vigorosa, pero desgraciadamente sin éxito— el encaje del oro y las divisas de la Reichbank no había sido, ni en las épocas en que había alcanzado su máxima importancia, más que una reserva constituida al azar de las ocasiones, que no representaba exactamente la verdadera situación de las disponibilidades, en divisas, de Alemania. Además, la alarma interior, que se manifestaba poco a poco, no podía ser combatida aisladamente con nuevas facilidades de la Reichbank porque estaba sujeta, por una parte, al pánico extranjero, y, por la otra, a las evasiones de capitales, a las que siempre ha demostrado las tendencias el extranjero... No le quedaba otro remedio a la Reichbank que defender su posición por

el medio, más y más desarrollado, de las restricciones de crédito. Al fin y al cabo, esas medidas restrictivas estaban estrechamente implicadas en la tentativa que la Reichsbank había emprendido, antes del cierre de los Bancos y, por lo tanto, para evitar aquel cierre, a fin de llegar a una moratoria de una modalidad cualquiera. Por escasas que fueran las esperanzas y por pequeños que hubiera estimado los resultados probables, la Reichsbank, aquella tentativa no podía menos que estar hecha para evitar una desgracia, inevitable de otra forma. La Reichsbank consiguió, a este efecto, el apoyo de numerosos elementos de la actividad económica y, en una carta muy conocida, dirigida al presidente de la Reichsbank, fechada en 7 de julio, las firmas industriales y los bancos se declaraban dispuestos a crear un fondo de garantía. Pero, hasta siguiendo esta línea de conducta, fué imposible renunciar a las restricciones, porque toda discusión con los principales Bancos emisores del extranjero a propósito de una moratoria suponía que la Reichsbank defendía en principio su propia posición de una manera particularmente evidente.» (Dr. Luther, op. citado.)

Entonces fué preciso confesarse vencido.

Como el incendio que de largo tiempo va formándose, ignorado de todos debajo de las cenizas, estalla de repente y en una llamarada consume cuanto a su alrededor se encuentra, la crisis financiera alemana sorprendió por su violencia hasta a aquellos que venían temiéndola.

Uno tras otro, las columnas colosales en las que se apoyaba el edificio bancario se hundieron con estrépito: primero la Darmstädter; después, la Dresdner Bank. Únicamente la Deutsche Bank quedaba intacta, pero era sólo en la apariencia. Era como uno de esos objetos calcinados que conservan las formas y el color de la vida, y que un soplo de viento, sin embargo, es suficiente para reducirlo a polvo. Cajas de ahorro, bancos hipotecarios, establecimientos de crédito, quebraban oprimidos por sus acreedores extranjeros que exigían la liquidación de sus anticipos, los depositantes que exigían con amenazas sus fondos y la clientela, que se demostraba incapaz de hacer frente a sus compromisos. Una expresión tendía a hacer palpable aquel estado de cosas: los créditos, repetían, se encontraban congelados.

Consortios y Cartels

Pocos espectáculos son hoy tan emocionantes para el hombre que sabe ver y comprender por encima de las apariencias, que el de las fábricas de la «J. G. Farbenindustrie», de Leuna. Aquellas inmensas construcciones rectilíneas y geométricas; aquellos silos, compresores, tubos; aquel conjunto sabiamente ordenado de hormigón, acero, hierro y cemento, llenan de admiración como antes podían hacerlo las catedrales. Se siente que una fuerza casi mística está encerrada entre aquellos muros, captada en las viguetas, y precisaría el genio poético de un Guyau para celebrar la ética de semejante realización. Allí está bien patente el símbolo y joyel de la economía industrial alemana, de una economía sintetizada por los carteles y los consortios, como el arte gótico lo estaba con la ojiva y el arbotante.

Al día siguiente de la guerra se asistió, en Alemania, a la edificación, en una vasta escala y con medios de acción particularmente poderosos, de verdaderos colosos industriales. Es cierto que, desde hacía mucho tiempo, se mostraba una tendencia a la concentración de las industrias, pero esta tendencia no tomó amplitud hasta que, por el juego imprevisto de las circunstancias, fueron reunidos todos los elementos, de un carácter al fin y al cabo temporal, susceptibles de concurrir a su desarrollo. La industria alemana, después de la derrota, se encontraba en presencia de problemas de reconstrucción, cuya solución se imponía con urgencia; había perdido sus minas e instalaciones de la Lorena, le faltaba el acero y el hierro; había tenido que ceder una parte de sus intereses en los negocios del Sarre y del Luxemburgo; los capitales le volvían la espalda. Para disminuir el costo de producción, restablecer la salida normal de sus productos, aumentar el volumen de sus disponibilidades, las empresas se fusionaron entre sí, se reunieron en organismos más capaces de resistir las crisis que las sociedades aisladas, inorgánicas, competentes entre ellas. Estos organismos eran los carteles, combinaciones técnicas y comerciales cuyo origen es, sin embargo, anterior a 1914, y los consortios, grandes compañías, comunidades de intereses industriales y financieros. Los talleres siderúrgicos fueron los primeros en lanzarse decididamente por el camino de la

concentración. Para remediar la precaria situación en que los situaba la falta de carbón, se anexionaron las minas. La casa Krupp, por ejemplo, aumentó su participación en el Sindicato del carbón reno-wesfaliano y se aseguró de esta forma una gran base, garantizándose el abastecimiento regular de combustible. Después del carbón le llegó el turno a los productos ferruginosos. Los talleres de mecánica, los astilleros, grandes consumidores de productos de segunda fabricación, se unieron estrechamente con los grupos siderúrgicos. Esta unión tuvo por resultado el procurar a los astilleros capitales para reconstruir la flota mercante y asegurar a los talleres siderúrgicos la salida regular de grandes cantidades de material. Ciertas disposiciones adoptadas por el Sindicato del carbón favorecían aún más la concentración. En efecto, el Sindicato daba a las empresas «mixtas», que producían carbón y hierro, el derecho de consumir *directamente* una determinada cantidad de carbón. A causa de ello, estas empresas mixtas obtuvieron, en las mismas condiciones, el carbón necesario para las firmas en las cuales poseían participación. Anteriormente era necesario tener una participación, de lo menos un 81 %, más tarde se rebajó este porcentaje al 35 %. Las sociedades, relacionadas con los socios del Sindicato, recibían, pues, el carbón a un precio inferior al del Sindicato. Tales medidas impulsaron, naturalmente, a las empresas mixtas a aumentar sus grupos, adquiriendo nuevas participaciones. Actualmente el trust del Ruhr, las «Vereinigte Stahlwerke», reúne así a las principales empresas mineras y metalúrgicas de la cuenca wesfalo-renana: a las tres sociedades de la «Rhein-Elbe Unión», las empresas «Thyssen», de Hamburgo, y «Phoenix», de Dusseldorf, la Bochenerverein, las minas de Gelsenkirchen, etc. Engloba el 80 % de los capitales de la metalurgia.

En 1925, para reducir los precios de costo y luchar eficazmente contra la competencia americana, que se ejercía no solamente en los mercados extranjeros, sino en la misma Alemania, el consorcio de la Anilina, impulsado por el profesor Bosch, su director general, se reforzaba y absorbía a todas las empresas, organizándolas en una unidad superior, la «I. G. Farbenindustrie A. G.», con un capital de 641'6 millones de marcos, en acciones ordinarias, y 4'4 millones de marcos, en acciones pri-

vilegiadas. La «I. G. Farbenindustrie» controla en la actualidad a cincuenta y cuatro sociedades, entre las cuales hay una acería, con un capital de 150 millones de marcos. El total de su activo alcanza la cifra de 1.750 millones de marcos, o sean, cerca de 5.250 millones de pesetas. Cuatro comunidades de explotación regionales (Betriebsgemeinschaften) organizan y racionalizan la producción. La salida de los productos está asegurada con cinco factorías, con sucursales regionales, especializadas en la venta de determinadas categorías: colorantes, productos azoados y farmacéuticos, sedas artificiales, productos inorgánicos, etc.

En la industria y el comercio de los aceites minerales, la unión de la «Deutsche Erdöl A. G. y la «Deutsche Petroleum», Sociedad controlada por las «Rütgerswerke», que poseyendo el 90 % de su capital, ha marcado la concentración, bajo una dirección única de casi todos los intereses alemanes.

La «Siemens-Schuckert» y la «Allgemeine Elektrizitäts Gesellschaft», concentración vertical y horizontal, al mismo tiempo, extienden su imperio en el dominio de la electricidad. Producen el material de alta y baja tensión, aparatos médicos o electro-químicos, turbinas, locomotoras, y agrupan todas las empresas que fabrican las fornitureas que se relacionan con la electricidad, desde el papel y la porcelana hasta el metal.

En fin, concentraciones en las que se trata más bien de la reunión de empresas análogas bajo una misma dirección que de una reorganización de empresas complementarias, se han realizado también en las diversas ramas de la economía, especialmente en la industria de la navegación. Así es como la «Norddeutsche Lloyd», después de haber absorbido a la «Roland Linie», de Bremen, a la «Hamburg-Bremen Afrika Linie», y la «Horn A. G.», de Lubeck, agrupa alrededor de la cuarta parte del total del tonelaje alemán.

Sin embargo, para que la industria alemana recuperara el terreno perdido, durante la guerra, y los años que la siguieron, tan pronto, no era suficiente racionalizarla desde el punto de vista externo; también convenía, en el interior de cada empresa concentrada, explotar las experiencias recientemente hechas en el ex-

tranjero, especialmente en los Estados Unidos; centralizar los servicios técnicos y administrativos, como se habían centralizado con anterioridad las mismas sociedades, y renovar el material; igualmente era necesaria, con una enérgica compresión de los gastos generales, una economía en la mano de obra, la rebaja de los precios de costo, compensar la elevación de los impuestos y, sobre todo, las medidas proteccionistas adoptadas en toda Europa, en particular en los Estados sucesores de la monarquía austrohúngara, tributarios de la industria alemana, que trataban de emanciparse de ella. La racionalización externa, orgánica, debía duplicarse con una racionalización interna, técnica. Alemania no fracasó en esta tarea. Se adaptó mejor el hombre a la máquina; se simplificó su trabajo, por medio de un perfeccionamiento de los procedimientos y de los medios de producción, pero, ¡ay!, se provocó también un recrudecimiento del paro forzoso. «En las minas de carbón —declaraba el señor Fürstenberg (op. citado)— el desarrollo de la explotación mecánica permite extraer las mismas cantidades que antes de la guerra, con una mano de obra reducida a su tercera parte »

Bien pronto la industria alemana se demostró la primera de Europa. Poseía el utillaje más moderno y el mejor adaptado a las necesidades, una mano de obra hábil, barata y superabundante; había reducido su coeficiente de explotación a un nivel que ninguno de sus competidores había podido alcanzar aún. Por desgracia, sus ventajas se volvían contra ella. Su potencia de producción, desproporcionada con las facilidades de salida, la ahogaban. Las relaciones, demasiado íntimas, con los Bancos la ponían a merced de una dificultad de su parte; en fin, el paro forzoso, la plétora de mano de obra sin colocación, que favorecía la compresión de los salarios, producía un malestar del que ella sentía los efectos indirectamente.

Naturalmente, consorcios y carteles trataron de reaccionar. Privados de salidas importantes en el exterior, se esforzaron en mantener los precios de venta del mercado nacional a un nivel suficientemente elevado. Se opusieron, a veces con violencia, a toda rebaja de las cotizaciones y lo consiguieron, al menos hasta 1930. El Instituto para el estudio de la

coyuntura, de Berlín, estimaba que el 18 % de la venta de los objetos de consumo —correspondientes a las necesidades caseras—, o sea alrededor de siete mil millones de marcos, correspondían a los precios «cartelizados».

El principal esfuerzo de la industria se produjo para una reducción de los salarios. Los patronos pretenden, en efecto, que son las cargas de los abonos de seguros sociales y el mantenimiento de los salarios al nivel actual lo que impiden el desarrollo de la industria. Se niegan a admitir que los excesos evidentes de la concentración y la racionalización, las tarifas aduaneras, las medidas «autárquicas» adoptadas por la mayor parte de los estados, el desorden de la Europa, son los más serios, los más graves y directos obstáculos. Los prejuicios de clase los ofuscan y les impiden darse cuenta de las realidades económicas.

Se sabe que Alemania está, administrativamente, dividida en distritos industriales. De uno a otro, los salarios, las modalidades y duración de la jornada de trabajo, reglamentados por los contratos colectivos establecidos y modificados de común acuerdo por los Sindicatos de obreros y patronos, varían; pero, sin derogación posible, se aplican uniformemente a todos los trabajadores de una misma industria y de un mismo distrito. Aquello es una puesta en práctica notable, aunque incompleta, de una idea propagada por los anarcosindicalistas, la del salario regional único.

En caso de diferencias entre Sindicatos de patronos y obreros, un árbitro, designado por el Reich, pronuncia en último extremo una sentencia declarada ejecutoria, bajo pena de ilegalidad, por el ministro del Trabajo.

Tal reglamentación no se explica más que por la organización del proletariado. En efecto, en Alemania existen cuatro centrales obreras, la «Allgemeiner Deutscher Gewerkschafts Bund» (socialdemócrata), la «Revolutionäre Gewerkschafts opposition» (bolchevista), la Central de los Sindicatos cristianos y la «Freie Arbeiter Union Deutschlands» (anarcosindicalista), que abarcan un total de alrededor de siete millones de obreros, o sea, un 50 % de los asegurados sociales. La importancia relativa de cada una de ellas aparece en las elecciones de 1931 de los Consejos de fábrica, organismos legales encargados en

cada fábrica de representar a los obreros ante la dirección. Los candidatos socialistas alcanzaron el 89 % de los votos; los católicos, el 5 %, y los anarcosindicalistas, el 3'5 %.

Entre los Sindicatos obreros y los dirigentes de la industria alemana se dirime, pues, una cuestión de fuerza. Hay que confesar que hasta aquí han sido los dirigentes los que se han impuesto. Así es como, a fines de 1928, únicamente para demostrar a la opinión que la Compañía era más poderosa que el Sindicato obrero, las acerías Becker, afiliadas a la «Vereinigte Stahlwerke», licenciaron a sus 4.000 obreros y empleados, quitando toda posibilidad de existencia a la ciudad de Willech (10.000 habitantes), que vivía de los jornales que aquéllas proporcionaban. Por lo tanto, el personal se ofreció a continuar el trabajo con un salario rebajado en un 15 %.

En noviembre de 1931, el director de «I. G. Farbenindustrie», el profesor Warmbold, se hizo cargo del ministerio de Economía, del Reich, y su primer cuidado fué promulgar un decreto-ley, el 8 de diciembre de 1931, preparando la denuncia de todos los contratos colectivos y la readaptación de los salarios al nivel de los de 1927. En fin, inmediatamente después de la huelga de los mineros belgas, que dió mucho que pensar a los industriales alemanes, se adoptaron medidas con vistas a prevenir una acción obrera. En particular, el decreto-ley del 9 de agosto de 1932, que instituyó los tribunales extraordinarios, cuya competencia se extiende a los delitos concernientes a la paralización de las fábricas que proporcionan el gas, agua y electricidad a las poblaciones. Las principales regiones industriales han sido dotadas de estos tribunales. Dos de ellos, por ejemplo, han sido erigidos en Dusseldorf y en Hamm.

Pero tales disposiciones resultan inocuas en la práctica, pues no refrenan el paro forzoso; no proporcionan trabajo a los seis millones y medio de alemanes que la racionalización y la concentración han lanzado fuera de las fábricas ni dan fin a las contradicciones internas que padece la industria.

A causa de la extensión y de la trabazón de las empresas, los administradores resultan las víctimas de las grandes cifras. No pueden seguir ya, dominar por sí mismos, sus negocios. Ya no saben dónde están

ni adónde van, siquiera. Toda visión directa es imposible.

Informaciones escritas, memorias, balances, sumarios, diagramas, sólo por estos medios indirectos, los jefes, alejados de los detalles, siguen siendo los árbitros de sus empresas. Esto es confesar que la realidad se les escapa. Se ven obligados a confiar a los Bancos el cuidado de guiarlos, informarlos y sostenerlos.

Los Bancos alemanes, al contrario de los Bancos franceses o ingleses, no están especializados. En efecto, se ocupan de todo, *allerleigesellschaften*, y bajo cualquier forma que ello sea; sin embarazar los cuadros de su administración ni preocuparse de las reglas admitidas en todas las otras partes, aportan una ayuda casi ilimitada a las casas en que están interesados; fundan sociedades industriales, colocando entre el público y presentando en la Bolsa las acciones, aseguran los aumentos de capital y las emisiones de obligaciones, pagan los cupones, sostienen las cotizaciones de los títulos por medio de ventas y compras especulativas, preparan las juntas generales, se encargan los actos financieros y ejecutan las operaciones bancarias corrientes. Casi todas las fusiones y absorciones realizadas en la industria se han verificado por su mediación. Tal concurso les asegura derechos: controlan las empresas y participan de los beneficios, por mediación de sus representantes en los Consejos de Administración («Aufsichträte»); atienden y establecen las grandes líneas de la política de las firmas. Por ejemplo, exigen que tal negocio modifique su actividad, domine sus existencias, que tal otro reorganice sus gastos generales y despida a una parte de su personal. También se le ha encontrado dispuesto para retirar los créditos a las sociedades que se negaban a entrar en un cartel o adoptar un proyecto de racionalización.

El debilitamiento de los Bancos tenía que entrañar el de la industria. Cuando los grandes establecimientos de crédito fueron arrastrados por la crisis y la armadura financiera de Alemania estuvo dislocada, los consorcios y carteles fueron alcanzados a su vez: Consorcio Lanero del Norte («La Nordwolke»); Concierto del Algodón, Compañía de Seguros («Frankfurter Allgemeine Versicherungsgesellschaft»), el trust de las cervezas («Brasserie Schultheiss-Patznhoffer»), se hundieron, arrastrando en su

caída a sus filiales. Los que subsistieron, privados de su sustancia, no debían su salvación más que al apoyo del Estado, es decir, al representante de la colectividad que ellos habían pretendido subyugar. En 1931, y durante el primer trimestre de 1932, el número de las quiebras aumentaba constantemente, alcanzando bien pronto un promedio mensual de 1.500 a 1.600. En el curso de los tres últimos años, cerca de 45.000 sociedades desaparecieron de esta forma, engulléndose enormes capitales y lanzando a la calle grandes masas de parados, que fueron a aumentar «el ejército industrial de reserva».

Si hay una inscripción cuya repetición incesante castigue actualmente las miradas en las ciudades alemanas, es ciertamente la de: «Zu vermieten», se alquila. No hay una calle, una avenida ni un boulevard donde no se puede verla, diez, veinte o cien veces, reproducida. Se alquilan almacenes, ayer exuberantes de riqueza; se alquilan tales grandes edificios; se alquilan aquellos locales industriales y estos Bancos.

Pero no, nadie los toma ya. Todo está liquidado, todo vacío, todo está muerto. Quiebra, y no ya de una empresa particular o de un conjunto de empresas, sino de todo un sistema. La quiebra del capitalismo privado.

Los cuadros tradicionales de la economía se han hundido. Todos piensan en que la economía anárquica, individualista y desordenada, debe dejar paso a una economía colectiva y dirigida. Toda la Alemania agrícola, bancaria e industrial se junta ya a la opinión del doctor Hermann Bücher, miembro del Consejo Económico del Reich: «Los tiempos del dejad hacer, dejad pasar, del individualismo ilimitado han pasado. La experiencia ha demostrado que la productividad de una empresa y de una economía nacional era más grande en un régimen de organización que bajo un régimen individualista. (Comunicación presentada a la Asamblea general del «Reichsverband des deutschen Industrie», en Frankfurt-sur-le Main, el 3 de septiembre de 1927.)

Pierre Ganiwet



El órgano de la paz

Ayuntamiento de Madrid

La organización de la producción agrícola

EL problema agrario es una de las cuestiones más graves que tendrá que resolver la revolución social.

De su solución depende, a buen seguro, el afianzamiento de esta revolución.

Todos sabemos que no será suficiente, *contra lo que preconizan en principio todos los partidos políticos*, cambiar la forma estática de un régimen, sustituir —a la cabeza del Gobierno— un partido determinado a otro.

Será necesario, ante todo, asegurar la *vida material* del país en revolución y este resultado no podrá obtenerse más que organizando la producción en general y, *en primer lugar, la producción agrícola*, según los nuevos principios, que serán la base del régimen nacido de la misma revolución.

Esta consideración es suficiente para requerir y retener la atención de los sindicalistas revolucionarios, federalistas y antiestadistas de todos los países y, muy particularmente en estos momentos, la de los proletarios españoles agrupados en la C. N. T.

Cualquiera que sea, sin embargo, la importancia *capital* de esta comprobación, hay otra que debe también guiarnos y que es indispensable estudiar, al preparar la producción agrícola, verdadera palanca de la revolución, y es la siguiente: *la revolución parece, cada vez más, que va a tener su nacimiento en las campiñas*.

Al analizar aquí la situación europea, hemos demostrado que el elemento campesino mostraba, en todas partes, una tendencia extremadamente marcada a ponerse al frente de los movimientos de rebeldía de carácter revolucionario.

En mi artículo publicado en el número 4 de ORTO, titulado «¿Qué será la próxima e inevitable revolución?», he comprobado, en efecto, que los trabajadores del campo, dándose plena cuenta de su situación, particularmente miserable, habían sacudido el yugo que los oprimía en casi todos los países. Además, es necesario reconocer —y lo hemos demostrado con hechos innegables— que, contrariamente a las previsiones, únicamente los movi-

mientos revolucionarios de carácter agrario habían, *parcialmente, triunfado*, cuando todos los movimientos de carácter industrial *fracasaron completamente*.

Como es lógico, no se trata de construir sobre esta demostración del momento un sistema ni de erigir una especie de dogma: *de afirmar que los movimientos industriales están siempre destinados al fracaso y que, en el porvenir, únicamente triunfarán los movimientos agrarios*.

Esto sería absolutamente contrario a toda nuestra doctrina experimental, y únicamente un partido político podría sentirse inclinado a pensar así y obrar en consecuencia.

Pero no deja de quedar bien demostrado: *a pesar de lo que se creía en nuestros Centros, generalmente —y que yo mismo he creído, a pesar de ser de origen campesino—, que los trabajadores del campo no serán fuerzas que sólo intervendrán después de los obreros de la ciudad*.

Todo conduce a la creencia de que aquéllos actuarán, por lo menos, al mismo tiempo y puede que antes que los trabajadores de las fábricas.

En todo caso, que intervengan simultáneamente con los obreros de la ciudad o antes que ellos, una cosa ha quedado averiguada de ahora en adelante: *los trabajadores del campo no serán ya una fuerza de reserva de la revolución, que acepta, más o menos, lo que esté ya realizado en la ciudad; será, si no la fuerza activa, esencial, al menos una fuerza que representará su papel desde el principio de la revolución, al lado del proletariado de las ciudades*.

Instruido por los ensayos pasados, muy recientes, conociendo el ardiente deseo de libertad de los trabajadores del campo, sabiendo que son en todas partes, y en España más que en ninguna parte, partidarios de una organización seria de sus fuerzas en el terreno sindical y de la preparación de la gestión y la explotación de las tierras, tenemos el imperioso deber de ayudarles en esta tarea, tan difícil e ingrata a la vez.

Para evitar esta catástrofe es necesario que, paralela y simultáneamente, emprendamos con decisión nuestra tarea de orga-

Con objeto de llegar a dicho resultado, sometemos a los lectores de ORTO el plan de organización siguiente:

Ahora vamos a exponer la *estructura, funcionamiento y misión de los engranajes* que componen el organismo que creo capaz de asegurar la marcha de la producción agrícola, a cuenta y beneficio de una colectividad libertada.

Estructura.—Consideremos, ante todo, que la organización de que se trata reposa, en toda su extensión, conforme a nuestros principios federalistas, sobre el productor o trabajador; que es éste el que hace mover, en todos los grados los engranajes, muy sencillos en suma, del mecanismo de la producción.

Como en la organización industrial, el trabajador es plenamente dueño de sus decisiones. El es quien *discute, decide y obra*.

Igualmente se ve que su actividad es doble. Se ejerce, a la vez, por medio de organismos diferentes, en el plano técnico y en el terreno social.

Sin embargo, como examinaremos más tarde la organización sindical en general y trataremos muy especialmente la cuestión social, me parece necesario consagrar únicamente esta exposición a la organización técnica de la producción agrícola. *Para mi concepto, es absolutamente necesario convencerse de que las Federaciones de industrias, así como las agrícolas, NO SON, no pueden ni deben ser otra cosa más que organismos específicamente técnicos, pero también es necesario admitir que son INDISPENSABLES, en el movimiento sindical moderno, para cumplir su misión, antes, durante y después de la revolución.*

Funcionamiento.—El examen más somero del plan de organización permite darse cuenta de que:

1.º Existe una relación constante, de uno a otra, del trabajador a la Federación Internacional de Agricultura.

2.º Que cada uno de los engranajes dispone, para cumplir su misión, de un número igual de oficinas especializadas que se reparten la tarea y permiten así aumentar la actividad, de próximo en próximo, el plano inicial al plano final.

3.º Que las diversas oficinas están colocadas bajo el control permanente del engranaje del que ellas dependen y, por consiguiente, bajo el de los trabajadores, por el juego de sus órganos de decisión y ejecución.

4.º Que la organización así presentada

permite obrar en el cuádruple plan siguiente: local, regional, nacional e internacional, como lo exige el sindicalismo moderno.

Así se sostiene todo, se suelda, se encadena, y ningún detalle importante del problema puede escapar a la investigación.

No es necesario indicar que no hemos hecho figurar en este esquema más que los organismos esenciales y que las necesidades impondrán, sin duda, la constitución de oficinas o servicios secundarios. Pero, tal como está me parece suficiente para asegurar la organización de la producción agraria en el período revolucionario.

Misión de engranajes.—Para penetrarse bien del papel que incumbe a todos los engranajes, para comprender bien las relaciones indispensables que deben de existir, es absolutamente indispensable examinar, uno por uno, todos los engranajes; desmontar en cierta forma el mecanismo y, enseguida, montarlo y ajustarlo al conjunto.

a) *Campesinos trabajadores.*—Lo mismo que en la industria, la *unidad base*, real, viviente, permanente e intangible, es el *productor o trabajador*.

Sobre él reposa todo el sistema y, fuera de él, sin él, nada puede existir: *ni producción ni sociedad*. Pero no es menos evidente si se quiere asegurar efectivamente la vida de la colectividad, que hay que reunir, agrupar, todas las fuerzas en interés general y especializarlas para abarcar, enseguida, todas las partes del problema.

Tal misión no puede ser realizada más que por medio de una organización que haga imposible toda explotación, desvaneciendo toda autoridad e instituyendo la igualdad social.

Esto no puede obtenerse más que con una explotación en común de las tierras y las riquezas naturales; en beneficio de todos y para todos. Esto supone, igualmente, que todos participen de una manera idéntica de la vida y de la actividad del conjunto: *que no haya privilegiado ni desheredado, que cada uno sea igual a todos*.

b) *Sindicato.*—Lo mismo que en la industria, la *agrupación natural es el Sindicato*.

Ningún otro órgano puede sustituirlo. A él es a quien incumbe en una localidad —en una demarcación— organizar, regla-

mentar la producción, con la ayuda de los *Comités de cultivo y los Consejos de granja (o de explotación)*, que son los engranes técnicos del Sindicato agrícola, así como lo son, en el Sindicato industrial, los *Comités de taller y los Consejos de fábrica*.

No insistiré en las razones, tan múltiples como perentorias, que obligan a escoger el Sindicato como agrupación base, técnica y socialmente, por haberlas expuesto ya en mi estudio precedente, consagrado a la producción industrial.

El Sindicato agrícola tiene, pues, por misión, organizar el conjunto de la producción en una localidad determinada. Informada, por una parte, por las oficinas especializadas de su localidad, de su región económica e industrial, debe tratar de alcanzar, y hasta de pasar ligeramente, el *tanto* de la producción que le sea indicado, en cada rama y según el carácter del suelo: ganadería, cultivos diversos.

Es a él igualmente a quien corresponde, con el concurso de sus *Comités de cultivo*, escoger los mejores terrenos, los más aptos para producir tal o cual producto: trigo, avena, cebada, vino, prados artificiales, lino, cáñamo, etc., pedir a los Centros y oficinas especializados los abonos y aperos que constituyen el utillaje agrícola; reclamar y hacer ejecutar los trabajos de irrigación para fertilizar las tierras; hacer instalar los instrumentos de la fuerza motriz para la cultura, en una vasta escala, con sus medios correspondientes; dotar los locales y los campos de alumbrado eléctrico.

Se encarga, en fin, de representar a los trabajadores de los campos en el seno de la Unión de Sindicatos de la localidad y de participar así en la vida social.

Su acción será decidida, su actividad se ejercerá en las Juntas generales, en las que deberán participar todos los trabajadores de su jurisdicción. Funcionará exactamente como el Sindicato industrial. Sólo diferirá su papel en el punto de vista técnico, pero será absolutamente análogo en el aspecto social y lo mismo ocurrirá con sus secciones locales.

Volvamos ahora a los engranes técnicos del Sindicato: los *Comités de cultivo y los Consejos de granja (o de explotación)*.

c) *Comité de cultivo*.—El Comité de cultivo se encarga exclusivamente del trabajo, desde el punto de vista técnico.

En una explotación agrícola, a él le in-

cumbe realizar en las mejores condiciones el *tanto* de producción que le ha sido asignado. Su actividad debe desarrollarse en el estudio de los terrenos, su calidad y rendimiento posible, los abonos que hay que emplear para mejorar el valor del suelo, las irrigaciones que son susceptibles de fertilizarlo. De una manera idéntica al Comité de taller, debe disponer de un servicio de investigación y perfeccionamientos, dirigido por personas competentes, que hayan estudiado agronomía y por hombres de *experiencia práctica*.

Tendrá también la misión de organizar el trabajo, fijar la duración de la jornada y los métodos de ejecución.

Los diversos *Comités de cultivo* —uno por explotación o granja— de un mismo Sindicato, se reunirán periódicamente, confrontarán sus métodos y los resultados obtenidos; estudiarán las memorias de los otros Sindicatos de su región, de otras regiones, de otros países, y comunicarán sus resultados, para tratar de conseguir un rendimiento superior, por la utilización de procedimientos mejores, selecciones perfeccionadas incesantemente, *teniendo por objetivo constante disminuir la fatiga del trabajador y aumentar su bienestar en el trabajo y, por lo tanto, en todos los aspectos de su vida*.

d) *Consejos de granja (o de explotación)*.—El Consejo de granja desempeña un papel idéntico al del Consejo de fábrica.

Es el que administra y dirige, *a cuenta de la colectividad*, la explotación agrícola de gran extensión, en el caso de cultivo *extensivo*, o la granja, si se trata del cultivo *intensivo*, especial o difícil, por razón de la configuración del terreno.

Puede hacer que una explotación, a causa de la calidad o de la naturaleza del suelo, se especialice en una sola clase de cultivo: trigo, vino, ganadería etc..., o al contrario, que se dedique, por la diversidad del suelo, a diferentes especies de cultivo.

El Consejo de granja (o explotación), ayudado por su Comité de cultivo —y todos los del Sindicato— en todo lo concerniendo a la parte técnica, lleva la contabilidad de los asuntos de la explotación o de la granja.

Bajo el control de los trabajadores de la explotación, a este Consejo corresponde el cuidado de asegurar la marcha, la ges-

tión, hacer los balances, establecer las relaciones con las otras explotaciones en el seno del Sindicato agrícola; proporcionar a los Comités de cultivo los instrumentos de trabajo, el utillaje necesario para realizar las labores; almacenar la producción, enviar a los puntos designados por las oficinas competentes, la distribución de los fertilizantes pedidos a los Sindicatos, a indicación del Comité de cultivo, y de hacer proceder a la instalación de los aparatos de alumbrado y fuerza motriz.

Como los Comités de cultivo, se reunirá con los otros Consejos de explotación y de granja, bajo la protección del Sindicato, y confrontará los mejores resultados, los métodos, a fin de conseguir un decidido progreso con una acertada gestión, que serán llamadas a juzgar en Junta general los trabajadores de su jurisdicción.

e) *Federaciones regionales y nacional de agricultura.*—Las Federaciones regionales agrícolas y la Federación nacional de agricultura deberán interesarse en el conjunto de la producción, en su región o en la totalidad del país; tendrán que conocer todas las posibilidades, el rendimiento detallado por ramas, estar al corriente de todos los métodos de explotación y selección, animal y vegetal; saber exactamente cuál es la mano de obra empleada y disponible.

Para cumplir su misión tendrán que estar dotadas de las seis oficinas técnicas siguientes:

Oficina estadística de la producción general.

Oficina de cultivo.

Oficina de mano de obra.

Oficina de la ganadería.

Oficina de abonos y utillaje agrícola.

Oficina de la irrigación y de la distribución eléctrica.

El papel particular de cada oficina está indicado en su misma denominación. Sin embargo, insistiremos en el de la *Oficina de cultivo*, que aparece con menor claridad y es, no obstante, de capital importancia.

La *Oficina de cultivo* desempeña, con respecto a las Federaciones agrícolas regionales, nacionales e internacionales, el mismo papel que la *Oficina de Investigación e Inventos* en las Federaciones de industria de la misma naturaleza.

Obtiene los informes de los Comités de cultivo, por medio de los Sindicatos.

Dispone de laboratorios y de campos de

experimentación y hace proceder a las selecciones animales y vegetales; coordina y reúne los esfuerzos, para los estudios agronómicos y para los perfeccionamientos a aportar al utillaje agrícola. Para ello dispone de servicios especiales y calificados. En resumen, en su esfera de actividad, es el guía técnico de los Sindicatos y de sus Comités de cultivo.

Mantiene relaciones con las oficinas de la misma naturaleza, sobre los diferentes asuntos: región, país, naciones, e informa a los engranes interiores sobre los trabajos científicos ejecutados en otras partes, perfeccionamientos técnicos realizados y los métodos de trabajo aplicados con éxito.

De igual forma que la Oficina de cultivo, las otras oficinas recibirán de los Sindicatos la información necesaria para ejercer su actividad útilmente.

Ayudadas así en su tarea, las Federaciones agrícolas: regionales y nacionales, podrán representar, con todo conocimiento de causa, a la agricultura en el seno de los Consejos económicos regionales y nacionales y permitirán al movimiento sindical abarcar la totalidad del problema económico.

Así serán los reguladores de la producción agrícola en sus regiones y país.

Permitirán asegurar racionalmente los intercambios necesarios, entre las regiones y la nación, siguiendo las indicaciones dadas por las *Oficinas de intercambio, interiores y exteriores.*

f) *Federación Internacional de Agricultura.*—La Federación Internacional de Agricultura dispondrá de las mismas oficinas que las Federaciones regionales y nacionales.

Por medio de los informes de estas últimas conocerá *exacta y constantemente* el estado de la agricultura en cada nación y, por lo tanto, en el mundo entero, con todo género de detalles.

Estará al corriente de todo lo que se realice en el dominio agrario y en condiciones de informar, a su vez, al Consejo de economía internacional y a las Centrales y Federaciones, de todos los países, de la importancia de las cosechas, existencias, intercambios posibles, etc.

Las frecuentes consultas, con sus Federaciones nacionales, le permitirán generalizar los mejores métodos de trabajo y los perfeccionamientos técnicos que hayan dado buenos resultados; dar a conocer las

selecciones de animales y vegetales recomendables; hacer que se especialicen, si es necesario, ciertas regiones en una producción que les convenga particularmente; hacer circular convenientemente los productos; hacer emprender los grandes trabajos de tala y de explotación que interesen a la vez a varios países limítrofes, con el concurso de las Centrales y Federaciones interesadas; llevar la contabilidad de la mano de obra, con vistas a un reparto y utilización juiciosos y productivos.

Como es lógico, representará a la Agricultura en el seno del *Comité económico internacional*, proporcionando a la *Internacional sindical*, y a sus Oficinas técnicas, toda clase de detalles que le sean interesados, a fin de asegurar racionalmente los intercambios y el reparto.



Así me parece que puede ser organizada la producción agrícola.

Para mi concepto, conviene comenzar esta organización desde ahora.

Ella puede, hasta debe, funcionar en el momento que sea posible, enseguida, desarrollándose en el régimen capitalista en plan defensivo, preparando el porvenir.

De la misma manera que los Comités de

taller, los Consejos de fábrica y Sindicatos industriales, son *indispensables* para dirigir la lucha contra el capitalismo en las fábricas, astilleros, puertos, estaciones, despachos, almacenes, etc., los Comités de cultivo, los Consejos de granja (o de explotación), los Sindicatos agrícolas, con sus Federaciones regionales, nacionales e internacionales, deben también luchar contra el patronato y el Estado.

A ellos corresponde la misión de preparar, con cuidado, la revolución en el campo; realizarla, hacerla triunfar, asegurar la vida material y el triunfo definitivo, formando, sobre su plan, los cuadros del orden nuevo, en constante unión con el proletariado de las ciudades.

Los resultados obtenidos —lo repito una vez más— estarán en relación directa con la preparación efectuada y con los esfuerzos hechos.

El desarrollo extremadamente rápido de los acontecimientos, en todos los países, el carácter de la crisis de régimen que se atraviesa en todas partes, hacen que sea un deber el obrar *con urgencia*.

Solamente con esta condición será *completa* la revolución: industrial y agraria, es decir, verdaderamente social.

Pierre Besnard

SAN JORGE (HITLER) Y EL DRAGÓN



¡Desgraciadamente no es el dragón quien recibe los golpes...!

Los caminos de la paz

Conclusiones a una encuesta mundial

UNA encuesta consagrada a la paz puede parecer superflua. Hemos adquirido la costumbre de creer —principalmente desde la Guerra Europea de 1914-1918— que todo el mundo desea la paz, tanto los que llevan el uniforme militar como los que se hallan aprisionados en el mecanismo infernal de la Guerra, como en los engranajes de una máquina. Los discursos pacíficos de los diplomáticos, de los jefes de Estado y de los Gobiernos, son amplificadas por el altavoz de la prensa diaria y, de este modo, podría germinar en el alma de las multitudes la esperanza de una nueva era de humanidad. Sin embargo, todo el que sigue con atención las noticias políticas, en la «última hora» de los periódicos, se da cuenta enseguida de que nunca el temor de la guerra ha sido más tenaz que en los diez años transcurridos desde la Guerra Europea. Los pactos de «no agresión», concertados entre diversos grupos de Estados, tanto en Occidente como en Oriente y tanto en el Antiguo como en el Nuevo Continente, prueban que la paz no está garantizada por las pocas y grandes potencias que dirigen «la política mundial». Lo que hay que denunciar infatigablemente es el armamento febril que continúa sin interrupción en todos los Estados: incluso los que antes de la guerra tenían un ejército más bien de parada o de policía interior dedican la mayor parte de su presupuesto al armamento terrestre, marítimo y aéreo. Y en esta carrera a los medios de destrucción más perfeccionados, los Estados «revolucionarios» que han proclamado la primacía del trabajo y del pueblo, no van nada a la zaga de los Estados reaccionarios. En la hora presente, la revolución se sirve de las mismas armas que la reacción. La guerra entre las clases viene a ser idéntica, desde los puntos de vista de método y efectos, a la guerra entre Estados. En efecto, el asesinato en masa, legal e imperativo, se perpetúa en nombre de un ideal social nuevo y el culto de la violencia se implanta, a consecuencia del fetichismo de la fuerza armada, en las capas profundas de las naciones y de las clases.

Aquí es donde radica el gran peligro: no hay que dejar extenderse la convicción de que la guerra es, en toda época, el último argumento. La puesta fuera de la ley de la guerra, proclamada por el Pacto Kellogg, parece a los escépticos clarividentes una terrible ironía, una máscara cínica que oculta a la bestia civilizada. El Moloch de plantas de acero no es un fantasma literario; lleva sus pasos, implacablemente, de Estado en Estado por encima de las fronteras prescritas, aplastando en su marcha, tal como una fatalidad desencadenada, a los hormigueros humanos. *Una fatalidad creada por los hombres* y que persiste en virtud de la inercia... En medio del cororrible y frágil del pacifismo oficial, la guerra hostiga sin tregua, sin otro límite que su gigantanasia. En efecto, del propio modo que Jano, el Estado tiene dos rostros; capitalista o revolucionario, tiene doble conciencia. Acorazado en su armadura agresiva, lee «ante las naciones reunidas», la declaración solemne de «no agresión» y aparte para sí, devora la hoja de olivo que le tiende el niño inmaculado de la «Paz Eterna»...

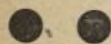
Existe, sin embargo, un pacifismo libre que toma su origen en la naturaleza pacífica y solidarista de la Humanidad. Un pacifismo que ha florecido en la ciencia, en la religión, en la ética y en el arte. Un pacifismo que une la máquina con el espíritu, en el esfuerzo luminoso de la creación. Un pacifismo que sólo pide el derecho a la vida, para todas las existencias, individuales y sociales, que reconoce las leyes naturales —(éstas son *otra cosa* que las leyes artificiales de guerra)— y que tiene por objeto: el acrecimiento de las energías humanas por medio de la captación de las fuerzas naturales con miras a la producción y a la asistencia mutua. Yo resumo así las dos «fórmulas» de la paz verdadera:

La libre concurrencia de las individualidades creadoras;

La humanización del hombre por medio de la solidaridad técnica y económica, así como por la cultura, previamente pu-

rificada de la lepra política de las minorías opresivas y puesta a disposición de todos por intermedio de los que son servidores de la ciencia y del espíritu.

Sobre este *pacifismo activo* he insistido en mi libro *La Internacional Pacifista*. No repetiré aquí los problemas que he debatido en él y no citaré los hechos que ponen en evidencia la acción cada vez más profunda y más firme del pacifismo libre superpuesto al «pacifismo oficial»... En la Conferencia de Sonntagsber de «La Internacional de los Resistentes a la Guerra», fué admitida mi proposición concerniente a la creación de la Internacional Pacifista, es decir, a la federalización de todas las organizaciones independientes opuestas a la guerra (nacional, capitalista, civil, etc.) Está consagrada por la creación de un centro inicial. Por iniciativa de la «War Resisters International», organización políticamente neutra, ha sido creado un «Joint Peace Council», domiciliado en Londres. Ocho de las más importantes y más activas organizaciones pacifistas independientes que cuentan varios millones de miembros, se han adherido a este Consejo. Así comienza a diseñarse el frente pacifista mundial que vela sobre todos los peligros de guerra, ya vengan de derecha o de izquierda. Por primera vez en Europa ha sido planteada esta cuestión: *de la violencia o de la no violencia*, indiferentemente de los ideales social-políticos proclamados por los reaccionarios o por los revolucionarios, pues la paz sólo puede ser servida por medios pacíficos. Un orden nuevo no es duradero más que por la fuerza de la cooperación integral. La violencia en el dominio social y la intolerancia en el dominio moral y cultural desencadenan una violencia y una intolerancia opuestas.



He aquí cuál es, en el fondo, la significación de «La Internacional Pacifista». Es un problema nuevo por antiguos que sean sus elementos. Por esta razón he añadido al cuestionario de la encuesta mi volumen del mismo título; quería poner así a disposición de las personas a las cuales me dirigía, una «exposición de los motivos». Las respuestas recibidas, en número de más de 160, constituyen un calidoscopio que podría parecer lleno de

contradicciones si no fuera la misma cadena blanca de la paz la que une a todas esas opiniones basadas en concepciones políticas, sociales y éticas tan distintas.

Si todas las respuestas hubieran sido impersonales, limitadas estrictamente a los dos puntos de la encuesta, habría podido clasificarlas y sacar de ellas conclusiones objetivas. El hecho de que la mayor parte de las respuestas estén concebidas en forma de cartas dirigidas al iniciador, ha determinado una serie de felicitaciones y de elogios inesperados que nos colocan en la situación del «niño prodigio», paralizado por la admiración de la familia e incapaz desde entonces de mostrar sus verdaderas cualidades... Véome, pues, forzado a aceptar los elogios, pero es con la obligación de continuar una acción comenzada —como suele decirse— «en medio de la general indiferencia». A mi vez, dando las gracias a las personas que han respondido, me permito llamar su atención sobre el hecho de que han llegado a ser, de buen y mal grado, partícipes en la acción que considero como esencial en medio de las convulsiones sociales de la hora presente. Cada cual nos hace el don de una parcela de verdad, incrustada en un conglomerado de opiniones, de actitudes e incluso de errores. Cada respuesta puede dar lugar a una o varias réplicas, puesto que cada respuesta es el resultado de una óptica personal, impuesta a veces por acciones anteriores, por el encuadramiento social y político y por el credo ético o estético de nuestros corresponsales. Si yo comenzase una discusión contradictoria de A a Z, sería necesario escribir un nuevo volumen. Pero entiendo que he cumplido con mi deber de huésped, ya que he determinado a tantas conciencias e inteligencias —de todas las categorías sociales y políticas, de todos los dominios de actividad: ciencias, religión, literatura, estética, etc.— a encontrarse, sin ellas saberlo, en las páginas de la misma publicación.

Por esta razón me abstengo de comentarios individuales y rehusó sacar conclusiones arbitrarias.

La práctica *integral* del humanitarismo me ha enseñado, ante todo, el respeto de toda opinión sincera, fundada a la vez en una convicción personal y en una realidad social incontestable. He condenado con tanta frecuencia lo que yo llamo «el

Los cuarenta años de actividad literaria de Máximo Gorki

El 25 de septiembre se ha celebrado en la Unión Soviética el XL aniversario literario de Máximo Gorki. Gorki ha trabajado al servicio del proletariado, tanto en el dominio de la literatura como en los otros. Hasta estos últimos tiempos, ha sido él quien ha hecho cerrar el pico a los plumíferos estipendiados de la burguesía, que recomenzaban a difundir, a más y mejor, las mentiras y calumnias contra la Unión Soviética.

A pesar de su edad avanzada, Gorki participa activamente en la vida de la Unión Soviética. Por iniciativa suya y bajo su dirección inmediata, aparecerá *La Historia de las Fábricas*, obra monumental, en la cual colaboran decenas de millares de proletarios. Todo esto no le impide el continuar con una gran energía sus trabajos literarios. Su última obra, *Yegor Bullychov*, es unánimemente considerada como el mayor acontecimiento de la vida teatral de la U. R. S. S. El profesor americano Dans, que ha asistido al ensayo general de esta obra, ha declarado: «Gorki es el más grande escritor contemporáneo.»

En todos los rincones de la Unión Soviética, en los «koljoses» y en los «sovjoses», las masas trabajadoras han festejado los cuarenta años de trabajo literario del gran escritor.

Los mineros de Gorlovka (cuenca del Donetz) han concedido a Gorki el título de «picador de honor» y han intercedido cerca del Gobierno para que se conceda a Gorki la «Orden de Lenin».

En Leningrado se ha celebrado un Congreso de los escritores proletarios. En todos los teatros y cinemas de Leningrado, al empezar las representaciones, los escritores «Carlos Marx», han dirigido una carta a Máximo Gorki. Todas las fábricas y «koljoses» del Ural organizaron mítines de masas y fiestas en los Clubs, casas de lecturas y teatros.

Pero no son solamente los trabajadores de la U. R. S. S. los que festejan el aniversario de Máximo Gorki. De Alemania, Holanda, Checoslovaquia y los Estados Unidos afluyen millares de cartas de obreros que hablan de la importancia internacional de la personalidad de Gorki como amigo y compañero de lucha del proletariado. Los cuarenta años de actividad literaria de Gorki son otros tantos años de lucha infatigable del gran escritor por la causa del proletariado.

Retrato reciente de Gorki



Gorki entre los obreros rusos.



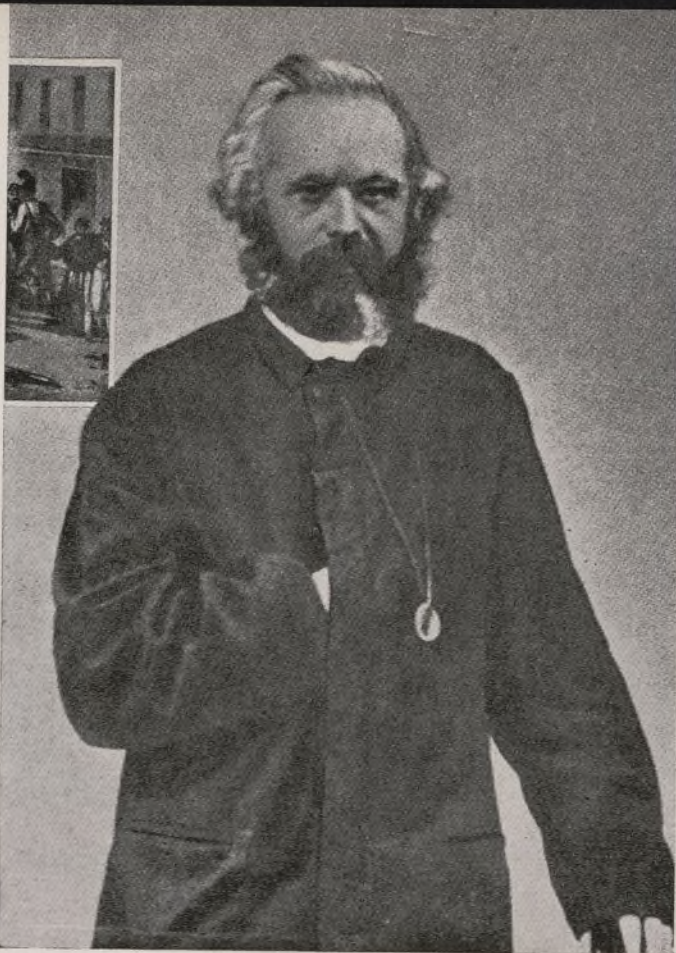
Máximo Gorki en su juventud.



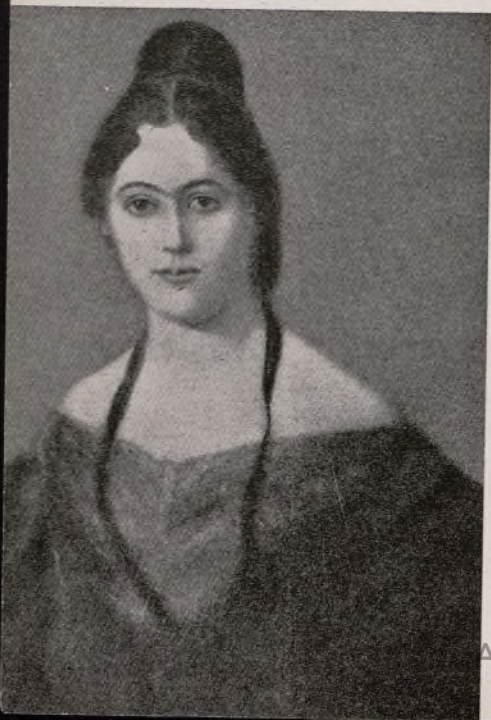
Ayuntamiento de Madrid

Carlos Marx, fundador de la Primera Internacional, que dedicó su vida a la causa de la revolución proletaria.

Casa de Trêveris (Alemania), donde nació Carlos Marx, el 14 de mayo de 1818.



Jenny de Westfalia, esposa de Carlos Marx.

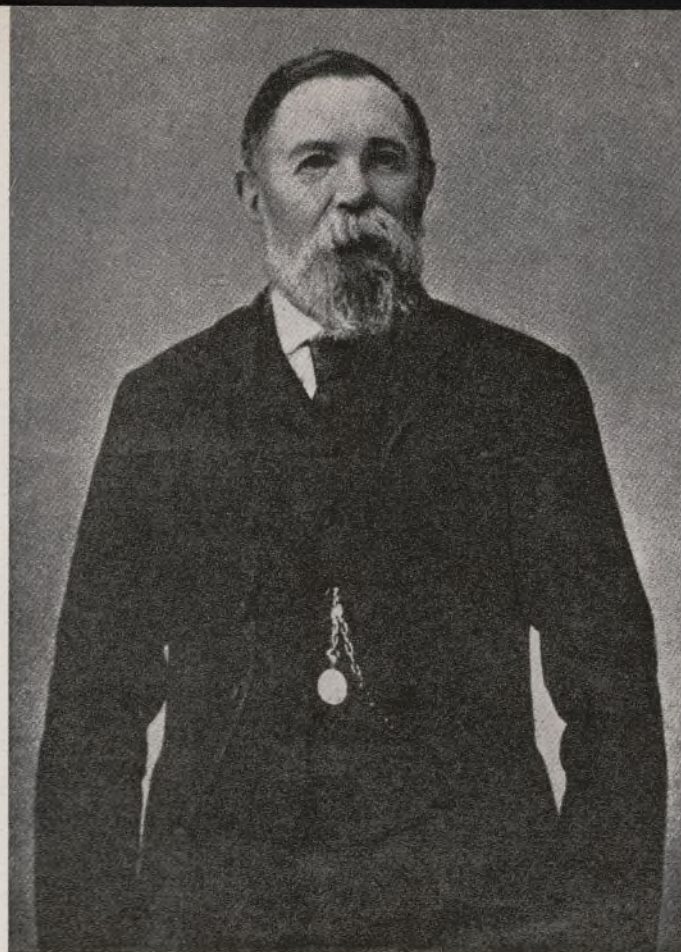


CARLOS MARX

El 14 de noviembre de 1831, Georges-Guillermo-Federico Hegel murió en Stuttgart. David Ricardo ya había muerto en 1823. Los dos habían colocado en la más alta perfección posible el uso de la economía clásica inglesa, y el otro, la filosofía clásica alemana. Marx, con la clase obrera naciente, es el heredero de su doctrina, de la cual asimilará las verdades esenciales, introduciendo en ella profundas modificaciones. Si el marxismo no puede concebirse sin Ricardo y sin Hegel, sin el marxismo y sin la acción proletaria, Ricardo y Hegel no serían más que dos bustos arrinconados en los desvanes de la historia.

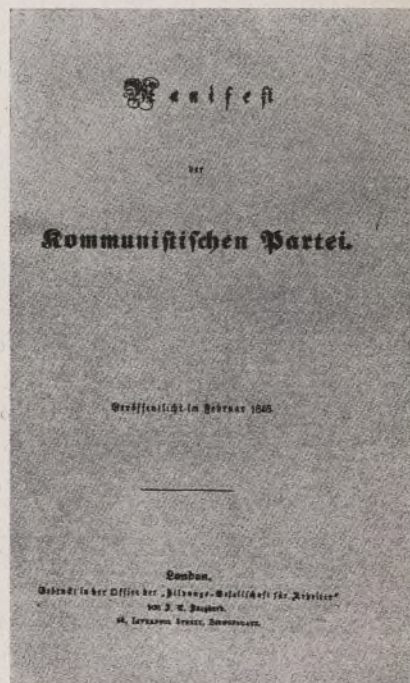
A pesar de eso, la «Sociedad hegeliana internacional» no ha admitido en su segundo Congreso —celebrado en octubre último en Berlín— la delegación soviética, porque se proponía presentar una

Ayuntamiento de Madrid



Federico Engels, colaborador de Marx, a cuya obra aportó sus profundos conocimientos filosóficos.

Portada de la primera edición del Manifiesto del Partido Comunista, hecha en Londres en 1848.



serie de estudios sobre las relaciones entre Hegel y Marx... Por el contrario, todos los honores del Congreso han sido para el hegeliano (?) fascista Giovanni Gentil, que en su exposición sobre «Hegel y el Estado» ha encontrado que el filósofo alemán no subordinaba al Estado todas las formas de la actividad humana. El Estado prusiano de Federico Guillermo III, revisado por Mussolini: he aquí la aventura póstuma del «Espíritu absoluto» hegeliano...

Precisa que se insista nuevamente sobre el problema de la dialéctica. En 1922, Lenin, al escribir un artículo-programa para la revista *Bajo la bandera del marxismo*, sostuvo la necesidad de organizar un estudio sistemático de la dialéctica de Hegel, partiendo de un punto de vista materialista.

Marx, identificó la dialéctica con la actividad práctica (praxis), en la que se resuelven todas las antinomias de la vieja filosofía: sujeto-objeto,

Georg Wilhelm Friedrich Hegel, filósofo idealista alemán del siglo XVIII, que fundamentó las leyes generales de la dialéctica.





*Tumba de Marx en un cementerio de Londres.
Murió en esta ciudad el 14 de marzo de 1883.*



*Vladimir Ilitch Lenin, cerebro de la Revolución
rusa, continuador y realizador de la obra de
Carlos Marx.*

real-racional, individuo-sociedad, etc. El elaboró los elementos de esta solución. Pero, no pudo ahondar mucho, por absorberle la preparación de *El Capital*, organización de la Primera Internacional, etc. El *Anti-Dühring*, de Engels, la agosta la cuestión. De este modo, el estudio de la dialéctica es como un terreno sin cultivar donde se levantan algunos postes indicadores y donde crecen las hierbas locas de los equívocos.

Marx, en el prefacio de la segunda edición de *El Capital*, habla del «trastorno» causado por él en la dialéctica hegeliana. Con esta imagen, señala el carácter radical de su crítica, por la cual, la dialéctica hegeliana se libertó de todo misticismo, encontrando su forma racional.

La imagen del «trastorno» (cambiarla de pies a cabeza) indica el sentido de una revolución que Marx había consumado, y que toma la plaza de la misma idea y de la unión de ideas que quiere representar. Marx, gran escritor, sella con una imagen un dilatado y laborioso trabajo de crítica y reconstrucción.

La dialéctica marxista no se ha limitado a «trastornar» la relación hegeliana entre la Idea y la realidad. Si no hubiera hecho más que esto, hubiera creado una metafísica «trastornada» que, a la postre, no dejaría de ser metafísica.

La dialéctica marxista es la expresión teórica de las relaciones complejas entre el hombre y la Naturaleza, y del dinamismo de su movimiento recíproco y común. Las nociones mismas del «hombre» y de la «Naturaleza» están profundamente transformadas.

«La verdadera riqueza espiritual del individuo depende enteramente de la riqueza de sus relaciones reales», escribió Marx en su *Ideología alemana*, y sobre esto, se asienta al mismo tiempo todo el problema de la dialéctica y todo el problema de la revolución.

azote de la intolerancia», he rechazado tan enérgicamente las obsesiones dogmáticas y las sentencias que no tienen otro fundamento que el egoísmo de una capilla, de una clase o de una minoría privilegiada, que no vacilo en declarar que, para descubrir la verdad central y permanente, es necesario confrontar todas las creencias y todas las concepciones, aunque se hallen ligadas, evidentemente, a distintos intereses temporales.

He hecho esta confrontación en mi encuesta sobre *Los caminos de la paz*. Cuanto más sencillas parecen las cuestiones planteadas tanto más difícil ha sido la respuesta: no porque tuviese que ser resumida en algunas líneas, sino porque las cuestiones han planteado a cada cual «un problema de conciencia». Si las tres cuartas partes de las personas solicitadas han respondido, es de suponer que la paz les preocupa, no solamente como intelectuales, sino también como hombres de acción. Algunos, impedidos por una enfermedad o por «la falta de tiempo», no han podido hacer su respuesta, a pesar de su buena voluntad evidente. No hay que olvidar, sin embargo, el silencio de algunos otros. Es significativo. Una respuesta escrita compromete. Pero, con frecuencia, el silencio traiciona también al pensamiento. Me he dirigido a todos los representantes de la vida pública y cultural e incluso a aquellos que son conocidos por ser adeptos de la violencia. Estos últimos han preferido callarse. Algunas respuestas «diplomáticas» son sumamente significativas: éstas se hallan en su lugar en esta encuesta. ¿Quién se atreve, pues, a proclamar hoy ante la opinión pública que la fuerza es la *ultima ratio*, no sólo de los reyes, sino también de los dictadores de derecha o de izquierda?... Faltan las respuestas de los que aún mantienen su fe en el viejo militarismo de los reaccionarios y, asimismo, las respuestas de los que preparan «el militarismo rojo» a fin de dar a la Humanidad la dicha sangrienta de un nuevo dogma político... En los congresos en que toman parte pacifistas de todos los matices, sólo los bolcheviques (yo preciso: los políticos comunistas) votan sistemáticamente contra las resoluciones sobre la supresión del servicio militar y, si reclaman el desarme de los Estados capitalistas, proclaman al mismo tiempo como consigna: la transformación de la guerra capitalista en guerra civil. Este hecho, trá-

gico por sí mismo, prueba que el pacifismo no es una simple manía «burguesa» —como lo afirman los revolucionarios extremistas, creyendo resolver un problema por medio de un epíteto desdeñoso—, sino una cuestión vital para toda la Humanidad, la cual quiere librarse al fin de la violencia destructora y del dogma que obstaculiza sus elevadas aspiraciones. Pues «el organismo de la Humanidad» es una realidad que ignoran los «Salvadores», armados de granadas y de puñales...

Estas reducidas notas al margen de nuestra encuesta contienen también las conclusiones. El lector atento las habrá sacado por sí mismo. Lo que nos hace falta poner de manifiesto es el hecho siguiente: hoy que, en algunos Estados, empieza a realizarse el ideal democrático, socialista o comunista, aparecen problemas de una importancia vital, no sólo para esos ideales prácticos, sino también para los ideales y los intereses generales y permanentes de la Humanidad. Por encima de las Internacionales sociales y políticas, tiende a establecerse la Internacional suprema de la paz, cuyas raíces se hunden en las realidades físicas y espirituales de la Humanidad, concebida como un organismo unitario.

La Internacional Pacifista se halla reconocida unánimemente. Y esto es lo que tiene una importancia suma, sobre todo, para los países en que el pacifismo popular se halla en un estado latente, y el pacifismo de los intelectuales, hecho impotente con frecuencia por la arbitrariedad gubernamental y por sus propios compromisos. La diversidad —matices y divergencias— aparece en la segunda pregunta de la encuesta, a saber: en qué cuadros debe situarse la Internacional Pacifista y, sobre todo, por qué medios puede ser realizada y sobre qué sentimientos y concepciones puede fundarse... La I. P., ¿debe permanecer independiente políticamente o debe estar subordinada a la Sociedad de las Naciones; dejarse remolcar por las Internacionales obreras o abrazar todas las organizaciones consagradas al progreso social? La I. P., ¿debe fundarse sobre un simple sentimiento o sobre una doctrina universal? ¿Debe de ser determinado su éxito por la revolución económica o por una

revolución espiritual? ¿Debe de ser política o apolítica, estatista o antiestatista, socialista o humanitarista? Todas estas cuestiones serán resueltas definitivamente en un porvenir próximo.

La cuestión de la unificación pacifista se debate muy seriamente en este momento. Citaremos, como un ejemplo esencial, el artículo del doctor Hc. Freiherr von Schoenaich, G.-ral. a. d. D., presidente de la *Deutsche Friedensgesellschaft*. En este artículo, publicado en el número de agosto de 1930, de la Revista *Friedens-Warte*, se halla expuesto el problema de la unificación de las organizaciones pacifistas. Refiriéndose a mi volumen *La Internacional Pacifista*, von Schoenaich subraya esta verdad central, que sólo por medio de la unificación podrá llegarse a un progreso verdadero del pacifismo. Pero examinando esta unificación desde el punto de vista táctico, von Schoenaich plantea esta cuestión: ¿cuál es la organización existente que pueda ser puesta a la cabeza de las demás? Analizando sucintamente el carácter del *Joint Peace Council* (Londres) y de la *Oficina Internacional de la Paz* (Ginebra), el autor expresa sus preferencias por esta última, como más antigua y más «moderada», pero sin renunciar al concurso activo de las organizaciones independientes ligadas a la «Internacional de los Resistentes a la Guerra». Von Schoenaich propone, pues, la «Oficina Internacional de la Paz» como *Spitzenorganisation*.

A este propósito nos es necesario precisar, de una manera firme y clara: en lo que concierne a la táctica a seguir para la unificación de las organizaciones pacifistas, *no es posible trabajar más que con todas en conjunto*. La «Internacional Pacifista suprema» será el resultado natural de la federalización de todas las organizaciones pacifistas existentes. Será como un *organismo* en el que todos los órganos guarden una perfecta armonía entre sí. No hemos de elegir como *Spitzenorganisation* a una u otra de las organizaciones existentes: la «War Resisters International» o la «Oficina Internacional de la Paz» pueden ser consideradas como *núcleos de concentración* para las fuerzas pacifistas. De estos núcleos saldrá poco a poco la Internacional Pacifista y se llegará así a la unificación

mundial, sin tocar la autonomía teórica y práctica de ninguna de las organizaciones pacifistas actuales.

Lo que ahora interesa ante todo es que el problema de la paz sea planteado en todos los países, por medio de una *acción* intensa por la paz entre las naciones, las razas y las categorías sociales. Lo que interesa es que la práctica de la violencia desaparezca en las relaciones entre Estados, entre clases y entre individuos y que sea sustituida por la libertad y por el amor. Tan sólo éstos pueden hacer de la Justicia legal una Justicia humana... Que la tiranía cese en los sistemas de Gobierno, que tengan fin la violación de las conciencias y la mentira en la educación, la intolerancia en materia de política y de religión, la explotación del hombre en el trabajo profesional y familiar, todas las esclavitudes, todas las negaciones, de las cuales son culpables no solamente las minorías privilegiadas, sino también las mayorías que las toleran... El que trabaja por la paz acrecienta su propia humanidad y es éste el primer paso hacia el perfeccionamiento de sí mismo.

El pacifismo activo tiene por punto de partida al individuo. Por medio de la resistencia individual, por la purificación voluntaria y lúcida, por la represión de los malos instintos y la denuncia de los errores colectivos, puede llegarse a realizar ese *pacifismo moral* que, en la vida social, se manifiesta por el esfuerzo creador y por la ayuda recíproca. Bajo diversos emblemas o doctrinas económicas, éticas y religiosas, las organizaciones pacifistas reúnen a todos los que son capaces de armonizar la idea con la acción. Su fuerza reside, ante todo, en la célula. Desde la conciencia individual hasta la conciencia de la especie, existe toda una escala de valores espirituales y científicos que el pacifismo activo asciende, peldaño por peldaño, a medida de su esfuerzo de liberación y de renovación. El pacifismo no exige «soldados» para una obediencia ciega. Pide a cada cual que sea un *conscientious objector*, un hombre lo bastante animoso para ser sincero consigo mismo y para extirpar en primer lugar el mal en su propio corazón; esto, a fin de poder responder al llamamiento al asesinato, de sus amos ilegítimos, con una firme negativa. Ese gesto de negación

tiva: brazos cruzados, alta la frente, le ha llevado siempre contra la violencia congestionada por el odio y la mentira.

He ahí «el secreto» del pacifismo, cuya expresión son los centenares de Grupos, de Ligas y de Asociaciones, reunidas a su vez en Federaciones y que tienden a hallar su unidad suprema en la Internacional Pacifista. Nuevos caminos de la reconciliación mundial parten de todos los países y se cruzan en las capitales de donde los mensajes de paz van a difundirse en los abrigos más humildes, por los campos y por las montañas. Que los intelectuales presenten oído a las voces que llegan de lo profundo; que sean sus intérpretes y que las amplifiquen; que sean los guías y que den el ejemplo... Todas las grandes acciones comienzan por los humildes o por los héroes solitarios. *El que ha pronunciado una palabra de paz debe de hacerse actos de paz. ¡Combatir por la paz! No existe contradicción in adjecto en esta expresión: «el combate pacifista.»* La vida es un combate y un concurso entre las posibilidades creadoras. Un combate en el seno de la Naturaleza, lo cual significa la utilización de sus fuerzas para el acrecentamiento de las energías humanas, pero también un

combate contra la Naturaleza, lo cual quiere decir la represión de los instintos hechos inútiles en un universo creado por el hombre.

Y en este universo de hierro y de hormigón, de electricidad y de velocidad, en este universo construido sobre la Idea y que aspira a la Divinidad, ya no hay lugar para las fieras de boca sangrienta y de aliento emponzoñado. La guerra, sea cual fuere, es rechazada por la conciencia humana. Por más que ruja, en medio de las últimas convulsiones de la pasión homicida; por más que cambie de máscara, según los pueblos y las clases, y por más que invente nuevos «ideales» para embaucar a las multitudes, hoy retrocede a cada «¡No!» de su creador. *Pues la guerra no es obra ni de la Naturaleza ni de la divinidad. Es obra humana y ella perece, debe de perecer por voluntad del hombre que, después de diez mil años de procedimientos sangrientos, reconoce, al fin, su misión pacífica y solidaria en esto con los gusanos de la tierra y con las estrellas del firmamento.*

Eugen Relgis

Bucarest.

**¡El libro
sensacional
del año!**

¿SE EQUIVOCÓ MARX?

por HILDEGART

Los errores del marxismo. El neomarxismo sindicalista. «El alhigü» de la legislación social. Proa al frente único. El fracaso del socialismo. Un retrato objetivo de las Casas del Pueblo. La dolorosa experiencia de cuatro años de militante socialista.

**420 páginas
5 pesetas**

**SE HA PUESTO A LA VENTA EL 1.º DE OCTUBRE EN
TODAS LAS LIBRERÍAS**

Ayuntamiento de Madrid

El oro en el banquillo de los acusados

(Conclusión)

LA baja de la plata ha degenerado en un derrumbamiento catastrófico en el curso de los últimos años. La proporción de valor entre el oro y la plata está hoy alrededor de 70 a 1, cuando era de 15 a 1 hace once años. Esta caída obedece a dos causas esenciales. En primer lugar, a la baja del valor del metal blanco: la plata es, de más en más, un simple subproducto. Las tres cuartas partes del metal extraído provienen de la explotación de las minas de cobre, plomo y otros metales; de lo que resulta que las sociedades que lo venden como subproducto lo pueden ceder a cualquier precio, porque los gastos han sido cubiertos por la venta de los productos principales, tales como el cobre o el plomo, y el trabajo necesario para la producción de la plata ha quedado reducido considerablemente.

Por otra parte, el abandono de la plata como patrón monetario, realizado por muchos países, en el decurso de los últimos años —India, Indochina, México—, y la desmonetización de la plata en Francia, han hecho superfluas y lanzado al mercado cantidades suplementarias de metal blanco. Este acrecentamiento de la oferta, que en 1929 y 1930, se elevaba a cerca del 30 % de la plata recién extraída, hizo caer el precio por bajo de su valor, ya muy reducido.

La caída de la plata afectó profundamente al Poder adquisitivo de los pueblos asiáticos y ha agravado la crisis mundial, por lo que es muy natural que se esfuerzen en revalorizarla, y si se consiguiera, ciertamente que se atenuaría la crisis. Pero ¿podrá lograrse? En la mejor de las hipótesis, será imposible atacar la segunda causa y elevar el precio de la plata hasta el nivel de su valor. Para alcanzar este objetivo sería suficiente paralizar la oferta excesiva, abriendo a la plata salidas más vastas como moneda fraccionaria, en muchos de los grandes países capitalistas.

Pero la primera causa de la baja de la

plata, la que determina la disminución de su valor, nos parece refractaria a todo remedio. Se puede «corregir» el precio reglamentando la oferta y la demanda; el valor, al contrario, no depende de la configuración oscilante del mercado, sino del trabajo que exige la producción del metal blanco. La producción de la plata es su valor y, como exige hoy menos trabajo que en el pasado, no está en el poder de nadie modificar este estado de cosas. Todo lo más podrá estudiarse el fijar un precio de monopolio, pero es difícil, si no imposible, establecer un monopolio sobre una materia que sale, como subproducto, de las ramas más diversas del tratamiento de los metales no ferruginosos.

A despecho de todas las conferencias internacionales, la plata continuará destronada y el bimetalismo no tiene probabilidad alguna de resurrección.

Destronada la plata, el oro es actualmente el soberano absoluto de los sistemas monetarios, pero su reinado está amenazado, porque recriminando su «mala repartición», muchas naciones, con Inglaterra a la cabeza, enarbolan el estandarte de la revuelta.

Es su «mala distribución» lo que ha provocado la depresión actual; en este caso, será suficiente distribuirlo mejor, («redistribuirlo»), para poner en marcha los negocios.

Para ver claramente en este problema es necesario examinar las leyes a que obedece el oro, en su movimiento circulatorio a través del mundo capitalista.

El oro desempeña numerosas funciones. Es la medida de los valores, patrón de precios, medio de circulación, de pago y atesoramiento. Pero estas funciones las realiza el oro en toda sociedad fundada en el intercambio, en toda sociedad donde el mercado constituye el único lazo entre los productores dispersos, que trabajan cada cual por su propia cuenta, importándoles muy poco el trabajo y la producción del vecino.

Pero, en la sociedad capitalista, añade a

todas estas funciones otra función, que es primordial: el oro actúa como capital. Constituye el punto de partida y el de llegada de cada rotación, el motor y el objetivo de todo emprendedor capitalista. El capital sólo funciona en la medida en que sale de cada rotación aumentado con una plusvalía. Cada emprendedor capitalista lanza el oro en la circulación, a condición de retirarlo en una mayor cantidad al cabo de un cierto tiempo. Tan sólo puede hacerlo transformando su oro en medios de producción —fábricas, máquinas, primeras materias y auxiliares— y a fuerza de trabajo. Las mercancías así producidas contienen más valor que la suma inicial, lanzada por el capitalista a la circulación. El capitalismo realiza así, por la venta de sus mercancías, una suma de oro más grande que la que adelantó.

Esta función del oro, como *capital*, es la que hay que tener en cuenta para comprender el problema de la «buena» o «mala» distribución del oro.

Como es lógico, hay que dejar aparte los países donde la producción capitalista está insuficientemente desarrollada y en los que el oro desempeña, aun actualmente, el papel de medio de atesoramiento (Egipto, China, India).

¿Qué camino recorre el oro cuando funciona como capital? Sigamos su camino, a partir del momento en que sale de la mina. El oro nace como producto de una empresa capitalista. La época de los buscadores, que se lanzaban a encontrarlo, cada cual por su cuenta, terminó hace mucho tiempo. Actualmente se extrae el oro de minas, que sólo pueden ser de propiedad capitalista, porque su técnica exige instrumentos de trabajo muy perfeccionados y costosos. El oro de los aluviones, que se podía extraer fácilmente, con instrumentos primitivos, está actualmente agotado. La siguiente tabla pone de manifiesto los porcentajes del oro, provenientes de diferentes procedencias:

PERIODO	Aluvión	Cuarzo	Yacimiento
1848-1875	90	10	nada
1890	45	47	8
1904	18	60	22
1929	8	39	53

Resulta de esta tabla que el oro de aluvión no desempeña ya papel alguno y que los dos métodos que exigen la explotación

capitalista —cuarzo, yacimiento— son actualmente los preponderantes.

Así, pues, el oro nace como producto capitalista. La sociedad que lo vende, lo que significa que lo emplea en comprar otras mercancías, lo emplea en adquirir los medios de producción —máquinas, productos químicos, etc.—, en pagar la mano de obra y para repartir el dividendo a los accionistas. El oro invertido en adquirir los medios de producción, no funciona sólo como medio de compra o como instrumento de circulación, sino como capital. Funciona como capital cuando sirve para pagar a los obreros que, empleándolo en conseguir los medios de subsistencia, lo devuelven a la clase capitalista casi inmediatamente después de haberlo recibido. Los accionistas que lo embolsan como dividendo pueden gastarlo, sea para invertirlo en la producción, como nuevo capital, o bien para el consumo individual. Pero, hasta en este último caso, el oro no sale de la circulación capitalista, ya que, sirviendo para adquirir los artículos de consumo producidos por otros capitalistas, se convierte en manos de estos últimos en capital dinero, destinado a adquirir de nuevo los medios de producción o a pagar la mano de obra. De todas maneras, el movimiento del oro, en todo el proceso de la economía capitalista, obedece a las leyes de esta economía: está obligado a funcionar como capital, cambiar de sitio con las mercancías que salen de empresas capitalistas y actuar, en manos de los capitalistas como punto de partida de una nueva rotación del capital. Los salarios no entran en posesión del metal amarillo más que para desembarazarse de él inmediatamente, comprando los medios de subsistencia, de suerte que, el oro convertido en salarios, vuelva continuamente a la clase capitalista, que lo ha adelantado.

El hecho de que el oro circule cada vez menos en la actualidad, que se encuentre encerrado en los subterráneos de las bancas centrales y que los billetes circulen en su lugar, no cambia en nada cuanto acabamos de decir, ya que estos billetes están garantizados por el oro y su circulación obedece a los mismos principios que la circulación metálica.

En lo que se refiere al oro ya existente, que es el producto de la extracción en todas las épocas pasadas, realiza la misma

circulación que el oro recientemente producido. Se encuentra entre las manos de la clase capitalista, que lo invierte en adquirir los medios de producción y fuerza de trabajo y que, después de haberlo gastado, lo adquiere de nuevo al vender sus mercancías. En la medida en que otras clases sociales poseen economías, colocadas en las cajas de ahorro, en los Bancos, o aún en acciones, estas «migajas de oro» constituyen, reunidas y concentradas, igualmente capitales dominados por las mismas leyes.

La crisis actual, como las otras crisis, es debida al hecho de que la capacidad de compra de estas lejanas regiones se ha desarrollado con menor rapidez que la producción de los países capitalistas. Un estudio de la sección económica de la Sociedad de Naciones, publicada a principios de 1931, hace notar que en 1927, los países prestamistas, y los Estados Unidos, en primera fila, exportaron capitales abundantes, y que en 1928 se acrecentó este movimiento considerablemente. Estas exportaciones de capitales son las que proporcionaron al mundo entero, en 1927 y 1928, los medios de pago necesarios para absorber las cantidades aumentadas de mercancías. En 1929, este movimiento de capitales se detiene bruscamente; los Estados Unidos limitan sus exportaciones de capital; los capitales ingleses, y de otras procedencias, se apartan de la Europa central y oriental. Las condiciones económicas de la Oceanía y las turbulencias políticas de algunos países de la América latina paralizan muchas operaciones de préstamo. La parada del flujo de capitales priva al mundo de su capacidad de compra: la crisis estalla.

El estudio anterior, resumen del de la S. D. N., significa lo siguiente: el oro, que se encontraba en manos de los capitalistas, cesó de ser exportado a las lejanas regiones, por razones de inseguridad económica o política, y no puede constituir ya una demanda para las mercancías de la economía capitalista.

Habiendo estallado la crisis, los capitalistas aminoran la producción, restringen sus compras de medios de producción y de primeras materias, y despiden su mano de obra. Así cesa el oro de funcionar como elemento adquisitivo, en el mismo seno de la economía capitalista. La clase capitalis-

ta ya no lo pone en la circulación, porque se arriesga a perderlo al prestarlo a países nuevos; no lo emplea en comprar maquinaria y primeras materias, porque hay superproducción y no lo invierte ya, en tan fuerte proporción como antes, en adquirir la fuerza de los brazos. Tampoco lo dedica al aumento de su consumo personal y a satisfacer sus necesidades de lujo, precisamente porque los negocios marchan mal, y el oro queda «esterilizado» en los Bancos.

La Banca no puede disponer del oro para fecundar la producción; la mayor parte de la cantidad que obra en su poder no le pertenece y no puede adelantarle a las empresas que se encuentran en dificultades, porque se arriesgaría a perderlo. Por otra parte, las empresas que aún se encuentran sólidas no tienen motivo alguno para aumentar su negocio, en un período de superproducción general. Así que, la clase capitalista que posee este oro «esterilizado» no tiene aplicación alguna para él y la gran masa del pueblo, que desearía consumir viendo cómo se aumenta su miseria, no puede adquirir nada, porque nada posee. Sería insensato pedir a los capitalistas que prestaran su oro a los asalariados, desprovistos de medios de compra, por la sencilla razón de que las leyes del capitalismo no permiten «distribuir» el oro a los que lo necesitan. El capital pone su oro en circulación para que funcione como capital, es decir, para que rinda su ganancia. La distribución del oro entre la masa de los miserables no es una operación provechosa.

Resulta de lo que antecede que, si hay una mala distribución del oro entre las naciones, es únicamente porque huye de las colocaciones que ofrecen una seguridad insuficiente, ya que debe actuar como capital. He ahí por qué regiones enteras del globo se lamentan de la mala distribución del oro. Las regiones atrasadas, agobiadas por la crisis agraria y en peligro de perturbaciones políticas, no pueden pretender el conseguir empréstitos voluminosos. Los países capitalistas donde se siente la crisis con intensidad particular, y cuyo sistema bancario mismo está fuertemente quebrantado, no constituyen ya los centros de atracción para los capitales faltos de emplazamiento.

Son, pues, vanas las recriminaciones

contra la «mala distribución» del oro. Este, obligado a funcionar como capital en el actual sistema económico, no puede ser «redistribuido» a discreción. La mala distribución del oro no es la causa, sino una consecuencia de la crisis. Una «buena» distribución del oro no podrá, por consecuencia, constituir el punto de partida para un nuevo período de prosperidad; al contrario, gracias a la reanudación de los negocios es como el oro será «mejor» distribuido; pero precisamente se trata de saber si es posible un nuevo período de prosperidad general.

Aparte de su mala distribución, ciertos teóricos encuentran al oro defectos suplementarios: unos estiman que la producción del oro será bien pronto insuficiente para las necesidades monetarias del mundo; otros lo encuentran demasiado inestable para que sirva de medida general de los valores, de ahora en adelante; se llega hasta atribuirle la responsabilidad de la crisis actual, acusándolo de haber provocado la baja de los precios.

Separemos enseguida esta última acusación, demasiado infantil para que merezca una seria refutación. La baja de los precios no es la causa, sino una manifestación de la crisis. Querer encontrar la prosperidad provocando un alza artificial de los precios, es una pura utopía que no podría caracterizarse mejor que con la siguiente frase de Marx: «En vez de decir con todo el mundo: cuando el tiempo es bueno, se ve mucha gente pasear, el señor Proudhon —actualmente representado por los Cassel, Irving Fisher y consortes— hace pasear a su gente, para poder asegurarle el buen tiempo.»

En cuanto a la inestabilidad del oro, es una condición indispensable para el funcionamiento del metal amarillo como moneda. El dinero no puede ser más que un producto del trabajo humano, una materia que encierra valor. Pues, modificándose sin cesar las condiciones de la producción, el valor del oro no puede ser más estable que el de las otras mercancías. Estas no pueden compararse al oro y medirse por él, porque el oro obedece a las mismas reglas que ellas. Se podrá reemplazar el oro con el platino, pero éste presenta, en cuanto a su producción y su valor, los mismos «inconvenientes» —que son indispensables—. Se propone «regla-

mentar» la producción del oro, para estabilizarlo, lo que exigiría la *monopolización* de esta producción. Pero sustrayendo a la ley del valor la base misma de todos los cambios, se atacan los cimientos de la economía capitalista.

Querrían reemplazar el oro con moneda puramente ficticia, convencional, en resumen: con trozos de papel de curso forzoso; pero esto sería la demolición de todo el andamiaje del sistema capitalista. Tienen a bien abandonar el patrón oro en tal o cual país, y las necesidades reales del capitalismo se muestran más fuertes que los decretos más severos; en los tiempos en que los Gobiernos huían ante el oro, sus súbditos huían ante los trozos de papel de curso forzoso y se precipitaban hacia el oro, que es lo único que representa la quintaesencia de la mercancía, trabajo concentrado, valor convertible, universalmente y a capricho, en todas las otras mercancías.

La suerte de la economía capitalista está indisolublemente unida a los metales preciosos como base de circulación. La plata se ha hundido y el platino tiene pocas probabilidades de representar un papel monetario. Queda el oro. Y aunque las aprensiones del profesor Cassel y de su escuela, en cuanto a una próxima penuria de metal amarillo, sean muy exageradas y se expresan en una forma absurda, por ir viciadas de una teoría insostenible, en el fondo de su pensamiento existe la justa intuición de que la grandeza y la decadencia del oro encierran la grandeza y la decadencia del sistema capitalista. De ahí los gritos de angustia, los esfuerzos para dominar al oro y «dirigir» su producción y su circulación y, de la parte de los que desesperan, los proyectos de sustraerse a su dominio, abandonándolo.

El círculo se estrecha. El capitalismo naciente, anunciador de la civilización industrial, tuvo por primera doctrina el mercantilismo, que consideraba los metales preciosos como la encarnación de todas las riquezas. Este grito de triunfo se convierte hoy en el canto del cisne. Las doctrinas modernas, que preconizan el abandono del oro, expresan el escepticismo y el pesimismo de un régimen que agoniza y cree poder salvarse abandonando lo que es su razón de ser, la base de su existencia y su funcionamiento.

A. Minard

Historia de las ideas y de las luchas sociales en España

Ideas y Notas

V

ANTES de comenzar a historiar la que pudiéramos llamar nueva etapa del sindicalismo revolucionario en nuestro país, queremos interesar a los camaradas en una cuestión que reputamos interesantísima. Y es la siguiente: ¿En qué momento de la lucha social desaparece de la escena la Confederación Regional Española, representante legítima de la Primera Internacional en España? Porque todos sabemos que después de la venida de Fanelli y ponerse en contacto con grupos de trabajadores que entonces casi todos pertenecían a la organización federal, se crea la organización filial, hermana de la constituida en Londres en el histórico mitin de San Martín Hall, celebrado el día 28 de septiembre de 1862, con motivo de la Exposición Internacional en dicha capital y a la que asistía una delegación de la clase obrera francesa. Todo el mundo sabe esto, como se sabe que la Internacional en España fué declarada al margen de la ley por el Gobierno. Pero después de esto apenas si se sabe nada más en concreto.

Cierto es, como ya lo señalamos más arriba, que el Parlamento español declaró fuera de la ley a la Internacional en España, pero también lo es que a pesar de esta declaración gubernamental, la Internacional siguió actuando en nuestro país.

Memorable fué la sesión donde se trató lo relacionado con la Internacional, pues en ella, aparte quedar sentado definitivamente que la clase obrera comenzaba a actuar por su cuenta, tuvieron ocasión Salmerón (don Nicolás) y Pi y Margall de pronunciar, sobre todo el primero, los magníficos discursos en defensa de la clase trabajadora y afirmando la personalidad

de ésta como clase con derechos propios a reivindicar en todo momento y ocasión.

Pero ni la actitud francamente hostil del Parlamento, ni la estúpida, por no calificarla peor, decisión del Gobierno, cediendo a la presión de los elementos patronales y reaccionarios contra los trabajadores, lograron su propósito. La Internacional fué declarada fuera de la ley, pero sus iniciadores e inspiradores siguieron actuando muchos años después en el seno de la Federación Regional Española, el órgano representativo de la Primera Internacional en nuestro país.

Teniendo esto en cuenta, y tenido en cuenta también los Congresos que la Regional española celebrara, señalando los primeros en los años 1881 y 1882; y los posteriores, los de que nos hablan las MEMORIAS hechas por los respectivos Comités federales en los años de 1887 y 1889, de donde sale la idea, del último, de crear el nuevo organismo titulado «Pacto de Solidaridad y Asistencia», creado para neutralizar la persecución del Gobierno y para que la organización obrera tuviese un organismo legal representativo de sus actividades y aspiraciones, ha de creerse que las actividades de la Federación Regional Española persistieron bastante más tiempo y hasta fecha más cercana a nosotros que la que pueda deducirse de la supuesta disolución decretada por el Gobierno. Es perfectamente comprensible.

Al reorganizarse la Confederación Nacional del Trabajo, reorganización que se inicia con motivo de la convocatoria del Congreso Internacional de la Paz, que debía celebrarse en el Ferrol, a últimos de abril de 1915, cuyos proponentes fueron, en nombre del Ateneo Sindicalista del Ferrol, los entonces camaradas López Bouza, que con la República ha sido gobernador de Lugo, y Vieytes, que se hizo después socialista, reunidos delegados de casi todas las regiones españolas, los que íbamos

delegados por la organización catalana llevábamos el encargo de proponer oficialmente a las demás delegaciones la necesidad de reorganizar la Confederación Nacional del Trabajo.

Examinada nuestra proposición en una reunión privada, el viejo camarada Constancio Romeo, que a la sazón regentaba una escuela racionalista en La Coruña, y que representaba a los camaradas de esta localidad en dicho Congreso de la Paz, nos habló de los últimos momentos de la Confederación Regional Española. Y dijo que ésta, a raíz de su último Congreso celebrado en Sevilla en 1905, acordó trasladar el Comité federal a La Coruña, traslado que se realizó, no hablándose más de dicho Comité ni de sus actividades posteriores.

Estas manifestaciones del viejo camarada, que venían a hacer un poco de luz en el asunto, las he recordado después muchas veces, y guiado por ellas y aprovechando mi última excursión de propaganda en Galicia, he procurado inquirir lo que hubiese de cierto para explicarlo a los lectores que por estas cosas se interesan, al par que dejamos cerrada una época de la actuación de las organizaciones obreras y del sindicalismo revolucionario.

Y mis investigaciones, que si no han sido todo lo satisfactorias que yo hubiese querido, tampoco han sido tan infructuosas que resultasen completamente negativas, han ratificado las palabras de Constancio Romeo, aclarando cómo y de qué manera desapareció la Confederación Regional Española.

Por estas investigaciones he averiguado que el Comité de F. R. E. fué trasladado a La Coruña hacia principios del año 1905, cumpliendo el acuerdo tomado en el último Congreso que se celebró en Sevilla.

Apenas recibida la documentación en La Coruña, la organización obrera de dicha ciudad reunióse para nombrar los camaradas que habían de formar el Comité federal, recayendo el nombramiento en los camaradas Juan Nó, Ricardo Cotelo, Santiago Serrapio, Sabino Alfonsín y otro camarada apellidado Coronel. Designados ya para el desempeño de tales cargos, reunieronse estos camaradas, designando al camarada Serrapio para desempeñar la Secretaría general del Comité. Este camarada, al igual que el camarada Cotelo,

aún viven actualmente en La Coruña, y los dos son empleados en el Ayuntamiento. Serrapio, que es jefe de Bomberos, y Coteló, que está en Sanidad e Higiene. Juan Nó, murió, y de los otros dos nada he averiguado.

Distribuidos los cargos y puesta en marcha la Secretaría del Comité, dirigiéronse a todos los Comités Regionales, comunicándoles la constitución y pidiéndoles se comunicasen con ellos. Pero a todos cuantos requerimientos hicieron, los Comités Regionales dieron la llamada por respuesta. Sin exceptuar a Cataluña, que siguió la conducta incomprensible de las otras, haciéndose más sensible esta ausencia, ya que siendo Cataluña el núcleo más importante, su inhibimiento causó la ruina del Comité. Falto éste de estímulos y de apoyo, hubo de abandonar la obra, disolviéndose el Comité y abandonándolo todo, pues los ingresos de la organización de La Coruña eran insuficientes para sostenerlo como era debido.

Al acordar la disolución, acordaron también archivar toda la documentación en el Sindicato de Carpinteros «La Emancipación».

La fecha exacta de la disolución del Comité no puede fijarse, por haber desaparecido toda la documentación. Pero sí se sabe que fué durante el mismo año de 1905. El Comité de La Coruña actuó de ocho a nueve meses como máximo.

La desaparición del Archivo obedeció a una causa puramente fortuita. A fin de liberarlo de las continuas batidas que la policía daba y de los registros consiguientes, acordaron esconder toda la documentación debajo de una tarima que existía en una especie de estrado presidencial que había en el domicilio social de dicho Sindicato.

Andando el tiempo, el Sindicato acordó trasladarse de local; se levantó la tarima, y los que lo hicieron, ignorantes de lo que aquellos papeles representaban, debieron tirarlos, sin duda, al montón de papeles viejos. Mas desapareciesen así o de otra manera, lo cierto es que no se conserva ni el menor rastro de aquella, que sería hoy, si se conservase, preciosísima documentación.

Así terminó, oscuramente, silenciosamente, lo que un día fué activa, dinámica y, como se dice ahora abusando de la hi-

pérbole y cayendo en los fetichismos que caen los partidos políticos y demás organizaciones, gloriosa Federación Regional Española, último vestigio, faro luminoso un día y vástago directo en España de la Primera Internacional de Trabajadores.

Así murió, sin pena ni gloria, olvidada por los mismos que tenían la obligación de sostenerla y ayudarla en todo momento y lugar.

Dos palabras más a modo de epitafio.

De lo averiguado resulta que si la F. R. E. murió de esta manera, tan oscuramente, la máxima responsabilidad recae sobre la organización catalana, la cual, por razones que ignoramos, desentendióse de las obligaciones que tenía contraídas para con ella.

Por otra parte, no debe extrañarnos este caso. Si examinamos detenidamente la historia del movimiento obrero español, veríamos que no es sólo éste el que puede citarse. Que hay varios más. Las organizaciones obreras catalanas han actuado con tendencia exclusivista, demasiado para ellas. Son muchos los casos que pudieran citarse apoyando nuestra tesis.

Refiriéndonos sólo, no obstante, a los Comités federales, durante los primeros años de actuación obrera, mientras éstos residían en Cataluña, tenían el apoyo incondicional de la organización. Pero en cuanto salieron de Cataluña, todo había terminado. Los hechos son más elocuentes que las palabras.

Mirando al futuro, ¿ocurrirá lo mismo que en lo pasado? No lo sé. Pero mucho me temo que sí. Hasta ahora, una vez reorganizada la Confederación Nacional del Trabajo, después del acuerdo recaído en el Congreso de la Paz, en El Ferrol, puede decirse que su Comité federal ha estado siempre en Barcelona. Sólo residió en Zaragoza unas semanas. Y fué por acuerdo de la organización. Pues bien; cuando se dió este caso, en 1922, a las pocas semanas de estar el Comité en Zaragoza, reunióse la organización catalana y nombró una Comisión que salió para Zaragoza inmediatamente, exigiendo, así como lo digo, exigiendo que el Comité retornase a Barcelona. Y hubo de concedérsele. ¿Ocurrirá lo mismo en lo por venir? El tiempo lo dirá. Pero si lo pasado persistiera, y tenemos fundadas sospechas para suponer que no ha desaparecido del

todo, la organización catalana, más que aglutinante, quizá fuera un disolvente de la unidad confederal.

Reconozco, sin embargo, que algo se ha andado. Que lo pasado no puede volver en absoluto. Por lo tanto, cuando el Comité federal salga de Barcelona, y es indudable que saldrá, deber de todos es atenuar, destruir, si es posible, los gérmenes morbosos que de ese individualismo puedan quedar en nuestros medios. Y suponemos se conseguirá.

Rogando a los lectores me perdonen esta digresión, hecha con el sólo propósito de señalar un defecto de lo pasado para que se evite en lo porvenir, de lo que me alegraría en extremo, hagamos sólo unas consideraciones más en relación a la desaparecida Federación Regional Española.

Sean las primeras para explicar el porqué se la llamaba Federación Regional Española.

Esta denominación no fué única ni peculiar de la organización española. Era criterio de los fundadores de la Primera Internacional que el mundo formaba la patria universal de todos los hombres. Y como reacción al patriotismo y a los nacionalismos rabiosos, tan o más en boga en aquellos tiempos que en éstos, que entonces se usaban, queriendo hacer de cada palmo de tierra una nación, un pueblo o un Estado, denominaron a cada una de las organizaciones creadas «Federación Regional de tal país». Por eso la de España se llamó «Federación Regional Española»; la francesa, «Federación Regional Francesa», y así sucesivamente en todos los demás países.

Cabe señalar ahora, y un estudio sobre el particular sería interesantísimo, que habiendo sido fundada en Londres la Primera Internacional, apenas si influyó, ni con sus ideas ni con sus propagandas en el proletariado inglés, que ya por entonces tenía potentes y numerosas organizaciones. En cambio tuvo gran predicado e influencia en el proletariado suizo. Este país fué realmente el país donde alcanzó mayor desarrollo. Pero aquí hemos de señalar otra paradoja. En Suiza, hoy, no hay ni una sola organización, Sindicato ni de otra clase, que se reclame o defienda los principios de la Primera Internacional. Algún individuo aislado; algún grupo; esto es

todo lo que hay. De aquel movimiento que dió vida y empuje a la Primera Internacional, nada queda hoy en el país donde se mantienen más puras las esencias federales en lo político. Todo lo relacionado con las luchas sociales de aquel tiempo se ha borrado.

A largas y profundas meditaciones se prestaría todo esto si quisiéramos indagar cuáles son los fenómenos que los producen. Pero no son del caso en este momento y, más que otra cosa, serían, por lo tanto, inoportunos.

Para terminar, pues, con este capítulo de nuestra historia social, digamos que la Federación Regional Española desapare-

ció sin pena ni gloria, no como había vivido, ya que su existencia fué pletórica de promesas y rica en acciones y realidades.

La mató, sin embargo, la indiferencia de los más obligados a velar por ella. ¿Vieja? ¿Gastada? ¿Inservible? Quizá todo a la vez, o quizá sólo en parte. Pero lo lógico hubiese sido, de padecer cualquiera de esos achaques, matarla con todos los honores, o bien transformarla con arreglo a lo que los tiempos exigían de ella. Pero ocurrió de otra manera. Por lo tanto, son inútiles las invocaciones. *VIXIT*, que decían los romanos.

Angel Pestaña



«Mientras Marte duerme, le podremos paralizar
con las trabas de nuestros párrafos.»

Ayuntamiento de Madrid

Utopías capitalistas

EL «hecho» capitalista actual tiene colores de tragedia, anunciando una catástrofe inevitable inmediata. El edificio del capitalismo se resquebraja por todos lados, amenazando un derrumbamiento inminente. El enfermo agoniza.

La enfermedad afecta al régimen capitalista en todas partes: a la economía mundial. La gran revolución se está operando en el terreno económico. La codicia burguesa trajo la Gran Guerra, y ésta produjo la infección de la economía mundial ya depauperada por la incompatibilidad entre la técnica y la organización caótica fundamentada en el interés privado y la existencia del dinero.

Veamos cuáles son los síntomas, aterradoros para los burgueses, de esta inmensa catástrofe que se avecina.

La depreciación de la moneda es general en casi todo el mundo y, como el trabajo obrero es remunerado con monedas, resulta que tal baja representa una disminución en el salario, siendo el trabajador, en último extremo, la víctima directa de la crisis.

No se libra de estos males el obrero de los Estados Unidos, cuya moneda conserva su valor, ya que lo hace en relación con las otras divisas, pero teniendo en el interior del país pequeño poder adquisitivo por la elevación de los precios.

Consecuencias de la guerra ha sido una fermentación universal de nacionalismos que preparan una nueva conflagración y, mientras llega, sostienen enconadas batallas económicas, rodeados todos los pueblos de altísimas murallas aduaneras. El proteccionismo es el peor de los virus que envenenan la economía mundial. Las dificultades puestas a las importaciones traen otras equivalentes para las exportaciones, y los países quedan, en definitiva, aislados, teniendo cada uno que atender a sus propias necesidades en condiciones pésimas. En combinación la falta de libertad de movimientos nacida del proteccionismo con los crecidos gastos ocasionados por los ejércitos permanentes y por la burocracia cada día más absurdamente pomposa, se encarece la vida y, como siempre, el trabajador es la principal víctima.

Como dice Julio Senador, «parece que

pagamos en dinero, pero lo cierto es que pagamos en trabajo». El encarecerse la vida representa para el trabajador la necesidad de trabajar más. Limitada su jornada y su salario, la vida cara es para él la miseria y el hambre.

Este nacionalismo económico que envenena la economía mundial con el virus del proteccionismo, se traduce en una constante y amenazadora disminución del comercio exterior de todos los pueblos y las estadísticas señalan con toda evidencia la intensidad del mal, como el termómetro la intensidad de la fiebre. He aquí los datos publicados recientemente por el Comité Económico de la Sociedad de Naciones sobre el descenso del comercio exterior, presentando el porcentaje de su disminución desde enero de 1930 hasta enero de 1931:

EXPORTACIÓN

Alemania	76 %
Polonia	73 %
España	62 %
Rumanía	61 %
Canadá	60 %
Hungría	59 %
Estados Unidos	58 %
Argentina	54 %
Italia	52 %
Francia	51 %
Bélgica	50 %
Checoslovaquia	48 %
U. Surafricana	47 %
Brasil	44 %
Gran Bretaña	39 %
Austria	37 %
Japón	37 %
Suecia	26 %
Suiza	21 %

IMPORTACIÓN

España	70 %
Hungría	70 %
Yugoeslavia	65 %
Estados Unidos	63 %
Checoslovaquia	61 %
Polonia	58 %
Austria	54 %
Japón	53 %
Francia	51 %

Suiza	50 %
Alemania	49 %
Canadá	49 %
U. Surafricana	48 %
Gran Bretaña	47 %
Italia	46 %
Rumanía	42 %
Bélgica	40 %
Suecia	34 %
Argentina	31 %
Brasil	21 %

Como se ve, la contracción del comercio exterior es universal, con lo que se universalizan los sufrimientos del pueblo trabajador.

Pero el signo más claro y concluyente del fracaso del régimen está en el paro forzoso y su crecimiento continuo, incesante y acelerado. Véase la tabla presentada por la *Revista Internacional del Trabajo*:

PAISES	Parados Mayo 1931	Parados Mayo 1932	Aumento de parados
Alemania	4.053.000	5.582.000	1.529.000
Australia	113.000	120.000	7.000
Austria	202.852	271.000	68.108
Dinamarca	39.000	89.068	50.051
Francia	41.339	262.184	220.845
Gran Bretaña	2.557.916	2.804.753	246.837
Países Bajos	106.768	244.452	137.684
Italia	635.183	968.456	333.273
Irlanda	23.970	32.252	8.282
Noruega	22.736	27.752	5.016
Polonia	320.100	328.700	8.600
El Sarre	18.102	42.093	23.991
Suecia	78.375	82.500	4.125
Suiza	16.036	44.958	28.922
Checoslovaquia	247.795	484.604	236.809
Hungría	28.171	31.018	2.847
Estados Unidos	9.975.000	10.500.000	515.000

Vemos que el paro aumenta siempre, sistemáticamente, en todas partes, habiendo llegado ya a afectar a 21.915.790 trabajadores, con el aumento en un año de 3.426.390.

¿Qué síntomas más claros pueden presentarse de que el capitalismo no puede subsistir? Tal vez uno: los defensores del capitalismo se ven forzados a inventar utopías.

Ellos que nos llamaban antes a nosotros utopistas, cuando todo el mundo se va convenciendo de que la única y real solución del problema es nuestro comunismo libertario, recurren a formular planes absolutamente utópicos para conjurar el mal.

Edgard Milhaud, catedrático de Economía Política de la Universidad de Ginebra, publica en la revista *Anales de l'Economie Collective* un artículo que titula «Un proyecto de acción inmediata contra el paro y contra la crisis.» «Creación simul-

tánea y conjunta de empleos y colocaciones.»

Calcula dicho profesor en 20 millones el número de los parados y hace subir la cifra de los salarios que dejan de percibir a unos 120.000 millones de francos oro al año. Por otra parte calcula que del hecho de que esa crecida cantidad deje de circular, se deriva una pérdida total de ganancias de unos 300 000 millones de francos oro al año.

Considera que una gran parte de este poder de compra anulado por el paro y causante de que dicho paro se agrave, pudiera ser recuperado mediante un esfuerzo sistemático de removilización industrial efectuado en tales condiciones que a todo contrato de trabajo corresponda una colocación exactamente equivalente de la riqueza producida.

A este fin propone que a todo patrono que contrate obreros parados se le antici-

pen cantidades que correspondan al conjunto de los valores que la intervención de dichos obreros permita producir en un plazo determinado, por ejemplo en un mes.

Dicho anticipo sería hecho por un Banco Nacional creado exprofeso para tales efectos, y en bonos de compra que únicamente tendrán valor para la adquisición de los productos de tales fabricantes.

Dichos productos serán puestos a la venta en los establecimientos comerciales que se declaren dispuestos a aceptar el pago en dichos bonos, a los que también se les anticipará el total de sus gastos y beneficios correspondientes a este suplemento de operaciones.

Los bonos de compra serán valederos únicamente durante un plazo de tres meses para evitar su capitalización y conseguir que sean invertidos para dar así salida a la producción.

Nosotros nos preguntamos si será posible encontrar patronos que estén dispuestos a trabajar sin ganar nada, única manera de que este sistema pudiera dejar de ser utópico, pues en cuanto el patrono realice una ganancia, será indispensable que haya una capitalización de bonos incompatibles con la limitación temporal de su valor.

El paro forzoso nace, sencillamente, del paro voluntario. Hay demasiados hombres que no trabajan y comen y viven espléndidamente a costa de los que trabajan. Hace falta derivar demasiadas riquezas en beneficio de tales parásitos, con lo que los negocios no se pueden defender y el dinero huye de la industria para refugiarse en la usura.

Es el cochino interés, el villano egoísmo de explotar a los demás y de trepar sobre ellos a altos puestos económicos o políticos, la causa de que el edificio capitalista se derrumbe, ya que está construido con tales materiales podridos incapaces de un equilibrio armónico.

La otra utopía capitalista contra el paro es la reducción de jornada. Esta ya viene siendo aplicada en muchas partes como un paliativo. La siderurgia, en Barcelona, emplea sus obreros cuatro jornadas nada más a la semana. Esto es conseguir los patronos que los obreros se repartan el hambre y atiendan, mermando sus escasos ingresos, al subsidio de los que quedarían en otra forma parados, sin disminuir los beneficios burgueses.

Lo mismo sucedería si se acordase la jornada de seis horas. Igual con disminución de salario que sin ella, ya que en este segundo caso, como la burguesía no había de renunciar a sus beneficios, compensaría el menor rendimiento obrero con un alza de precios que disminuiría la capacidad adquisitiva del salario.

Sea como sea, el edificio se derrumba, ya que es imposible que las masas trabajadoras transijan con morir de hambre cuando brilla con tanta claridad el programa comunista libertario, única solución del problema y remedio del mal. El hambre empujará a las masas obreras hacia la revolución desamortizadora pese a los 22.000 millones de francos oro que gasta anualmente la burguesía en armamentos.

Alfonso Martínez Rizo



Las contradicciones de la sociedad contemporánea en materia de sexualismo

EN materia de sexualismo abundan las contradicciones. En este terreno se encuentran espíritus que son a la vez «avanzados» y «retrogrados». Reina un confusionismo sin par. En todas las esferas sociales se observa la misma incoherencia.

»He aquí algunas de estas contradicciones que nos son reveladas por la observación cotidiana de la vida. Tal miembro del alto clero —canónigo u obispo—, tal dama respetable, conocida por su devoción y sus obras caritativas, forman parte del Consejo de administración de una casa de citas. Esto no va de acuerdo con sus principios. Puede contestarse: «¡Obtienen ganancias!» Sus principios no quedan menos atropellados por ello. Pero, como decían las buenas hermanas de la obra maestra de Maupassant, *Bola de Sebo*: «Estas cosas son permitidas, en interés de la patria y de la religión.» Se queda uno —o no se queda— sorprendido al saber que tal político, respetuoso con todas las tradiciones, es un pederasta consumado. ¡Esto le concierne a él sólo, pero que nos deje en paz con su moral! Tal académico puede bien hacerse azotar hasta que le brote la sangre, hacerse crucificar o ahorcar, en una casa especial, no vemos el menor inconveniente, pero que renuncie a dar conferencias sobre la castidad y la familia. Que unas gentes que se hacen hundir alfileres en las nalgas o tragan miga de pan que ha navegado toda una noche en una bacinilla, encuentren placer en ese género de erotismos, es cosa que nos hace sonreír, pero negamos a esos mismos individuos, ejerciendo la profesión de juez o comisario de policía, el derecho de infligir seis meses de cárcel a un borracho que ha orinado contra un muro.

»Los «policías de las buenas costumbres», todo el mundo lo sabe, ejercen, en amplia escala, el «vagabundaje especial», persiguiendo a las mujeres de los otros chulos, que no son de la policía. ¡Hacen su oficio! ¡Igualmente el guarda rural que se pone a escandalizar cuando sorprende

a unos enamorados en el momento de... abrazarse, obra en interés general y también en su propio interés, cuando pide ocupar el sitio del galán, para evitarle una historia!

»¡Qué pícara sociedad! ¡Impulsa a la repoblación, multiplicando las excitaciones en todas las encrucijadas y, al mismo tiempo, persigue despiadadamente los ataques a la moral. Propaga la prostitución, por todos los medios la mantiene, la alienta y la reprime con severidad! ¡Oh lógica de lo ilógico!

»Hay Ligas contra la licencia callejera, contra la pornografía, etc., cuya actividad es desbordante; estas Ligas no hacen más que darnos el cambio; su pudibundez es una máscara. Su interior no es nada limpio. Su celo perjudica más bien a la causa que defienden.

»Haced lo que digo, no hagáis lo que hago, esta fórmula es practicada por todos los representantes de la autoridad, encargados de molestar a la mitad del mundo. «Tal defensor del trono y la autoridad se dedica a una «mímica obscena» en la espesura del Bosque de Boloña.» ¿Está esto de acuerdo con sus principios? Una porción de gentes se erigen en defensores de la moral y harían mejor en reformar su mentalidad. Todos los días se ven protectores de viudas y huérfanos que se muestran escandalizados porque tal gesto les parece inmoral, y a poco que se levante el velo de su vida privada se les descubren vicios, insospechados en estos espíritus sesudos.

»Las leyes inspiradas y votadas por estos personajes de marca mantienen y propagan el equívoco. El ejemplo de la incoherencia, en el aspecto de la moral sexual, viene de arriba. Hemos de hacernos determinadas preguntas. ¿Por qué en un musical, muy conocido, innumerables bailarinas pueden exhibirse desnudas o semidesnudas (lo que es más excitante para los viejos señores) ante los ojos de centenares de espectadores, exhibiciones contra las que nadie protesta —salvo los senado-

res virtuosos que caen atacados de apoplejía, como Félix Faure, en los palcos de Montmartre—, cuando si una de ellas ejecuta con tan ligera ropa, ante una docena de invitados en un rincón del parque de Versalles, una danza para una firma cinematográfica, es perseguida por ataques a la moral, denunciada por un socio de la Liga de los padres de familia, que estaba en primera fila entre los espectadores del establecimiento en cuestión? ¿Por qué las parejas reunidas en una habitación para entregarse a los placeres de Venus reciben la visita de un inspector que les obliga a declarar sus nombres y condiciones y los hace conducir a la prevención, en el tradicional coche de la policía, cuando en los «burdeles», para uso de los hijos de la burguesía, está permitido ejecutar en común toda clase de ejercicios? La razón nos parece sencilla. El Estado chulo no tolera competencias; castiga ciertos gestos cuando se realizan fuera de su control y protección. De la misma manera que legaliza el robo con el nombre de impuesto, el asesinato llamándolo guerra y la violación titulándola matrimonio, legaliza la prostitución con el nombre de casas de tolerancia. ¡En ellas, como en todos los asuntos, el Estado tiende a tirar de la manta! Los «ataques a la moral» son reprimidos severamente por los agentes de la autoridad, que son los primeros en dar el ejemplo de la «inmoralidad» en materia sexual. Ellos se reservan el derecho de satisfacer todos sus caprichos, que conducirían a un presidio a los simples particulares.

»La policía no practica la inspección de los «centros de placer» más que a fin de atraer a los «asuntos de buenas costumbres» la atención pública, acaparada por acontecimientos más serios. No se trata de hacer respetar la moral: se trata de política. Los amoríos son prohibidos al aire libre. Entre cuatro paredes todo está permitido (hasta la llegada del comisario). Es cuestión de no dejarse sorprender.

»El pudor de nuestros dirigentes no se ofusca siempre. En el baile del Internado, un público compuesto por el presidente de la República, los ministros, antiguos socios del Instituto, graves doctores acompañados de sus señoras, asiste, bajo la mirada protectora del director general de Policía y sus acólitos, a las fornicaciones más inesperadas. Esto pasa en familia. El mismo

espectáculo nos ofrecen los Quat'Zarts, paseando por París su desnudez pintarrajeada de negro y rojo. Nada de ataques al pudor en estas saturnales, pero si me permito reproducir por el dibujo, en un periódico, una escultura desprovista de la hoja de parra que adorna una de nuestras partes corporales, se me persigue. ¿Es lógico esto? Y, sin embargo, en el jardín del Luxemburgo toda una serie de machos jóvenes, de bronce, nada ocultan a las muchachitas que juguetean ante los ojos de sus madres.

»Ya hemos señalado a los lectores de *l'en dehors* el caso del Liceo de niñas de Tours. Sobre una de las puertas del establecimiento figura una escultura medieval que nos hace asistir a la escena de un onanismo bucal (reproducida en una postal, que todo el mundo puede obtener). El mismo Liceo prepara a sus alumnas para la primera comunión! No indiquéis tal cosa a la Administración: ¡suprimiría esta obra de arte! Las catedrales nos muestran muchas otras. ¡Estos monumentos escatológicos están protegidos por el Estado como monumentos históricos!

»Ciertas exhibiciones están permitidas. El desnudo está autorizado en determinadas condiciones. En una academia de pintura o de escultura, los modelos posan durante horas enteras, despojados de todo velo, ante artistas de ambos sexos. Esto es por el arte. En las facultades de Medicina, los individuos exhiben sus «partes vergonzosas» a los mocosos y mocosas que siguen los cursos. Esto es por la ciencia. La ley hace obligatorio el desnudo con un objetivo patriótico. ¿Quién podrá olvidar la innoble comedia del Consejo de Revisión donde, ante las carcajadas del Jurado, los jóvenes «reclutas» desfilan en el más sencillo aparato? Hay más. Durante la guerra, los «hombres» pasaban la «visita» en la Escuela militar, en el mismo local donde operaban las damas dactilógrafas, cuyas miradas no se apartaban del médico mayor palpando los sexos.

»Nadie se extraña de ver en las piscinas a la gente joven, provista de un taparrabos, lanzarse al agua, ante la mirada alegre de los niños, ni a las bandadas de deportistas mostrando los muslos en sus juegos, ofreciéndose en espectáculo a los bobos. Lo que no se ve, se adivina: las formas se acusan bajo el trajecillo de baño. El tapa-

rabos no oculta nada. En todo esto no hay atentado alguno a la moral, que yo sepa.

»La cuestión de inmoralidad —y para los burgueses la moral se reduce enteramente al hecho de rodear de misterio los órganos generadores, sin duda para hacerlos más deseables— es una cuestión de apreciación, de circunstancias, de lugar. Lo que es moral en determinado momento, en tal paraje, cesa de serlo algunos minutos después y algunos metros más lejos. Unos grados de latitud deciden un «ataque a la moral». Lo arbitrario reina en este dominio. La razón no interviene.

»En este dominio, los «tabús», pululan. Esto está permitido; aquello, prohibido. ¿Por qué? Nada se sabe. Cada cual se somete, sin discusión, por cobardía, por costumbre, por hacer como todo el mundo.

»Puesto que salimos del período estival, señalemos las contradicciones que se pueden comprobar en esta época del año en todas las regiones bañadas por el Océano o la Mancha. ¿Por qué una joven, que se ha desnudado sin inconvenientes, en público, quitándose la camisa y vistiendo un bañador ceñido, antes de tomar su baño que sigue a un baño de sol durante el cual descubre su cuerpo sobre la arena horas enteras, dejando ver sus entrantes y salientes, sin parecer prestar atención a los aficionados, que lanzan en su dirección sus gemelos prismáticos; por qué esta joven, después de haber abandonado la playa, terminadas sus exhibiciones, hace mil aspavientos —no siempre— para ajustar su liga detrás de un árbol, no admitiendo que se la mire, o si monta en bicicleta, estirará con mano púdica, durante todo el recorrido, su falda que levanta el viento? ¿Qué lectora de *l'en dehors* me dará la clave de esta anomalía?

»La poca ropa en familia está admitida entre personas de buena sociedad, que tratan de casar a sus hijos e hijas. Si preguntamos a estas mismas personas, cabalgando en sus principios, por qué tanto abandono durante la temporada balnearia, cuando todos volverán a la etiqueta durante el invierno, responden: «Desde el momento en que todo el mundo hace lo mismo, nadie puede decir nada. Nadie presta atención. En la playa todo está permitido.» Así, pues, porque todos hacen lo mismo, nada es reprehensible. Lo que es

reprehensible a los ojos de la opinión es actuar aisladamente, no por capricho o snobismo, sino simplemente porque se siente el deseo de ser para sí mismo. El individualismo, he ahí al enemigo. En materia de sexualismo, este enemigo es más combatido que en cualquier otro de sus aspectos. El asesinato en masa es recompensado; individualmente, el asesinato se castiga. Lo mismo ocurre en el exhibicionismo sexual. En común, se le tolera en las playas de moda; aislado, se le proscribire. En otra parte, en otras circunstancias, el exhibicionismo en común es condenado! ¿Que lo comprenda el que pueda!

¿Quién me podrá explicar por qué está prohibido atravesar las calles en traje de baño en determinada estación balnearia, cuando están permitidas tantas otras cosas? ¿Por qué el desnudarse en la playa está considerado como una contravención en tal localidad y tolerado en la localidad vecina? ¿Por qué si le place a un original atravesar la plaza de la Concordia en calzón de baño es detenido inmediatamente, entre la mofa del populacho, y conducido al más próximo retén de policía? Hay que recordar lo que le ocurrió a un amigo de Raymond Duncan, que habiendo tenido la fastidiosa idea de cavar en su jardín en traje de baño, entre cuatro paredes, fué procesado y condenado por faltas a la moral. El ultraje a las buenas costumbres no es, a menudo, más que un ultraje hecho a los imbéciles. Yo puedo recorrer kilómetros de playa en traje de baño. Si tengo el capricho de pasear con el mismo traje por el bosque de Vincennes, me arrestan. Si no voy solo, sino en grupo, no se me dice nada. Es para el desarrollo de los deportes. Es extraordinario el número de atentados al pudor que autoriza la cultura física.

»Son numerosos los casos de ilogismo de los individuos en materia de sexualismo. Aquella notoria ramera se indigna de la ligereza de nuestras costumbres y denuncia a aquel pintor conocido, que toma un baño de sol en las orillas de la Riviera. Una madre de familia, que admite que su hija «frecuente» a un joven novio, mira con malos ojos que otra madre deje jugar en la pila a un chiquillo de tres años completamente desnudo; «grave atentado a la moral», declara muy indignada.

»Todos los días, las niñeras hacen hacer

pipi a los críos delante de los transeúntes. ¿Quién piensa en escandalizarse?

»Ciertas actitudes no se explican más que con la estupidez o la hipocresía de los individuos. ¿Por qué las jóvenes de «buena familia», que bailan el charlestón y otras danzas lúbricas, que enloquecen a las «hijas del placer» de las chozas de la América del Sur, rehusan sus «favores» al caballero enervado con sus contorsiones? ¿Por qué aquella coqueta que tiende a excitar a los hombres con la vaporosidad de su vestido y sus posturas lascivas, os escupe el epíteto de «asqueroso» si respondéis a sus provocaciones? Aquella mujer «con cartilla» tiene pudores que el pudor desconoce. Se la «falta al respeto» si se le pone la mano en cualquier parte.

»Ocultar su sexo es una verdadera obsesión para determinadas personas, y no son más virtuosas por eso. Tal hija de Eva, de paseo por el campo, se esforzará por encontrar un paraje desierto donde poder satisfacer las necesidades de la Naturaleza, lejos de las miradas indiscretas. Se creería deshonrada si algún transeúnte apercibiera el famoso «triángulo» que ha causado tantos males desde la época del paraíso terrenal y ha hecho emplear mares de tinta a los moralistas indignados.

»¡Qué hay más «inmoral» que un matrimonio burgués! Es necesario que todo el mundo sepa que la señorita X se acostará aquella noche con el señor Y. Ceremonia grotesca, ante la cual debieran retroceder las gentes sensatas. La boda, preparada mucho tiempo atrás, es para todos un acontecimiento. El espectáculo de los esposos haciendo bendecir su unión por el cura, después de haberse presentado ante el alcalde, carece de belleza. La víctima, coronada de flor de naranjos y vestida con un traje blanco, es conducida solemnemente al altar antes de llevarla al lecho. Los padres, que no hubieran permitido la menor intimidad antes del matrimonio, entregan su hija al primer llegado, que se encargará, si es ella inocente, de revelar de una manera extraña el misterio del amor. Para celebrar, como conviene, esta violación legal, por la que se perpetúan las familias, se baila, se canta, se galantea, se llena la panza. Los «invitados», con gran algazara, disfrutan el festín. Las gentes de la mejor sociedad se conducen, en este día, con una desaprensión a la que nada

igual. En cuanto a la gente del pueblo, que imita a la aristocracia y la burguesía, resulta repugnante: se emborrachan como brutos, en honor de los «recién casados» que van a procrear, con permiso de las autoridades, vástagos para la patria.

»Fuera del matrimonio, la obra de la carne es condenada por las gentes de la Iglesia y por las leyes. La madre soltera es puesta a un lado de la sociedad y sus hijos son llamados naturales. Una virgen sufre, de parte de un varón, «los últimos ultrajes». El marido engañado sitúa su honor en la vagina de su «legítima». El mismo acto es proclamado sublime y repugnante, según se realice o no de acuerdo con los ritos tradicionales.

»Todo esto no puede sostenerse. En el terreno de la estética sexual, la Humanidad se atrasa. El animal, que no tiene moral, es más moral que el hombre. No gasta tantas pamplinas para aparearse. El salvaje, más próximo al animal que nuestros pretendidos civilizados, le son superiores en materia de sexualismo. Practica el desnudismo, vive la vida natural, no complicando su existencia con escrúpulos que nada justifican.

»Puede que conviniera aportar un poco más de lógica de la que se le concede de ordinario a los problemas que presenta el sexualismo. En lo que concierne al desnudo, esa pesadilla de todos los grotescos que padecen la enfermedad del pudor, habrá que seguir un criterio: la belleza. La estética reemplazará aquí a la moral. Sólo los seres físicamente hermosos tendrán derecho a exhibirse en el traje de Adán o Eva. Una mujer desnuda en un bosque no podrá ser perseguida por ataques a la moral. Habrá que adorársela de rodillas.

¿Habrá que proscribirse, sin embargo, la desnudez para todo lo que sea viejo y pasado? Hay en eso una cuestión de humanidad, que se confunde con una cuestión de higiene. Proclamemos que todos los individuos, en buena o mala salud, jóvenes o viejos, grandes o pequeños, tienen derecho al desnudo. Cuando el desnudo se haya adoptado en nuestras costumbres, se podrá decir que la Humanidad habrá dado un gran paso. El prejuicio que condena al desnudo como inmoral, arrastrará en su caída todos los otros prejuicios. El amor será rehabilitado. La «camaradería

amorosa» será posible. El propietario sexual será mortalmente herido, pudiendo contemplar cada cual a cualquier hombre o mujer en su belleza o fealdad física. Los maridos y las esposas no podrán ocultar celosamente a las miradas indiscretas las formas de sus cónyuges y, como no habrán miradas indiscretas, ya no habrán más celosos.

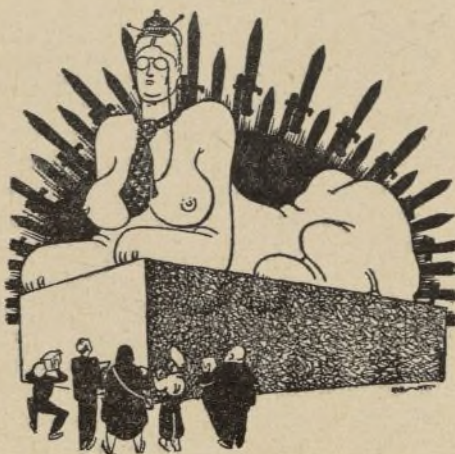
»Verdaderamente, esta moral, que se refiere en último lugar a la cuestión sexual, a la cual no aporta más que soluciones bastardas, no da náuseas. La ética sexual de nuestros días, que hace un espantajo

de los órganos destinados a la reproducción o al placer, es incoherente, absurda e... inmoral. Pero, ¿cuánto tiempo necesitarán los individuos para que, libertados de sus prejuicios en materia de sexualismo cesen, al fin, de ser monigotes para transformarse en seres vivientes?»

Gerard de Lacaze-Dutiers

(Artículo citado por E. Armand en su obra *Libertinaje y Prostitución*, próxima a editarse en español.)

EL ENIGMA DE LA ESPINGE



—Señora Alemania: ¿Sois todavía una República?

El movimiento de masas por la cultura en Rusia

«La estafeta cultural»

LA edificación de una nueva cultura, fin que se persigue en la U. R. S. S. bajo la bandera de la revolución cultural, supone la colaboración de millones de hombres.

Es lógico y natural que la actividad organizada de estas masas se manifieste bajo formas hasta hoy desconocidas y que respondan a las dimensiones y a los ritmos grandiosos de la revolución cultural. Una de estas formas tan nuevas y características es la «Estafeta cultural», cuya idea fué lanzada por la juventud comunista de Moscú.

Es la aplicación del principio de la estafeta deportiva a la emulación entre colectividades de fábricas, organizaciones públicas y grupos de juventudes en el trabajo cultural de las masas; los participantes son llamados «Voluntarios de la Cultura». Obreros, estudiantes y empleados hacen, benévola y sistemáticamente, el trabajo de las masas.

La emulación entre grupos de «Voluntarios de la Cultura» bajo la etiqueta deportiva de la estafeta se desenvuelve entre el *star* y el *finish*. El *star*, es el comienzo, y el *finish*, el término.

La «Estafeta cultural» de la región de Moscú, en 1930, se ha proyectado realizar los fines siguientes:

1. Instrucción primaria obligatoria para los niños de ocho a once años, durante un período de siete años, en Moscú, y en los centros industriales, y de cuatro, en el resto de la región.
2. Politecnización de las escuelas.
3. Liquidación completa del analfabetismo en 1930-31.
4. Preparación en masa de cuadros de obreros para las Escuelas técnicas superiores.
5. Acción cultural para garantizar la ejecución de planes industriales y finan-

cieros y el desarrollo del movimiento de colectivización.

Estos son los fines esenciales, mejor dicho, el itinerario a seguir por la «Estafeta cultural». Esta «Estafeta cultural» se desenvuelve en los diferentes distritos de Moscú, en los pueblos, en los centros industriales y en las fábricas de la región.

He aquí su desarrollo. El *Start* comienza por un gran mitin o conferencia, donde los «Voluntarios de la Cultura» se forman en destacamentos o equipos, recibiendo de su estado mayor las misiones que han de ejecutar en tal o cual plazo. Estas misiones son dadas a cada equipo conforme al itinerario escogido por ellos. Los equipos de veinticinco a treinta hombres se dividen en escuadras de siete a doce. El fin general está igualmente repartido en fines concretos fijados a cada escuadra, y si fuera menester, a cada individuo. A cada ejecución seguirán los informes correspondientes. Cada «voluntario» da cuenta a su escuadra; cada escuadra, a su equipo, y cada equipo, al Estado mayor.

Estos mítines han agrupado varias decenas de millares de proletarios. En Moscú, por ejemplo, en el Distrito Sokolniki, han tenido 30.000 asistentes; en Khamovniki, se han contado 25.000, y en Presnia, 40.000. Así ha comenzado la «Estafeta cultural» en todas las fábricas, kolkhoz y sovkoz, ciudades y aldeas.

La dirección del movimiento queda asegurada por Comités, especialmente formados en las fábricas y los kolkhoz y sovkoz, especie de estados mayores o comisiones de control.

A cada empresa se envía un instructor para comprobar toda la marcha del movimiento, informar al Estado Mayor y apreciar sus resultados. La «Estafeta cultural» termina con un gran mitin en el cual se da lectura de los informes de los equipos y escuadras y de las recompensas distribui-

das a los mejores grupos y a los mejores individuos.

Tal es la técnica de la organización. ¿Cuáles son los resultados prácticos?

En un brevísimo plazo de dos meses y medio se ha formado un ejército voluntario de 100.000 obreros que han trabajado en orden de combate en los principales sectores del frente cultural.

Estos voluntarios han sido reclutados en las fábricas, las escuelas superiores y las administraciones. Los mismos obreros se han puesto a la cabeza del movimiento a favor de la cultura, aportando así una dirección e inspiración proletarias. El ejército de la cultura comprende niños y adultos (25.000 escolares y pioneros).

Se comprende la importancia de todo este movimiento por la elevación del nivel cultural de sus mismos participantes. Además, la «Estafeta» ha fundado una Universidad de «Voluntarios de la Cultura», de la que existen sucursales en todos los distritos de Moscú.

La «Estafeta cultural» ha descubierto nuevos procedimientos para la edificación cultural. Muchas empresas, como la fábrica «La Hoz y el Martillo», la fábrica de Babav, etc., han concedido algunos millares de rublos para la politecnización de las escuelas. Durante el período de enseñanza obligatoria, sólo en el distrito de Bauman veinte empresas han concedido un crédito de 125.000 rublos. Muchas fábricas han organizado los sábados comunistas para ayudar a la instrucción obligatoria; otras han dejado a beneficio todos los kopets de sus salarios. Finalmente, ha sido recaudado por todo Moscú un fondo cultural de 1.871.557 rublos para la instrucción obligatoria, la liquidación del analfabetismo y la politecnización de las escuelas, aparte de los 824.000 rublos que han sido recaudados en 103 provincias de la región. Esta movilización de recursos públicos se añade juntamente con los fondos procedentes del presupuesto de Instrucción Pública y permite obtener resultados considerables. Los Sindicatos han destinado de sus fondos culturales un descuento de un 15 % para instrucción obligatoria. Las Cooperativas ceden un 0'45% de su cifra de negocios en los campos, y 0'03 en las ciudades.

Esta movilización de energías y de fondos obtenida por la «Estafeta cultural» en

las fábricas, los kolkhoz y sovkoz y administraciones, ha permitido obtener al principio del tercer año del Plan quinquenal éxitos notables en el frente cultural.

La primera condición de la revolución cultural es la liquidación del analfabetismo. Al final del año 31 no debe quedar un solo iletrado en la región moscovita: son 1.113.000 individuos que tienen que aprender a leer y escribir. En noviembre de 1930, después de tres meses de «Estafeta cultural», un 75'6 % de individuos han sido admitidos ya en las escuelas.

En cuanto a Moscú, la proporción es más elevada, alcanzando en ciertos distritos la cifra de un 90 % de admitidos y aún más todavía, como en Khamovniki. En las escuelas elementales se enseña igualmente el abecé técnico y político.

La «Estafeta cultural», más que ningún otro método emplea el principio de Lenin: «La revolución cultural es, ante todo, un movimiento de masas.»

¿Cuáles son los resultados en lo que a instrucción obligatoria se refiere?

Según el plan, había que: asegurar la enseñanza escolar a 1.059.000 niños, y la enseñanza especial, a 40.000 adolescentes. Por esto era preciso abrir nuevas escuelas, formar 4.000 instructores y asegurar a 120.000 escolares una ayuda material (calzados, vestidos, etc.). El plan es inmenso, y su ejecución ha requerido muchos esfuerzos. Pero, gracias a la iniciativa y a la buena voluntad de la población, estimulada por la «Estafeta cultural», las dificultades han sido vencidas: 1.079.000 niños pueden acudir a la escuela (la estadística de obligaciones está incompleta). Numerosos adolescentes iletrados (hasta los catorce años) han sido admitidos en ellas. De las 700 escuelas señaladas en cada distrito, 400 están ya construídas. Se ha hecho mucho por la reparación y adaptación de diferentes locales destinados para servicio de escuelas. En Moscú han sido construídas diez escuelas nuevas, para 15.000 alumnos. Los suministros escolares están asegurados de manera satisfactoria y aun íntegramente en algunos distritos.

La situación material de los escolares juega un papel importante en la realización de la enseñanza obligatoria. En Moscú ha sido creado un fondo de 1.814.000 rublos para este efecto, que permitirá dar a los niños la posibilidad de acudir a la escuela.

La distribución de comida está organizada.

La «Estafeta cultural», al movilizar la actividad de las masas en favor de la politécnica, ha acelerado la transformación que permitirá basar toda la vida escolar en los estudios de la producción industrial y sobre una misión orgánica con ella.

La petición se ha hecho en general por la adaptación de los programas escolares, principalmente en las escuelas de tipo superior, a las condiciones económicas inmediatas. Se ha visto multiplicar así las escuelas de juventudes campesinas y las de fábricas. El número de los alumnos de estas escuelas de tipo superior alcanza en 1930-31 la cifra de 226.000. La «Estafeta cultural» ha hecho mucho por la aplicación de las diversas escuelas a tales o cuales empresas y por la organización de talleres escolares. Todas las escuelas de Moscú están agregadas a una empresa. En 221 escuelas de cinco distritos existen talleres. Sus herramientas han costado, para empezar solamente, la suma considerable de 1.235.000 rublos.

Las escuelas de Moscú están ahora en relación directa con la producción. En setenta y cuatro escuelas de Khamovniki, los alumnos tienen un período de prueba práctico en las fábricas, estando dirigidas por los instructores en sesenta y nueve de ellas. Las escuelas de este mismo distrito han hecho 104 excursiones industriales. Muchas escuelas de la región moscovita tienen un curso de introducción para tal o cual ramo de producción. La industria y la escuela han encontrado puntos de contacto. Las fábricas consideran las necesidades de las escuelas como las suyas.

La preparación del personal ha alcanzado igualmente un gran puesto en el trabajo de la «Estafeta». En Moscú (barrio obrero) están estudiando las necesidades del distrito en este particular, relación con los *trusts* y los comisariados que realizan una gran campaña de agitación y han abierto cursos preparatorios en las escuelas de las fábricas. En varias empresas se han formado grupos escolares combinados (escuelas que comprenden todos los gra-

dos de enseñanza, desde el curso preparatorio hasta la escuela especial de tipo superior). El grupo combinado de la fábrica «La Hoz y el Martillo» junta unos 35.000 obreros, en lugar de 300, solamente como el último año.

La «Estafeta» se ocupa del reclutamiento de escuelas de las fábricas y ha multiplicado los cursos especiales y los círculos de perfeccionamiento profesional, se han formado cuarenta células de la Sociedad «La técnica para las masas» y 200 exposiciones industriales.

La «Estafeta» ha tomado parte en la campaña para la ejecución de planes industriales y financieros, en la colectivización de los campos, estableciendo por ello itinerarios especiales. Se han organizado gran número de reuniones, conferencias y diversiones en los clubs, rincones rojos, escuelas y talleres.

Por todas partes se ha llamado la atención de las masas obreras hacia la emulación socialista, trabajo de choque y la lucha contra el paro voluntario (vagancia).

La «Estafeta» ha contribuido directamente a la ejecución de los planes de producción. Ha sugerido también formas interesantes de trabajo cultural, que dan brillantes resultados, interesando a las masas en la disminución de los precios de fábrica, al perfeccionamiento de la disciplina del trabajo y al mejoramiento de la calidad de los productos.

En un corto espacio de tiempo los diversos distritos de Moscú han enviado 208 brigadas culturales, que han abarcado veintisiete provincias. En cuarenta y siete distritos rurales está organizada la «Estafeta cultural».

Tales son los resultados de la primera etapa de la «Estafeta» para Moscú y su provincia. Los «Voluntarios de la Cultura» llevan siempre sus banderas movilizandolos millones de trabajadores en beneficio de la cultura socialista.

S. Afanassiev

(Versión castellana de Alvaro Arauz.)

Julio-Moscú.

En su tiempo, ya clamó avisando a los que no querían oír, diciendo: «Sanead los barrios y aumentad los jornales. La cuestión de las habitaciones es capital; el hedor de la calle, la escalera sórdida, el tabuco donde duermen mezclados padres e hijas, hermanos y hermanas, son la causa de la depravación

Zola es el último de los grandes novelistas populares, animado por una ideología democrática, y parece un enorme destajista de las letras que piensa

39

realizar una misión espiritual fabricando un artículo que el público reclama. Zola escribió para su público, considerándolo como juez supremo. Artesano él, con el limpio concepto de la artesanía, tuvo y sintió idénticas inquietudes que los artesanos. Zola iba delante de los obreros, y delante de sí mismo, pues fué ante todo, un obrero. Clásico, en esencia y potencia, escribía sus novelas, como quien hace un péndulo, o conduce un automóvil. ¿Si no hubiera podido escribir, cuál hubiera sido su ocupación artesana? Zola, como el vigilante celador de una industria poderosa, se daba a las leyes de la producción, con rigidez única y ejemplar. Así, fué folletinista el que pudo ser profeta.

Para los simbolistas no existía el mundo exterior, sino un mundo que les envolvía, fabricado por ellos. El artista debe vivir en el universo que él se crea. Falso testimonio, afirmación gratuita de aquellos cuyos libros, según Paul Valéry, «dejan al lector intacto».

La Naturaleza no es un producto del arte. La moral y los vicios no son invenciones de los literatos. Aunque los novelistas no escribieran, los hombres y las mujeres se amarían, y habría flores, estaciones y estrellas. Ni Gide ha hecho las montañas, ni las fuentes del Rin, van de Klopstock a Schelegel.

Para un marxista el arte es un producto de la Naturaleza, condicionado por el resto de ella y el papel del artista es representar lo que existe.

«El proletariado se ha engrandecido con la gran industria, viniendo a ser el protagonista de la historia.»—E. B.

EN Zola, el espíritu constructivo está minado por su sensibilidad agudísima. Si este espíritu y esta sensibilidad hubieran podido encontrar lugar al mismo tiempo en su obra de escritor, tendría la extensión y la intensidad de un nuevo Génesis.

No obstante, las limitaciones, su obra es colosal, y fué reglada por una concentración de trabajador

«ZOLA Y EL «AFFAIRE DREYFUS».



—¡Más fuerte que la espada!

intelectual, siempre esclavo de su labor. Se sentía dominado como Balzac, de la idéntica ambición de abarcar toda su época, llegando con su análisis del medio social, mucho más lejos que éste. Pablo Luis, en su obra *Los tipos sociales en Balzac y Zola*, examina esta diferencia notable, a pesar de que el autor de la *Comedia humana* había demostrado que conocía los suburbios, al decir: «Este seminario de las revoluciones que rebosa de héroes, inventores, sabios prácticos, bribones, virtudes y vicios, comprimidos por la miseria y la necesidad.»

Esta laguna es más ostensible, porque en tiempos de la Restauración y de la monarquía de julio, el proletariado era menos denso y visible que bajo el Segundo Imperio, época en que vivieron los héroes de los Rougon-Macquart. Los fusilamientos de París y Lyon fueron lo bastante clamorosos, para que Balzac no se apercibiera de ellos. Si los mineros y los metalúrgicos no se contaban por millares en las explotaciones, empezaban ya a formar grupos compactos, fáciles de ser vistos por el novelista.

Zola, por el contrario, coloca a los obreros en primer plano, en sus novelas: *La taberna*, *Germinal*, *La bestia humana*, *Trabajo*. Si el arte fuera cuestión de repertorio, Zola, sería más grande escritor que Balzac.

El volver a la Naturaleza es reconocer la posición del hombre a que le ha obligado el régimen actual y tener conciencia de las fuerzas que la sostienen y la modifican. Y el escritor no puede ser realista más que con esta condición, pues «el fenómeno social lo llena todo» y el arte no puede ser realista sin ser eminentemente social.

El individuo y lo social se comunican entre sí, desde los primeros instantes de nuestra vida. Marx, en 1843, tuvo la intuición genial de afirmar: «Hay que evitar que se oponga la «sociedad» como abstracción, al individuo. El individuo es un ser social.» La psicología, según Wallon, confirma que cada hecho psíquico, como cada hecho biológico, tiene su origen en el contacto directo entre el ser vivo y el ser psíquico y su medio. Haciendo un corte vertical del individuo, es fácil reconocer la acción de las grandes fuerzas elementales que han determinado las sinuosidades, de las que no está ningún hombre privado. La psicología ensambla la geología humana.

El socialismo de *Trabajo* es más explícito que el de *Germinal*, y el de éste, superior al de *Trabajo* como propaganda por su potente vitalidad, mermando la precisión ideológica.

El realismo es la condición necesaria para la eclosión de todo vasto movimiento literario y de todo progreso social. Marchar hacia el realismo es marchar hacia el hombre integral.

La realidad es social, y muchos artistas afirman que su obligación como a tales les exige tomen la realidad de su época.

La literatura es el arte de las artes, y no se puede comparar a ningún otro arte. Tomar y reproducir toda la realidad, implica entera comprensión, conciencia de la conmoción contemporánea.

Zola, hace más de treinta años, consignó en sus notas: «La esperanza está en el pueblo», y repitamos «que la esperanza reside en el proletariado internacional y en su organización» y el arte construido sobre estas inmensas bases, lógicamente adjudicadas, será y ha sido, verdaderamente social.

Y en todo tiempo, no se puede dejar de obrar paralelamente a los partidos políticos, no por sumi-

sión a las órdenes dadas, sino porque tenemos de la realidad la misma imagen precisa y luminosa. ¿Independencia? No, paralelismo. La literatura debe ser siempre la literatura, pero el artista debe

CARICATURA DE LA ÉPOCA

UNA CARTA INEDITA DE ZOLA
A F. JOURDAIN

Paris 15 mai 1901

Mon cher Francis, je vous
vous remercier bien affectueuse-
ment de toute la peine que
vous avez prise pour orga-
niser la très belle soirée d'hier.
Vous m'avez donné une gran-
de joie, non pour mon succès
personnel, mais pour le succès
des idées de vérité et d'hu-
manité que nous défendons.
Cela fait du bien d'enten-
dre la grande voix de Jaurès
annoncer magnifiquement
la cité heureuse de de-
main. Et je tiens à vous dire
que je vous en garderai une
amicale gratitude.

Bien cordialement.

Emile Zola

Esta carta la dirigió Zola a Francis Jourdain al día siguiente en que Jaurès pronunció una conferencia en una de las sesiones del Teatro Cívico. Con anterioridad, y en el mismo sitio, había desarrollado el propio Jaurès su célebre conferencia "El Arte y el Socialismo"



Emilio Zola

escuchar y expresar lo humano y emotivo. El verdadero sabio, el literato clarividente y el verdadero socialista no están separados más que por la ley de la división del trabajo. Se debe marchar hacia la multitud para engrandecerla y para adherirse a sus objetivos sociales y políticos, que son las leyes orgánicas e históricas.

Hay que escribir ciclos de poemas épicos, «biblias del pueblo», dijo Hegel, y el procedimiento es éste: abriendo «el arca inmensa».

Es preciso abrir estas perspectivas lógicas, pues es el homenaje más valioso que podemos ofrecer al que tuvo estas palabras magníficas: «Puede ser que nos equivoquemos todavía, pero se hace difícil de creer.»

No es suficiente el proclamar que se le ama y se le recuerda. Es preciso que la peregrinación que se hace todos los años a Medan, no se reduzca solamente a depositar flores y rememorar a media voz la importancia que revistieron, en tiempo pasado, sus iniciativas literarias y su actitud cívica.

Hay que colocar esta gran sombra, no detrás de nosotros, sino delante, utilizándola para la iniciación clara de los hombres, la reclamación colectiva y para el progreso dramático que cambiará la forma del mundo, dándole la espalda al siglo XIX y de cara al XX y a los venideros, marchando al encuentro eterno de los hombres jóvenes, los delanteros del porvenir.

Henri Barbusse

Una carta de Marx y Marx, poeta

RUSIA ocupó siempre lugar de preferencia en las preocupaciones de Marx y Engels. Los dos sentían esta preocupación que les obligaba a seguir con marcado interés, tanto su desarrollo económico-social original como el lastre reaccionario de su régimen político en las relaciones internacionales. Solamente los comentaristas con ideas preconcebidas pueden interpretar su actitud como «rusofobia». La hostilidad hacia el zarismo no puede juzgarse, en ningún caso, como antipatía hacia un gran pueblo oprimido. Al contrario, Marx y Engels miraban con contento y esperanza los progresos del movimiento revolucionario ruso. Los revolucionarios rusos de todas las escuelas se remitían siempre a su ciencia.

La comunidad rural (obchtchina o mir), es decir, la posesión comunal de la tierra y su cultivo en parcelas repartidas por rotación entre las familias con responsabilidad colectiva de la comuna delante del Estado para las cargas fiscales, militares, etc., fué durante mucho tiempo el eje de las desuniones en cuanto al camino de la transformación socialista de Rusia. Cuantas veces fueron consultados Marx y Engels, que habían estudiado a fondo el problema, respondieron siempre «condicionalmente», tratando de la evolución rusa con estrecha interdependencia con la suerte del proletariado occidental.

En 1894, Engels, decía de la Revolución rusa: «Esta revolución dará un nuevo impulso y mejores condiciones de lucha al movimiento obrero de Occidente, y apresurará así la victoria del proletariado industrial, sin el cual la Rusia contemporánea no puede llegar a una transformación socialista ni por la comuna ni por el capitalismo».

En 1881, Vera Zassulitch escribió a Marx pidiéndole formulara su pensamiento sobre la «obchtchina» y la contestación quedó ignorada. Fué descubierta en 1923, entre los papeles de P. Axebrod.

Nosotros publicamos el autógrafo, cuya traducción es la siguiente:

«8 marzo de 1881.

41, Maitland Park Road, London S. W.
Querida ciudadana:

Una enfermedad nerviosa, que me ataca periódicamente desde hace diez años, me impide contestar antes a vuestra carta del 16 de febrero. Lamento no poderos dar una exposición sucinta y destinada a la publicidad de la cuestión que me habéis hecho el honor de consultarme. Hace algunos meses que prometí un trabajo sobre este tema al Comité de San Petersburgo. Entretanto, espero que algunas líneas serán suficientes para despejaros las dudas sobre el error relativo a mi pretendida teoría.

Analizando la generación de la producción capitalista, yo digo: «En el fondo del sistema capitalista existe la separación radical del productor con los medios de producción... la base de toda esta evolución, es «la expropiación de los agricultores». En Inglaterra aún no se ha llevado a cabo de una manera radical... Pero todos los otros países de Europa occidental pretenden este movimiento.» (*El Capital*, edición francesa, página 315.)

La «fatalidad histórica» de este movimiento queda, pues, restringida a los países de Europa occidental. El porqué de esta restricción está indicado en este pasaje del capítulo XXXII:

«La «propiedad privada», fundada sobre el trabajo personal..., va a ser suplantada por la «propiedad privada capitalista», fundada sobre la explotación del trabajo de otro, sobre el asalariado.» (Pág. 340.)

En el movimiento occidental se tiende a «transformar una forma de la propiedad privada en otra forma de la propiedad privada». Pero, en el campo ruso, se habría, por el contrario, de «transformar su propiedad comunal en propiedad privada».

El análisis expuesto en *El Capital* no ofrece, pues, razones ni en pro ni en con-

8 Mars, 1886
41, Weyland Park Road, London. W.

Chère citoyenne.

Une maladie de nerfs qui m'attaque périodiquement depuis les derniers 20 ans, m'a empêché de répondre plus tôt à votre lettre du 16^{ème} février. De regrette de ne pas pouvoir vous donner un exposé succinct et destiné à la publicité de la question que vous m'avez faite l'honneur de me proposer. Il y a des mois que j'ai déjà promis un travail sur le même sujet au Comité de St. Petersbourg. Cependant j'espère que quelques lignes suffiront de ne vous laisser aucune doute sur le malade à l'égard de ma soi-disant théorie.

En analysant les phases de la production capitaliste, j'étais
"Au fond du système capitaliste il y a une séparation radicale de production
"D'une des moyens de production... la base de toute cette évolution c'est le
"propriété des cultivateurs. Elle ne s'est encore accomplie d'une manière
"radicale qu'en Angleterre. Mais dans les autres pays de l'Europe occidentale
"parvenant le même mouvement" (Le Capital, éd. franc. p. 315)
de "futurisme historique" de ce mouvement est donc expressément restreinte
aux payes de l'Europe occidentale de pourquoi de cette restriction est indiquée
dans ce passage du Ch. XXII :
"La propriété privée, fondée sur le travail personnel, va être supplantée par
"la propriété privée capitaliste, fondée sur l'exploitation du travail d'autrui
sur le salariat." (L.C. p. 340)
Dans ce mouvement occidental il s'agit donc de la transformation d'une
forme de propriété privée en une autre forme de propriété privée. Chez
les peuples orientaux on avait au contraire à transformer leur propriété
commune en propriété privée.
D'autre part dans le Capital nous donnons de raisons ni pour ni contre la
validité de la commune rurale, mais l'idée spéciale que j'en ai faite, et dont
j'ai cherché les matériaux dans les sources originales, m'a convaincu que cette
commune est le point d'appui de la régénération sociale en Russie, mais afin
qu'elle puisse fonctionner comme tel, il faudrait d'abord éliminer les
influences délétères qui l'assèchent de tous les côtés et ensuite lui
créer les conditions normales d'un développement spontané.

Voi l'honneur, chère citoyenne
Votre dévoué
Karl Marx

Autógrafo de la carta de Marx a Vera Zassulitch

Ayuntamiento de Madrid

tra la vitalidad de la comuna rural, pero el estudio especial que he hecho, cuyos materiales están recogidos en las fuentes originales, me han convencido de que esta comunidad es el punto de apoyo de la regeneración en Rusia; a fin de que ella pueda funcionar como a tal será preciso eliminarle las influencias deletéreas que la embisten por todos lados, para asegurarle las condiciones normales de un desenvolvimiento espontáneo.

EL resultado de sus primeros trabajos, fueron tres cuadernos de poesía, que envió a su novia, en 1836, tres meses después de su ingreso en la Universidad de Berlín. Se titulaba el primero: *Buch der Lieder* (*Libro de los Cantos*), por Karl Marx, Berlín, 1836, y los otros: *Buch der Liebe* (*Libro del Amor*), por Karl Heinrich Marx, noviembre, 1836.

Durante las vacaciones del año 1836, pasadas en Treves, con su familia, el joven Marx se casó secretamente con la que amaba, y, bajo la impresión de la alegría provocada por este amor correspondido, fueron terminadas las colecciones citadas. Los cuadernos iban dedicados: «A mi eternamente amada Jenny de Westphalen»; llegaron a las manos de su novia en diciembre de 1836, quien los leyó, escribe Sofía, «con lágrimas de alegría y dolor».

En la biografía de Karl Marx, de Franz Mehring, se expone el juicio siguiente, sobre estas primeras producciones: «En general, estas poesías de juventud respiran un espíritu de romanticismo trivial y raramente son sinceras. Su técnica es primitiva, hasta el punto de no parecer posteriores a Heine y Plateu.

En las *Obras póstumas* formula la misma opinión, pero de una manera más explícita: «Ellas son informes en toda la acepción del término. La técnica del verso es primitiva. Si no conociéramos de una manera precisa la fecha en que fueron escritas, daríamos de que su ejecución hubiera tenido lugar un año después de la muerte de Plateu y nueve años después de la publicación del *Libro de los Cantos*, de Heine. Su contenido no puede indicarnos otra cosa. Cantos a las sirenas, a las estrellas, al carrillero, al cisne, a la jovencita pálida, al doncel y a la niña, un ciclo de baladas de Alboin y Rosamonda, etc., etc.

Tengo el honor, querida ciudadana, de haberme entregado por completo a vos.

Carlos Marx.»

Después de la muerte de Marx, se encontró sobre el mismo tema, entre sus papeles, una respuesta en francés a un artículo de Mikhaïlovsky, destinada a los *Anales de la Patria*, de San Petersburgo, que publicó el *Monitor Jurídico*, en 1888.

No falta tampoco el valiente caballero que, después de haber ejecutado numerosas proezas en el extranjero, vuelve a su país al punto de que su novia se casa con otro.

Son de arpas románticas, perfumado todo con esencias de romanticismo, velado por esa atmósfera poética tintada con claros de luna, elementos todos extraños a un espíritu como el suyo, en lucha perpetua por conseguir una claridad cegadora.»

¿Está justificada esta crítica severa? No nos es posible saberlo, porque las poesías aludidas fueron perdidas, lo mismo que las colecciones en que formaban parte.

Nosotros no conocemos más que una sola poesía, la más característica, pues Mehring la cita en su edición de *Obras póstumas*. Abstrayéndonos de su valor literario, esta pequeña poesía (o fragmento de poesía, Mehring no dice nada sobre este punto) muestra el estado de ánimo del joven Marx y donde se deja percibir ya su magnífico temperamento de luchador.

Yo no puedo jamás pensar tranquilo
en todo aquello que mi alma agita,
ni puedo estar, sin conmovirme, cuando
todo a la lucha, sin cesar me invita.

Yo quisiera también haber conquista
de todo, e, incluso, del poder divino.
Las ciencias conocer exactamente.
Las artes dominar con igual tino.

Marchar de prisa, hacia adelante, quiero
sin treguas en la marcha, ni reposos
y no quedarme, ningún día, quieto
sin nada desear, ni hacer tampoco.

Porque no hay que sufrir pasivamente
del yugo indigno la pesada carga.
Deseos y pasiones nos empujan,
la acción ansía comenzar su tasca.

(Versión castellana
de Miguel Alejandro.)

Los partidos socialistas son las adulteraciones del marxismo

EL socialismo de Estado, posteriormente llamado socialdemocracia, tiene su origen en Alemania y se forma de un breve período de años, en los que transcurren de 1864, en que muere Lassalle, hasta el Congreso de Eisenach, en 1872. Un doble proceso, primero intelectual, luego social, se había efectuado en Alemania, poniendo en primer plano estos problemas económicos desde una nueva orientación o perspectiva. En 1863 empezó a publicarse una revista titulada *Jahrbucher für Nationalökonomie*, que fué el verdadero órgano de los economistas universitarios, habituando a los espíritus a la idea de la relatividad de los principios en la política económica, con lo que le preparó para admitir la posibilidad de una orientación nueva.

De otra parte, las cuestiones obreras adquirieron una importancia excepcional por entonces. Es cierto que la revolución de 1848 en Alemania había tenido solamente un carácter político, debido tal vez a que la gran industria capitalista estaba entonces en Alemania muy lejos del desenvolvimiento que ya por entonces había adquirido en Francia como en Inglaterra, razones en las que se fundaron tanto Rodbertus como Marx para poner sus ejemplos y deducir sus consecuencias a base de aquellas otras nacionales. Ahora bien; a partir de 1848, la industria dió un gran paso de avance, surge una verdadera clase obrera, y Lassalle, reconociendo este cambio se aprovecha de él para contar con una masa adepta a su partido, con reivindicaciones puramente económicas. La asociación que él crea subsiste después de su muerte, y mantiene la fe en los principios que le enseñó su maestro. Lassalle ha creado el «socialismo de Estado», del mismo modo que Rodbertus había echado sus cimientos. En suma, el proceso ha sido el siguiente: Rodbertus crea el estado de opinión. Lassalle lo aprovecha, favorece la organización de las clases obreras y las recoge con los principios acumulados por Rodbertus bajo un programa per-

sonal y simplista. Marx no podía resignarse a aquella pérdida de hegemonía en su propio país. É inspirados por el Liebknecht y Bebel, diputados electos en 1867 en el nuevo Reichstag de la Alemania del Norte, fundan en 1869 el partido socialdemócrata de los trabajadores (*Sozialdemokratische Arbeiterpartei*), llamado a desempeñar papel tan considerable. Pero los iniciadores no debieron sentir el fervor revolucionario de Karl Marx, cuando en el Congreso de Gotha, que tuvo lugar del 22 al 27 de mayo de 1874, ambos partidos, el de Lassalle y el socialdemócrata se fundieron en uno solo con esta última denominación, habiendo sido, pues, desde entonces, adulterado el sentido marxista de aquel partido, cuya denominación de demócrata eludía ya de hecho la tesis genuinamente marxista de la dictadura del proletariado, y cuya mutilación inicial—social por socialista—presuponía su contenido ideológico adverso a la lucha de clases y a las posturas violentas y revolucionarias.

Nada tiene de extraño que, como vemos en otro lugar de este libro, este partido socialdemócrata haya cometido no sólo graves errores tácticos que lo han alejado cada vez más del marxismo, y no sólo no ha cumplido el compromiso que Engels les encargó aún años antes de su muerte, sino que falsificó textos del propio Engels.

Es entonces cuando, por parte del Gobierno, se inicia una política de atracción hacia las nuevas masas organizadas, política que habrá de decidir del carácter gubernamental del partido puesto en movimiento, carácter gubernamental que habría de culminar a partir del momento en que abdicado el Kaiser, las masas en la calle, desaprovechando intencionadamente el momento para un cambio de frente que orientara a Alemania por el ejemplo de Rusia, favorecen el tránsito a una República democrática, en cuyo Gobierno y dirección colaboran y tienen sobre sí la responsabilidad de la muerte de

esos pensadores de izquierdas que fueron Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

En Alemania puede decirse que el socialismo de Estado, al que Charles Gide decía así en su *Historia de las ciencias económicas*, página 659, como «la encrucijada en donde se cruzaban los caminos del cristianismo social, del conservadurismo avisado, de la democracia progresiva y del socialismo oportunista, halló su mejor propagandista en el príncipe de Bismarck». Un sistema de seguros obreros previamente sostenido y financiado por el Estado fué el medio hábil de que se valió Bismarck, cuyo ejemplo han seguido después absolutamente todos los Gobiernos de todos los pueblos, en particular cuando estaban apoyados por la colaboración interna de elementos socialistas, para alejar a los obreros del campo del socialismo marxista o revolucionario, atrayéndoles hacia la República democrática. Así Bismarck, en su discurso del 18 de marzo de 1889, citado por Bordnitz en su obra *Bismarck Nationalökonomische Ansichten*. Jena, 1902, página 141, dice:

«Estimo yo que es para nosotros una ventaja extraordinaria poder contar con 700.000 pequeños rentistas —se refiere solamente al seguro de invalidez— precisamente en las clases que sin esto no tendrían gran cosa que perder, y que en cambio creen equivocadamente que tendrían mucho que ganar con una transformación. Esos individuos no tendrían que perder más que 115 ó 120 marcos; no importa. El metal los mantiene a flote y adictos. Es poca cosa, concedido, pero ello los contiene.»

De este punto de vista han surgido las grandes leyes de seguros obreros contra las enfermedades, los accidentes, la invalidez y la vejez, votadas desde 1881 a 1889.

He aquí por qué aconsejamos a los obreros que se prevengan contra una campaña extremada en pro de los seguros oficiales de los que se habla como conquistas máximas de la sociedad burguesa. Son el medio de que se vale el Estado y el socialismo conformista para crear cadenas que impidan el libre movimiento rebelde del trabajador y con ello su inquietud creciente por la amplitud de nuevos cauces revolucionarios.

No debe extrañarnos que debido a este inteligente conservadurismo del Gobierno,

apoyado incluso por los dos célebres rescriptos de Guillermo II, del 4 de febrero de 1890, para que se diera nuevo impulso a esta legislación, el socialismo de Estado se engrandeciera e hiciera fácilmente dueño de la opinión. Unicamente el neomarxismo de Sorel, iniciador de un sindicalismo puro fundado en la tesis marxista y el anarquismo unido en frente único contra el creciente intervencionismo de las masas obreras, han luchado para desviar a la clase obrera francesa del socialismo de Estado, es un hecho altamente interesante. Las adulteraciones subsiguientes del socialismo han podido observarse. En otro lugar hacemos referencia por lo que atañe a Francia, al grito final de un manifiesto firmado por la Confederación General del Trabajo, equivalente a nuestra Unión General de Trabajadores, pidiendo no la lucha, sino la concordia de las clases sociales.

En efecto, en Francia, esta Confederación, con su Consejo Económico, aceptan en su programa el principio de «nacionalización industrializada» u organización de la producción en beneficio de la nación, correspondiendo al Estado la propiedad, mas no la gestión de dichas empresas. El término de socialización, la entrega a las colectividades obreras, defendida por el marxismo, ha tenido que ser defendida por Pierre Besnard, habiendo dado lugar con ello al movimiento sindicalista, que no es en definitiva sino la vuelta al marxismo, adulterado hasta el punto de ser desconocido por el investigador imparcial.

En Inglaterra, EL SOCIALISMO DE GUILDAS, es la fórmula que tiende a sustituir el régimen ya desacreditado del socialismo de Estado, acercándose ya de un modo subrepticio hacia el marxismo, aunque sin reconocer su derrota ni su vuelta a las tiendas abandonadas cuando proponen que cada rama de la industria sea dirigida por el conjunto de obreros y técnicos de dicha industria que constituyen la «guilda», hasta el punto de que el Estado, aun sin dejar de pasar a ser propietario, quedara también alejado de su administración. La idea de que la nacionalización es sólo el tránsito durante el régimen burgués y en modo alguno la aspiración socialista, que no se puede conformar con menos que la socialización, no llega aún al socialismo guildista, socia-

lismo de puente para volver a los viejos postulados del marxismo, si hay alguien que, como Lutero, se atreva a desenterrar los olvidados textos de Marx, las verdades inconcusas de sus leyes económicas y, en nombre del libre examen, exija una revisión de principio y una vuelta a la clásica escuela socialista.

La crisis por la que pasan los Estados ha conducido a éstos a evitar continuar en su política extremadamente favorable al socialismo de Estado y por ende a los postulados de la socialdemocracia, socialismo guildista, etc., que no son sino las adulteraciones de un marxismo, forjador de partidos de clase y en modo alguno de sectores intervencionistas. Y, sin embargo, para conjurar la crisis, precisamente en los momentos difíciles en que el paro se agrava y la situación se hace cada día más aguda e insostenible, son los Gobiernos, en nombre de los principios de conservación, estimulados por el propio socialismo reformista que no se aprovecha de la situación para destruir en este momento de debilidad al capitalismo vacilante, sino que procura darle vida a costa de una transacción, los que exigen la cesión de parte de los altos y de parte de los de abajo, con la solución que proponía Wagner, el eminente teórico del socialismo de Estado en su *Finanzwissenschaft und Staat-sozialismus*, página 718:

«El socialismo de Estado lógicamente debe emprender dos tareas íntimamente enlazadas por los demás, la una a la otra: levantar la condición de las laboriosas clases inferiores a expensas de las clases superiores ricas y contener voluntariamente la acumulación inmoderada de las riquezas en determinadas capas sociales y en determinados miembros de la clase poseedora.»

Un ejemplo y español. Pendiente desde hace años el pleito de aumento de sueldos a los ferroviarios comprometidos, el propio ministro socialista a hacerlo, antes de llegar a tan alto puesto, de su buena voluntad, hállese dificultades insuperables para realizarlo en la voluntad de la compañía, poderosa, y, sin embargo, incapaz de un desembolso semejante. Medio de conjurar el conflicto. Cesión por una parte y otra. Crédito de 20 millones cuando se requerían 37 para el aumento de jornales. Y aun así, estos 20 millones conseguidos

a costa de un aumento de tarifas ferroviarias, aumento que se negó a aceptar en principio el Sindicato por no querer el bien suyo a costa de los intereses de la colectividad, aun a costa del bien nacional. He aquí un ejemplo típico de la adulteración de la lucha de clases a que conduce este socialismo de Estado con su falsa concepción. Prescindimos aquí de las personas. Ni atacamos al ministro ni a los directivos del Sindicato ferroviario. El hecho es, por lo demás, inevitable; es una consecuencia de una táctica que ha dejado la lucha de clases reducida a un pobre guiñapo cuya primitiva naturaleza no lograríamos, sin previo conocimiento de causa, averiguar.

Esta adulteración de los partidos socialistas es tan indudable, que caben perfectamente las frases que, dirigiéndose a ellos e interesando de ellos su descubrimiento como partidos antiobreristas y enemigos de la lucha de clases, les dirigía FERNANDO DE LOS RIOS en «El sentido humanista del socialismo», diciendo:

«La saña contra Fernando Lassalle y las asociaciones que seguían la dirección ideológica de éste, podrá explicar las frases de sarcasmo y menosprecio de Marx contra el espíritu del programa de Gotha; pero lo que no puede explicarse es que hoy, al cabo de medio siglo, y en virtud de una experiencia tan rica como la contenida en ese período, si actúa el movimiento moderno socialista como no puede menos de hacerlo; con espíritu lassalliano, esto es, en socialismo jurídico y reformista, siga jurando sobre las tesis políticas de Marx como el ortodoxo sobre la Vulgata; lo que carece de sentido es que, al renacer con vigor sumo, aun en las filas de las masas sindicales —aludo a la Confederación General del Trabajo francesa—, la doctrina, de estirpe socialista del interés general como norma de actuación, los partidos socialistas, que son los directamente representantes de esa teoría, invoquen como lemas fórmulas impracticables, cual la de la lucha de clases o no socialistas como la del obrerismo.»

Hildegart

(Capítulo de un libro que acaba de aparecer, titulado: ¿Se equivocó Marx? ¿Fracasa el socialismo?)

La Internacional negra y las otras Internacionales

POR todas partes, voces agoreras nos hablan de la guerra. Parece que una ola de sangre y de cieno pretende inundarlo todo: el mundo y las almas, angustiadas ante el trágico fantasma, pero dormidas, en sus egoísmos y ambiciones.

Antes de la Gran Guerra tenían un sentido internacionalista, o parecían tenerlo, las grandes religiones, el socialismo, el movimiento pacifista y las finanzas; al estallar, lo han perdido completamente y la locura criminal de la matanza se impuso al ideal compartido por todos los hombres, agrupados en un común ideal, dispersos por las naciones.

Se hundió el concepto teórico de solidaridad y, en la práctica, todos los afiliados a estos grandes ideales universalistas prefirieron matar y morir, cegados con el concepto partidista de su patria antes que vivir y trabajar, dentro de su ideal internacionalista humanitario, impidiendo, a la fuerza, la guerra, negándose a combatir y dejándose matar, si era necesario, antes de entrar en combate.

La no resistencia al mal, gandhista y evangélica, que salvará a la India, pudo salvar al mundo de la hecatombe y la ruina, pero faltó la indecisión y el contacto entre las fuerzas internacionalistas, pudiendo consumarse, gracias a eso, la apocalíptica contienda.

Las dinastías y las industrias de los armamentos, antes de la Gran Guerra, tenían un carácter francamente nacionalista y patriótico, declarándolo, por encima de todo otro sentimiento; para mejor poder hacer la guerra, se internacionalizaron y se entendieron, proveyendo unas naciones a otras de material de guerra, sin preocuparse de sentimentalismos: granadas, gases y metralla, fabricadas en países centrales, mataron en el frente aliado a súbditos de esos países y viceversa; bastaba pasarlos a través de un país neutral o hacerlos llegar, sigilosamente, de contrabando; era necesario acabar la guerra, fuese como fuese, y lo esencial era matar hombres, *que eran la causa de su prolongamiento*.

Las dinastías y los fabricantes de armamentos se internacionalizaron, porque a las casas reinantes sólo les interesaba conservar sus puestos ventajosamente privilegiados; y a los fabricantes de armas, cuyos accionistas mayores eran los nobles, la burguesía y las casas reinantes, por medio de sus testaferros, como a todo comerciante sin conciencia, sólo les importaba ganar mucho dinero; la guerra pasada y esta que se incuba ahora fué un magnífico negocio para los que ahora forman la Internacional sangrienta de los armamentos y preparan, a través de la diplomacia, las iglesias patrioterías que siguen rindiendo culto al dios Sabaoth, el dios miserable de los ejércitos, el militarismo internacional y la burguesía, que teme perderlo todo con la revolución y espera ganarlo todo con la guerra, tras de la cual siempre llegan dictaduras y fascismos, salvaguardia de todas las injusticias sociales.

Para acabar con la guerra es preciso que todos los Estados del mundo se incauten de las Empresas dedicadas a fabricar material de guerra, que deje de ser un negocio esa fabricación y que nadie, ni el propio Estado, gane dinero.

Existe una alianza internacional de fabricantes de armamentos contra la paz, y sus jefes visibles más destacados han sido y son honrados por los Estados, colgando de sus pechos, rojos con la sangre de sus hermanos, las cruces y condecoraciones más distinguidas.

Los menos interesados en acabar las guerras son los rectores, malos rectores de los Estados, sus diplomáticos y auxiliares; la propia Sociedad de las Naciones, que en sus primeros tiempos parecía laborar por la paz, es hoy un organismo burgués más entre los otros organismos burgueses, sin decidida voluntad ni autoridad para acabar con la guerra, ni siquiera con los pequeños conflictos aislados de China y Japón o las guerritas entre Paraguay y Bolivia. Y que esto es verdad, se prueba con dos hechos concretos: Cuando después del armisticio, 11 de noviembre del 18,

Las naciones se arman, las masas protestan...



... y el soberano pontífice se tapa las orejas



Ayuntamiento de Madrid

Una madre en defensa de sus hijos

Nada mejor que decir de ella, como repetir sus propias palabras:

«Por salvar a mis dos hijos, junto con los otros jóvenes de Scottsboro, estoy dispuesta a todos los sacrificios.»

Esta es la mujer negra Ada Wright. Esta es una mujer como otra, como otra de no importa qué color. Se ha necesitado de la injusticia de una civilización para que esta mujer negra aparezca ante las demás como idéntica a otra cualquiera, a otra cualquiera con sentido de madre que sufra las consecuencias de la injusticia social. Para todas ellas aparece esta madre universalmente conocida, universalmente humana.

He aquí lo que dice una mujer. He aquí lo que dice la negra Ada Wright. Son sus palabras: «Yo no soy muy fuerte. Mi salud ha sido muy quebrantada por toda una vida de duro trabajo. Tengo ahora cuarenta y seis años. He tenido siete hijos y he hecho por ellos cuanto he podido. Por esto mismo no puedo ahora hacer todo lo que quisiera por salvar la vida de mis dos hijos y la de los otros jóvenes de Scottsboro.»

Y he aquí que, junto con esta madre de los obreros negros de Scottsboro, surge una vez más la verdad sobre los «amos». Una vieja verdad, nueva, sin embargo, para esta mujer negra que ha vivido hasta hoy en el círculo reducido y falso que le ha cedido la «flar ante» y «demócrata» civilización americana. Ha visto también que los «amos» son iguales en todos los países.

«Jamás hubiese creído tener fuerza para hacer un viaje de siete meses a través de los Estados Unidos, atravesar después el Océano Atlántico y recorrer Europa en todos los sentidos para participar en la campaña de Scottsboro», dice; y con toda la claridad de la voz de la misma realidad, nos expresa:

«Lo que antes no comprendía, empiezo a comprenderlo ahora.»

«He aprendido a conocer y comprender los ataques policíacos contra nosotros. He comprendido porque se me ha expulsado dos veces seguidas de Bélgica, ese país que tiene bajo su yugo a millones de hombres de mi raza.»

«He sido blanco de las bromas de mal gusto de la policía.»

«Se me ha detenido en Klodno, en la región minera que se encuentra cerca de Praga. Antes de venir a Europa jamás había oído hablar de Checoslovaquia, Praga o Kladno. Pero los obreros son allí lo mismo que todos los que yo he visto en los doce países que he visitado.

«Se me ha dicho que Kladno es la ciudad natal de Cermak, el alcalde «demócrata» de Chicago. Yo me recuerdo de la policía de Cermak, que en una manifestación de parados contra la expulsión de dos obreros negros sin trabajo mató a dos negros en las calles de Chicago.»

«Por esto me fué más fácil comprender por qué los amigos de Cermak me detuvieron en Kladno...»

Es esto algo de lo que esta mujer negra ha aprendido en su angustiosa peregrinación, y es esto lo que ella nos enseña

Nuestra «blanca» civilización había mal acostumbrado nuestros sentidos en su apreciación de la gente negra. Los «amos» de esa civilización han procurado presentarnos a la gente negra como una raza ajena a la nuestra, la cual podía servir, lo más, para divertirnos. Y han procurado desviar en broma hasta sus más profundos problemas.

Pero hoy la angustiosa voz de esta mujer, que intenta correr a través de los pueblos, buscando ayuda con que impedir la ejecución de los nueve jóvenes obreros negros, tan injustamente acusados, surge tan humana, es tan semejante a las otras voces que exigen justicia en todos los países, que se hace una con todas.

Pide con ellas derecho a vivir, justicia, paz...

Manolita Ballester



Ayuntamiento de Madrid

se llevaron a cabo las primeras tentativas de creación de esta organización internacional, la Sociedad de las Naciones fué adoptada por UNANIMIDAD, en la segunda sesión plenaria de la Conferencia de la Paz, en París, el 25 de junio de 1919, una resolución según la cual la Sociedad de las Naciones había de ser: «Un órgano de labor internacional consagrado a impedir, en lo futuro, la guerra.»

La primitiva estructura de la misma se hallaba exclusivamente orientada hacia el desarme radical y el mantenimiento de una paz duradera. Francia, representada por León Bourgeois y Larnaude, en la llamada Comisión de la Sociedad de las Naciones, de la que formaban parte catorce Estados, el 14 de febrero de 1919, declararon que el proyecto que se estaba estructurando debía ser perfeccionado con la creación de una Comisión inspectora de los armamentos y la organización de una policía internacional. Ese era el espíritu y la letra de la Sociedad de las Naciones, hasta que se adueñó de ella la diplomacia y la razón del Estado burgués, que tantas infamias encubre habitualmente.

La propuesta presentada por la Unión de las Repúblicas Soviéticas en la Conferencia del Desarme celebrada en Ginebra, en marzo de 1928, está basada en las mismas ideas fundamentales: «En lugar de ejércitos nacionales permanentes, un servicio de seguridad terrestre y marítimo, internacionalmente convenido y una inspección de los armamentos, también conforme a un convenio internacional.» Y a pesar de eso, esta proposición, que haría casi imposible la guerra hecha por la U. R. S., que tenían y siguen teniendo acaso el ejército más fuerte y eficaz del mundo, fué rechazada por los hombres de la Sociedad de las Naciones, *considerándola una hipocresía y una perversidad*; ahora mismo, en estos días, también el representante de la U. R. S. ha hecho una proposición concreta y terminante en nombre de su país: la reducción al tercio de todos los armamentos, *siendo también desechada...* Los diplomáticos, los jefes de Estados burgueses, los fabricantes de armamentos y sus aliados, creen que han perdido la memoria todos los pueblos y están tanteando las posibilidades de intentar otra aventura en las tinieblas. La Sociedad de las Naciones es un instru-

mento más en sus manos pecadoras para ver si pueden engañarse mutuamente y está alejada del espíritu wilsoniano que la creó.

Es sorprendente considerar hasta qué punto creen poder jugar con la vida los conductores de los pueblos, que han sido elegidos por los mismos, para hacerlos felices en la paz y el trabajo salvador.

Walter Schukig y Hans Wehber, autores del más profundo y completo estudio publicado sobre la Sociedad de las Naciones, acaso sus más entusiastas defensores, proclamaron su desencanto ante el Tratado de Versalles, que debía realizar un sueño secular del mundo civilizado, y concluyen con estas palabras desoladoras: «El aspecto actual del mundo político hace muy difícil formular un pronóstico sobre la Sociedad de las Naciones. Pero nadie, ni aun sus partidarios más entusiastas, niegan ya que permanece alejada, muy alejada, del ideal a que obedeció su creación.»

Es preciso vencer también a los políticos y diplomáticos de la Sociedad de las Naciones, haciendo triunfar su primitivo espíritu que, ¡oh paradoja!, es el punto de vista de la Unión de las Repúblicas Soviéticas, aun ahora en el 1932, a pesar del hitlerismo y el fascismo, capaces de desconcertar a las naciones más seguras de sí mismas, y el pueblo, los trabajadores, las Internacionales, cualquiera que sea su nombre e ideales, son los encargados de hacer triunfar, de grado o por fuerza, el espíritu de la primitiva Sociedad de Naciones, que es el mismo de Litvinoff y la Unión de las Repúblicas Soviéticas, a quien representa en la Sociedad de las Naciones.

Los antiguos combatientes y los combatientes futuros tienen la palabra y... la acción.

Las grandes transformaciones sociales se debieron siempre al pueblo, no a los Gobiernos; la abolición de la esclavitud sangrienta de la guerra se logrará como pudo conseguirse la abolición de la esclavitud de los hombres convertidos en cosas: por la fuerza y contra los Gobiernos que la defendieron, con todas sus fuerzas, en nombre de los intereses creados hasta el fin.

Todas las Internacionales del mundo, formadas por trabajadores, carne de cañón preparada para las guerras, tienen un

interés común en evitarlas; bastará que se pongan de acuerdo ahora que aún es tiempo, en este punto concreto.

Y lo harán, sin duda alguna, porque en todas late un espíritu de humanidad y solidaridad por encima de fronteras e intereses creados.

Dos solas Internacionales se opondrán, con todas sus fuerzas, y son muchas a este objeto: la Internacional de los armamentos y la Internacional negra, obediente a los mandatos de Roma, aliada de Mussolini, de Hitler y de todos los enamorados de la guerra.

El papa llamó a Mussolini *hombre providencial*, y el secretario de Estado, cardenal Gasparri acaba de declarar, en un discurso célebre, *que el fascismo había venido a destruir, reduciéndolas, a las libertades de perdición*; siguen asistiendo y bendiciendo banderas y estandartes bélicos, prelados, cardenales y sacerdotes italianos, aun aquellas dedicadas a los Balillas, donde niños de seis años juegan con minúsculas ametralladoras y aprenden a manejar fusiles; el catolicismo romano sigue enamorado del Dios de los Ejércitos y añora la guerra a que tanto contribuyó en todos tiempos. Ha creado, bajo el nombre de acción social católica, bajo la autoridad de los obispos y el control del papa, Sindicatos católicos de trabajadores, Centros y Círculos católicos de obreros; una red inmensa de organizaciones de trabajadores expulsados de sus Sindicatos profesionales libres, muchos de ellos, rodea el mundo, obstaculizando las conquistas sociales de los verdaderos trabajadores dueños de sus destinos; en España, durante las dictaduras al amparo de Martínez Anido y otros que ahora parecen republicanos, se multiplicaron estos Centros obreros retardatarios, ahogando, en algunas localidades, los Sindicatos y Sociedades afiliadas a las Internacionales; y aun ahora conservan grandes edificios y organizaciones poderosas, sobre todo, en los pueblos rurales, bajo la tutela del párroco, instrumento del obispo y, a veces, de los jesuitas y dominicos, Ordenes religiosas especialistas en esta clase de organizaciones pseudoobreras, constituyen un obstáculo a los avances sociales de los trabajadores, una rémora para el progreso democrático y un peligro para la República; como las grandes Empresas están

en manos de la burguesía conservadora, por medio de influencias clericales sus aliados prefieren a los trabajadores de los Sindicatos católicos y negocian con las conciencias hambrientas, comprando voluntades a cambio de jornales o posiciones aventajadas.

En la Italia fascista y demás países entregados a dictaduras francas o disfrazadas, el problema es más grave aún; la sindicación forzosa, intervenida por organismos del Estado burgués aliado a las iglesias, militares y burguesía, puntales de toda dictadura, imposibilitan la acción de los Sindicatos y Agrupaciones de trabajadores y son un vivero de traidores que rompen las huelgas y sirven de esquirols en los conflictos obreros; las fuerzas burguesas saben enfrentarlos haciendo que se odien y se maten, escudándose tras ellos y traicionando sus intereses que están en las organizaciones de trabajadores democráticas dueñas de sus destinos, regidas democráticamente; estas asociaciones confesionales, entregadas por sus propias constituciones y reglamentos, regidas sin apenas intervención de los obreros, por el papa y sus esclavos, son un peligro para la paz, además de constituir un serio peligro para el normal desarrollo de los ideales internacionalistas y las conquistas de la masa consciente de trabajadores. Antes de la guerra constituían el mejor aliado de la burguesía; en la guerra, se portan como masas inconscientes, obedeciendo la voz de sus amos, y después de la guerra, se utilizan como instrumentos posibles de una nueva guerra.

La Internacional roja de los armamentos y la Internacional negra de la Iglesia católica son las dos fuerzas más poderosas que debemos destruir y vencer si queremos evitar la nueva guerra.

Instituciones ambas completamente en manos de la burguesía traicionarán los esfuerzos colectivos de los trabajadores organizados, poniéndose al lado de los Gobiernos, sus protectores, paralizando la revolución social, sirviendo de esquirols de la guerra como sirven de esquirols de las huelgas. Pertenecen al mundo que va a desaparecer: unos, por ambición; otros, por hambre y miedo.

Una red sutil de estas organizaciones está tendida por el mundo, sobre todo, en las naciones donde el catolicismo tiene fuerza

política, que es precisamente donde los fascismos y las dictaduras tienen más fuerza.

Denunciar al mundo de los pacifistas y de los trabajadores esta Internacional negra de obreros, creada, sostenida y mangoneada por los mayores enemigos de los trabajadores, aquellos que en el transcurso de los siglos, aliados a todas las fuerzas retardatarias del progreso humano, conservaron el estado de esclavitud y pobreza de los trabajadores, sometiéndolos a sus naturales enemigos, es obra necesaria y perentoria.

La Iglesia romana, perdiendo el dominio de las clases acomodadas a quienes explotó, a más de no poder intentar ahora escudarse en los trabajadores, entregándolos a la burguesía, encuadrados dentro de su Internacional negra, aliada a sus obras variadísimas de acción social católica, salvarse, imponiendo sus principios retardatarios al mundo; no lo logrará, pero es necesario prevenirse.

Todas sus obras sociales y también sus Sindicatos y Sociedades obreras están trazadas al modo de las sociedades obreras y Sindicatos de trabajadores libres, en su forma externa, pero entregadas completamente a los poderes tenebrosos. Todas tienen su Consiliario y su Director espiritual; en todas están obligados los afiliados a confesarse y comulgar en las grandes festividades, a asistir a misa, donde se les predica e instruye en la doctrina católica, encau-

zando sus vidas del modo que desean sus directores.

En muchas, grandes edificios creados por medios no siempre confesables, el juego, el ambigü, donde se copea de lo lindo, sirven para atraer incautos; sus bibliotecas están expurgadas de todo libro que pueda despertar sus conciencias; la censura y el espionaje en conversaciones y lecturas es rigurosísimo y nunca faltan frailes y curas que alternen con los trabajadores engañados, para mejor dominarlos, reduciéndolos al papel de autómatas, sin voz ni voto, aunque aparentemente parezcan tenerlo en algunos casos.

Como son los dueños del dinero, de la influencia, del poder y de los instrumentos de trabajo, su influencia es decisiva, sobre todo, en las pequeñas ciudades; la confesión sirve para descubrir muchas cosas y la convivencia en sus locales de recreo, centros sociales de conspiración contra la sociedad democrática y, desde luego, contra la República, les da posibilidades insospechadas para actuar en el mundo profano, sirviendo de cuña para ir abriendo, poco a poco las filas de las Internacionales del mundo.

Cómo actúan y cómo se crean estos antros de cavernicolismo y sugestión es cosa que no podemos tratar en este artículo, reservándolo para otra ocasión.

Matías Usero Torrente



Ayuntamiento de Madrid

La escuela, perdida en la aldea

El espíritu de nuestro siglo borra las líneas características de los ambientes regionales. Bilbao y Sevilla, Valencia y Coruña, Barcelona y Madrid, ofrecen los rasgos que la actividad de la vida moderna les imprime. En estas poblaciones no se encuentra el alma regional, no se perciben esos aspectos y matices peculiares a cada región. Al visitar Galicia no hemos querido verla en Santiago, en Coruña o en Vigo. Estas poblaciones conservan algunos vestigios de lo que fueron en el pasado; pero la uniformidad de un cierto cosmopolitismo ha terminado por anular allí la esencia gallega. Calles anchas, arquitectura moderna, bocinazos de autos y timbres de tranvías, fábricas y almacenes, personas ajetreadas que van a sus quehaceres, todo es obra del siglo... pero sin que aparezca por parte alguna el espíritu regional. El alma gallega no está allí; se halla escondida en las montañas y en las mesetas, cercadas por pintorescos bosques de robles y castaños, por pinares y praderas que, como una densa red, oponen una barrera al espíritu del siglo y conservan intacta el alma gallega, resignada y dulce.

El campesino andaluz y el castellano miran tal vez al aldeano gallego como un tipo feliz de agricultor. «Son propietarios de lo que cultivan», dicen. Y en eso cifran la máxima felicidad. Pero semejante idea sólo puede tenerse cuando se ven las cosas desde lejos. El espejismo desaparece al acercarse a la realidad. Todo es aquí una niebla pesada como un humo agobiante. Muchas privaciones y trabajo excesivo. Con harta frecuencia, se adentra en los hogares el hambre y la miseria.

Pero el aldeano gallego posee una característica peculiar: la sobriedad extrema de su vida. Desconoce en absoluto la necesidad de lo superfluo. Casi todos los vecinos de Beiro-Canedo, por ejemplo, «echaron» en América su temporada de dos, cuatro, seis, diez años; cuando re-

tornan a su aldea dejan allá en la Habana, en Buenos Aires o en Nueva York, un mundo que no se ha hecho para ellos y se entregan nuevamente a su vida de siempre, tratando de mejorar su hacienda con lo ahorrado en tierras lejanas a costa de mucho trabajo y de ímprobo sacrificio; prosigue su vida de aldeano con su habitual destreza, como si no se hubiera ausentado ni un solo día.

Acaso se sienta incluso satisfecho en su casita de rústica mampostería, de prolongados aleros, oscura por fuera y ahumada por dentro, donde sólo tiene lo indispensable y donde otra persona que no fuese este aldeano se negaría a vivir. Saborea las charlas junto a la lumbre de troncos de roble y bebe con fruición en la jarra el vino caliente y azucarado durante esas largas y frías noches de invierno o en los días grises en que cae una lluvia monótona, menuda y pertinaz que cala y recalca hasta la entraña de la tierra.

Cuando sale a tomar el pálido sol de invierno o a regodearse en verano a la sombra de los parrales que tejen un cielo verde sobre su cabeza, se recuesta como en mullido sillón sobre la rústica escalera exterior de su casa y «fala con los veciños» del tiempo, de las cosechas o de algún acontecimiento —siempre raro— acontecido en su propia aldea o en las aldeas del contorno. Entonces tienen sus plazuelas y sus callejas un aspecto de patio de vecindad.

Al sonar la hora del trabajo, la aldea se queda solitaria y sorda; ni un mugido, ni un balido, ni un rumor de conversación se escucha. Mujeres, niños, todos salen a trabajar en la campiña. Entonces la aldea nos evoca los cuentos oídos en la infancia; pueblos encantados y abandonados por cataclismos guerreros o por el capricho de algún hada. Desolación de pueblo deshabitado, con sus callejuelas abonadas, con sus miserables casucas envejecidas, en

cuyas paredes luchan el musgo, la hiedra y la zarzamora. Pero el silencio evocador es a veces interrumpido por el pisar de los zuecos de alguna mujer o niña que avanza hacia su casa, encorvada bajo el peso de un haz de leña.

El trabajo agotador y sin tregua es la única realidad de esta vida mísera. El addeano desconoce los reglamentos del trabajo en el cultivo de su terruño; la salida y la puesta del sol marcan el principio y el fin de la jornada diaria; los niños no han visto nunca un juguete; las mujeres comparten con sus maridos la ardua y penosa faena de la campiña.

Desentendidos de todo lo que no es su modesta hacienda, caen en el más absoluto olvido de las autoridades estatales y municipales, y así únicamente se comprende cómo toda esta meseta, situada a cinco kilómetros de Orense, que comprende cuatro pobladas parroquias, puede hallarse completamente olvidada, sin carretera y sin el menor atisbo del progreso material que lleva aparejado nuestro siglo. En cambio, sí son víctimas de la más estricta y severa puntualidad en el pago de los tributos al Estado y al Municipio.

En esta atmósfera asfixiante, y a pesar de todo poética, hemos sentido un irresistible deseo de conocer la escuela, una de estas escuelas rurales enclavadas en estos pueblecillos en los que el progreso no ha penetrado todavía y en donde la vida se desliza por viejísimos cauces rutinarios y tradicionales.

Ya habíamos visto por dentro estas casucas de aspecto prehistórico, en las que un solo cuarto sirve de dormitorio, comedor, etc..., aparte una pequeña cocina, sin chimenea ni hornilla ni fregadero, sin ninguno de esos utensilios que cualquier mujer considera indispensables para cocinar. Sólo una gran piedra de granito sobre otras piedras más pequeñas, como un minúsculo dolmen, para encender el fuego que hace hervir el pote cotidiano. El humo sale a través de las tejas... y todo es negro, triste y feo.

Buscamos con verdadero interés la escuela de niños. El maestro, un joven inteligente y entusiasta, apellidado Chinchilla Baeza, se presta amablemente a enseñarnosla.

En una casuca, como todas, pequeña, de techos bajos que se alcanzan con la

mano, pero con luz suficiente que aumenta el blanco deslumbrante de las paredes enjalbegadas con cal. Hay un alto reloj de traza antigua, bellas flores silvestres en toscas vasijas y un mobiliario humilde, innovado casi en su totalidad por este joven maestro levantino, que nos habla de sus trabajos, de sus aspiraciones...

La escuela se halla aislada, tiene que luchar ásperamente para romper la indiferencia, la resistencia pasiva del ambiente. Escuchamos con un poco de asombro detalles muy interesantes. La creación de una Cooperativa escolar destinada a obtener fondos para una Biblioteca, gracias a un procedimiento sencillo. El maestro compró una cordera, que cada día llevaba un pequeño a apacentar en sus prados; cuando la cordera estuvo criada se rifó solemnemente en una fiesta escolar.

Hemos visto «el teatro» en que se verifican las veladas. Es el establo de los bajos de la escuela; pero ya no huele a establo. El entusiasmo del maestro y de los alumnos lo han transformado en un toscó, pero agradable teatrillo, con su escenario fijo de portada y bastidores blanqueados por la cal. Todo lo han construido los propios niños.

Conocemos a la Junta Directiva de la Cooperativa, formada por pequeños de once a catorce años y que toman muy en serio sus papeles de dirigentes. Este detalle de autonomía infantil nos recuerda ciertas escenas actuales de la Rusia Soviética. Nos dicen que en la próxima feria comprarán otra cordera para criarla, y que esperan de un día a otro la llegada del pedido de libros que se hizo con los fondos recaudados en la última fiesta.

Cuando al salir cruzamos las calles húmedas hemos pensado en muchas cosas. En estos maestros jóvenes e inquietos, hundidos en las aldeas, luchando heroicamente con un medio nada propicio; en la simplicidad extrahumana de estas vidas aldeanas, crucificadas en límites tan estrechos; en las Misiones Pedagógicas...

Los mugidos de una vaca que regresa al establo nos vuelven a la realidad. Sopla un vientecillo del Norte, bastante fresco. Es hora de abandonar la aldea.

Francisco Pina

Dos inocentes que están dieciséis años en la cárcel

Por éstos y por todos los que «han hambre y sed de justicia», ORTO levanta la columna de fuego de su protesta.

I

EL día 16 de julio de 1916, durante el desfile de una manifestación monstruo, organizada con el fin de preparar la población californiana para la participación de los Estados Unidos en la guerra, y cuando la multitud llenaba aceras, ventanas y terrazas, a las dos y seis minutos, se produjo una explosión de dinamita.

Diez muertos y cuarenta heridos ocasionó.

Tres días más tarde fueron detenidos muchos militantes obreros. Tomás Mooney y Rena Mooney (mujer de Tomás), Waren Billings y Weinberg.

En febrero de 1917 fueron juzgados, quedando Rena y Weinberg absueltos. Mooney y Billings fueron condenados a muerte.

En 1918, la intervención de Wilson determinó les fuera conmutada la pena por cadena perpetua.

¡Dieciséis años en presidio!

Los años 13 y 14 son célebres en los anales de California.

Huelgas de recolectores de lúpulo en Weateud, y la del «Pacific Gas and Electric Company», que duró ocho meses. En el 14, se formó la «Asociación de Industriales y Comerciantes de Stockton, para destruir los Sindicatos. Esta Asociación se encargaba de colocar subrepticamente bombas en los domicilios de los obreros para hacerles aparecer culpables. La prensa arremetía también contra los militantes obreros, llamándoles «dinamiteros».

En el año 1916, después de la huelga de cocineros y de los obreros de los docks, se fundó el «Comité por el Orden y la Ley», con un activo de un millón de

dólares, compuesto por un centenar de patronos.

Pero esto es una parte mínima de la historia.

Tom Mooney es hijo de una irlandesa del condado de Mayo, que casó en América con un minero radicado en Massachusetts. Desde muy pequeño trabaja para poder comer, y tiene por sus mejores amigos a los libros. Visita Europa y ve de cerca el éxodo del proletariado europeo y sus luchas.

En 1908, Eugenio Debs, pretende la presidencia de los Estados Unidos y recorre él los Estados en un tren especial que se llamó el «tren rojo». Mooney ayuda a sus camaradas para sostener la campaña del líder socialista, que le fué presentado. Terminada la campaña vuelve a su trabajo habitual donde ganaba tres dólares diarios. Fué enviado como delegado al Congreso Socialista Internacional de Copenhague.

En 1910, Tom Mooney tiene veintisiete años y despliega sus actividades dentro del partido socialista. Un poco desengañado de la marcha del «American Federation of Labor», lanza un diario, *La Revuelta*, agresivo y de obstinada combatividad.

Una huelga importante de 1913, la del calzado, discurría. En la calle se encontró con Waren Billings, que es el otro inocente encarcelado. Desde este momento fué el brazo derecho de Tom.

Ayudado por su mujer, en junio de 1916, Mooney, se consagra a organizar los ferroviarios de la «United States Railroad». Organizó un mitin para el 10 de junio, pero la compañía fijó en sus locales el siguiente aviso:

«Se hace saber que Tomás Mooney, de profesión fundidor y conocido dinamitero, detenido durante la huelga de la «Pacific Gas and Electric Cy» pretende organizar nuestros obreros en Sindicato. Conocedora la Compañía de sus manejos, aprovecha esta ocasión para avisaros de que todo

hombre que se afilie a cualquier Sindicato o tenga trato con Mooney, será despedido.»

A las tres de la madrugada del 11 de junio, uno de los postes de alta tensión, situado a quince kilómetros de San Francisco, sufrió ligeramente una explosión de dinamita. Se trataba de demostrar que Mooney era un peligro para la sociedad, y con esto se desacreditaba la organización pretendida. Cuando la huelga era inminente, como respuesta a estos manejos, fué detenido en compañía de su mujer.

Al militante Weinberg le ofrecieron 5.000 dólares si acusaba falsamente a Mooney. A Billings le hicieron igual ofrecimiento, que fué rehusado.

Así las cosas, sucedió lo del 22 de julio, el «Día de la Preparación para la Guerra». Los amigos de Mooney, temiendo por la suerte de su amigo, estuvieron desde muy de mañana en casa de él, acompañados de fotógrafos profesionales, para poder demostrar, con toda clase de garantías, lo que hizo en ese día. Pero todo fué inútil. Se presentó un sujeto llamado Oxman, que declaró que Mooney y Billings estaban en Stevart Street (a dos kilómetros del verdadero sitio) cuando ocurrió la explosión. Otros sujetos, de conducta incalificable, se prestaron también a falsas declaraciones, que aumentaron las pruebas en contra de los inocentes inculcados.

Roberto Minor, periodista, se consagró enteramente a su defensa.

Griffin, el juez que les condenó a muerte, es ahora su más ardiente defensor: «Tom Mooney es inocente, y no cejaré hasta que quede rehabilitado.» Intervino también W. Wilson, y hasta noviembre de 1918 no les fué conmutada por cadena perpetua la pena de muerte.

Fremont Older, director del más importante diario californiano, ha dicho: «La historia no ofrece otro caso igual de injusticia.»

Muchos stars del cinema, con Charlie Chaplin a la cabeza, han pedido su liberación. El alcalde de Nueva York, Walker, también.

Se trata de la destrucción de un hombre, apetecida por los dirigentes de grandes compañías de caminos de hierro y grandes firmas, para evitar la acción de Mooney y de los que quieran imitarle.

A pesar de las protestas, siguen en la



*Tom Mooney antes de ser encarcelado...
...y 16 años después.*

cárcel. En la de San Quintín —número 31.921—, Mooney, y en Falsone —número 10.699—, Billings.

La madre de Mooney ha clamado repetidas veces al Gobierno, nimbada por sus ochenta y cuatro años: «Quisiera recibir a mi hijo antes de morir.»

II

Bartolomeo Vanzetti, desde la prisión de Dedham, en 10 de junio de 1917, decía: «Hace cerca de siete años que he comprendido que el Estado de Massachussets hará cuanto pueda por exterminarnos, y si esto le parece difícil y peligroso, nos enterrará vivos en la prisión de Charlestown, como ha hecho el estado de California, con Mooney, por un asunto que se parece tanto al nuestro como parecidas son dos gotas de agua...»

Desde el fondo de su prisión, Mooney se dirige a todos los que pueden y deben interesarse por su causa, en los siguientes términos:

«Lamento y he deplorado muchas veces no pueda ser conocido por todo el proletariado, pero tengo confianza de que pueda conocerlo algún día. ¿No es criminal jugar, como el gato que juega con el ratón, con la vida de hombres inocentes, que están ya dieciséis años en la cárcel?»

¿Saben algo de esto los amigos políticos de Hoover?

Por millares, y de todos los lugares de la tierra, reciben, tanto los prisioneros como el Comité de Fundidores, para la defensa de Tom Mooney, y el Comité de Escritores y Artistas, para la defensa de Tom Mooney, cartas de violenta protesta contra semejante proceder.

«Quisiera morir en la prisión. En esta Bastilla, donde se pudren los militantes que se han atrevido a combatir por sus hermanos, me he hecho viejo, pero mi fe en el porvenir es siempre joven. Es estos críticos momentos de crisis y desquiciamiento mundiales, y cuando se preparan masacres gigantescas, me alegran y no las olvidaré nunca las cartas de los trabajadores, empeñados en forjar una sociedad nueva. La

injusticia cometida conmigo y Billings amenaza a todos los obreros. Por encima del Océano envío mi saludo fraternal a todos y la expresión más cumplida de mis sentimientos de solidaridad proletaria.»

Tom Mooney
31921

ORTO asocia su protesta a la de todos los obreros de todo el mundo, víctimas de una justicia mediatizada por los más bastardos y criminales intereses...



Ayuntamiento de Madrid

El autor de la música de "La Internacional" ha muerto

PEDRO Degeyter ha muerto hace unos días, en Saint-Denis.

Era el hijo más pequeño de una familia de ocho hermanos, y había nacido en Gante, el 8 de octubre de 1848.

Apenas tendría siete años cuando entró a trabajar en una fábrica. Lleno de vocación por el estudio, a los quince años aprendió de dibujo en las clases nocturnas de la Academia de Lille. Siguió durante cuatro años los cursos de música del Conservatorio de esta ciudad, y cantó en los coros del teatro. Dominaba varios instrumentos: bajo, saxofón, etc., y no solamente era ejecutante, pues practicaba la composición, realizando con exactitud el tipo simpático de Hans Sachs de *Los Maestros Cantores*. Rima aires y orquesta trozos. En su país norteamericano, heredero de las tradiciones musicales de la vieja Flandes, participa en los orfeones de los trabajadores, en las fanfarrias populares. En buena hora él y los suyos se adhieren al socialismo revolucionario y se cuentan entre los primeros militantes que el partido

obrero de Guesde recluta en la región de Lille.

En 1888, G. Delory, el futuro alcalde y diputado de Lille, que ha sufrido los más duros sacrificios, organizaba Sindicatos y Grupos socialistas, y fundó un orfeón, «La Lira de los Trabajadores», adherido al partido obrero. Se reunían en la calle de Béthune, después en la de Vignette, en casa Gondiu padre, en la taberna de la Libertad.

Un sábado del mes de junio, a la salida de su ensayo, Delory mostró a Degeyter un ejemplar de los *Cantos revolucionarios*, de Eugenio Pottier, recientemente aparecidos en casa del editor parisiense Dentré, y le enseñó la página del folleto donde se encontraba «La Internacional».

—Toma, Pedro, mira una canción que no está mal... Expresa bien las reivindicaciones... veas si le encuentras un aire, y podremos cantarla a coro...

A la mañana siguiente, domingo, Degeyter puso manos a la obra; se sentó ante su armonium adquirido con grandes privaciones económicas.



LA INTERNACIONAL, por Steinlen
Ayuntamiento de Madrid

El lunes, nuestro compositor fué al taller de la Compañía Fives-Lille, donde trabajaba entonces, cargado con el borrador y ofreció a sus camaradas las primicias de su música. «La Lira de los Trabajadores» la acogió con entusiasmo y la interpretó por vez primera en una fiesta organizada por la Cámara Sindical de los Vendedores de Diarios. Desde este momento, y a medida que iban pasando los años, se iba propagando por Roubaix, Tourcoing, Armentieres, etc., y todos los principales Centros obreros del Norte donde el socialismo iba penetrando y desarrollándose.

Un lamentable accidente, ensombreció la alegría de que disfrutaba Pedro Degeyter por la difusión de la obra, en la que había colaborado como músico. Algunos, empezaron a atribuirle a su hermano Adolfo la paternidad de la música de «La Internacional». Esto originó un largo y doloroso proceso, que terminó con una carta escrita por Adolfo a su hermano Pedro, el 27 de abril de 1915: «Yo no he escrito nunca música, y menos todavía «La Internacional». Con esta carta quedó probada la no participación de Adolfo, y los tribunales proclamaron solemnemente, el

23 de noviembre de 1922, que «Pedro Degeyter es el autor de la música de «La Internacional».

En 1927, Degeyter fué a Rusia para asistir a las fiestas organizadas en Moscú en el décimo aniversario de la Revolución rusa. Fué ovacionado insistentemente. El Gobierno soviético quería retenerlo e instalarlo en el viejo palacio zarista, convertido en retiro de los veteranos del socialismo internacional. El clima moscovita era excesivamente rudo para su avanzada edad, y Degeyter tuvo que reintegrarse a Francia...

Toda tu vida has sufrido las privaciones del obrerismo y tu existencia toda ha sido la de un trabajador asalariado. Tu nombre perdura unido a la obra inmortal y al movimiento universal del proletariado, de cuyos labios has oído las notas de tu himno compuesto en junio de 1888:

¡Agrupémonos todos
en la lucha final,
que el género humano:
es «La Internacional!»

A. Zévaes

No deje de leer

1 9 4 5

El advenimiento del Comunismo Libertario

por el ingeniero ALFONSO MARTINEZ RIZO

Una visión novelesca del porvenir

Precio: 2 pesetas

Ayuntamiento de Madrid



ESTUVE a ver un camarada. Se llamaba Legrand (el grande) y merecía tal nombre, porque medía un metro noventa, por lo menos. No había nadie en su casa. Abajo, encuentro a un moreno que simpatizaba más o menos con nuestras ideas. Está allí con su esposa. Yo pregunto:

—¿No está Legrand en su casa?

—No —responde— se ha marchado.

—¿Marchado dónde?

—A la guerra, y su esposa se ha ido a casa de sus padres.

—Entonces, ¡él también!

—¿Qué querías que hiciera?

—Que no hubiera ido.

—¡Bah! Cuando te llegue el turno tú harás como los otros.

—No, yo no iré.

—¡Ya lo veremos!

—Yo no iré. He tomado la decisión bien firme. Yo no iré a la guerra, sean cuales fueren las consecuencias. No quiero hacer lo que repugna a mi pensamiento y mi conciencia.

Se nos sumerge en una propaganda desenfadada, bajo un monte de razonamientos nuevos. Pero no he olvidado los otros, los que había oído antes, y mi experiencia de la vida no puede hacerme creer en las grandes palabras, en las fórmulas casi magníficas, que la retórica oficial o académica han puesto en marcha.

La infancia que he tenido no ha sido para hacerme conocer aquellos sentimientos. Mi juventud tampoco. Yo recuerdo la miseria después de los golpes. Hacia los dieciséis años, en una de mis fugas, perdí siete quilos en seis semanas. Comí, durante mucho tiempo, con diez o veinte céntimos, patatas fritas y pan. Estuve una vez tres días sin comer. El primero, al registrar mis bolsillos, encontré un mendrugo de pan; me lo llevé a la boca, pero había puesto antes jabón en este bolsillo y el pan estaba impregnado de su olor. Estaba demasiado malo.

Sin embargo, por precaución, no lo tiré. El segundo día, mis tentativas no tuvieron mejor éxito. Mi buena voluntad se estrelló contra la repugnancia del paladar. El tercer día, por la noche, el pan pasó. Lo comí todo.

¡El hambre, la falta de trabajo! He conocido algo de esto. ¡Cuántas veces, en invierno, me he paseado con el estómago vacío bajo el frío que parecía vaciarme hasta el vientre! Yo quería llenarlo a toda costa, tener la sensación de que tenía alguna cosa, no importa lo que pudiera ser, llenado su interior. Y me inclinaba en las fuentes, bebía agua, pensando hacer desaparecer aquella sensación desagradable, sentir alguna cosa material que llenara u ocupara aquel lugar obsesionante que el hambre había vaciado. Pero ocurría lo contrario. El frío del agua aumentaba el de mi cuerpo, y el líquido que contenía mi estómago no hacía más que aumentar la falta de alimentos.

¡El hambre! Lo conozco; yo sé lo que es el contemplar las bonitas latas doradas de sardinas, langostinos o langosta, en los escaparates de las tiendas de ultramarinos, el jamón apetitoso y los sabrosos embutidos; las sustanciosas empanadas, los exquisitos pasteles de las confiterías. La necesidad que se siente los hace cien veces más atractivos. ¡Ah! ¡Cuán a menudo he sentido las ganas de robar! Una noche me decidí. Había yo no sé cuantas cajitas de queso a la puerta de un lechero. Pasé y repasé por delante sin que osara decidirme y cuanto más recapacitaba, más decidido me sentía. Hasta que metí una de aquellas cajas bajo de mi chaqueta y partí, mirando si me seguía alguien. La cajita pesaba muy poco, pero la abrí no queriendo perder toda esperanza. No valía la pena haber pasado tan mal rato. Estaba vacía.

Otro día me paseé durante un buen rato por delante de una carnicería. De unos garfios pendían hermosos trozos de carne. Si pudiera coger uno iría a ver a Elena Lecadie, la simpática viejecita del periódico anarquista, que me cuidaba como a un hijo. Sabiendo que no trabajaba, me miraba en los ojos, cuando suponía que llevaba la tripa vacía, y me decía:

—¿Se ha comido?

—Sí, Elena.

—Míreme bien, bien, de frente. ¿Ha comido usted?

—Pero sí; vamos, puesto que yo se lo digo...

—Se dicen mentiras.

—¡Le digo que no!

—Venga conmigo!

Me hacía pasar detrás de las dos salas llenas de libros, donde tenía su cuartito. Allí, sobre un estante guardaba siempre, como una reserva para ella o para los otros, unos paquetes de macarrones. Y era necesario que esperara a que los cociera y que me los comiera después. ¡Bendita Elena, has muerto después de Pedro Martín, pero no te he olvidado!

Pero, estaba diciendo... —perdón por haber interrumpido mi relato— el carnicero estaba en su trastienda, probablemente no me hubiera visto, pero también esta tarde he temido que me sorprendiera y me metieran en la cárcel.

¡Y esto, cuántas veces!

¿Sabe usted lo que es mover a brazos una máquina de plegar hierro, durante toda una jornada, cuando se ha estado dos días sin comer?

Y aún me acuerdo: había estado sin trabajo hacía mucho tiempo cuando encontré colocación como ayudante de calderero en hierro, con cuatro francos diarios. Al cabo de dos días me indican en el Sindicato que puedo ganar siete francos diarios como bracero, en una cantera donde no trabajan más que sindicados.

¡Siete francos! ¡Nunca había soñado tanto! Dejo el taller y me voy a la cantera. Terminó el primer día. Esto marcha. Vuelvo al hotel. Habito en un sotabanco cuyo techo, siguiendo la inclinación del tejado, descendiende en pronunciada pendiente. Ceno —al menos creo que he cenado— y me acuesto. Por la noche me despierto; tengo como una barra de hierro sobre los pulmones, no puedo respirar; no sé lo que me pasa y a la madrugada me siento muy mal. La barra parece apretar cada vez más sobre los pulmones, para impedirles funcionar; llega la mañana, pero no puedo levantarme; no puedo sostenerme en pie, ni siquiera vestirme, y vuelvo a acostarme.

Vendrá la hotelera y le diré lo que me pasa. Espero. Pasan las horas. Sangro por la nariz y me limpio con mi toalla. Y siempre la misma opresión, la misma falta de aire.

Al lado de mi habitación hay un italiano que aprende a tocar el acordeón: rin-rin, rin-rin, rin-rin. Un ruido de todos los diablos, que me vuelve loco, que me exaspera. Cada vez se me hace más insoportable. El acordeón chirría, muge. Con grandes dificultades me apodero de un zapato, que estaba en tierra, cerca de la cama, y golpeo la pared. El otro comprende que molesta a su vecino para. Me calmo un poco. Comienza de nuevo a salir sangre por la nariz. Y, poco después, la música del acordeón, que me aturde.

Así pasó todo el día.

Por la noche no pude dormir.

Al otro día por la mañana me sentía peor. Esperé. La hotelera no subió. Traté de vestirme, pero no tenía fuerzas para mover un brazo. Entonces me arrastré hasta la puerta, abrí y golpeé con el zapato tan fuerte como me fué posible.

Acabaron por oírme allá abajo. La hotelera gritó:

—¿Quién golpea la puerta de ese modo?

—Soy yo, señora, en el tercero; suba, estoy enfermo, no me puedo vestir.

—Bien, ahora irá.

Ella no vino hasta la tarde.

—¿Qué tiene usted?

—No lo sé. No puedo respirar. Sangro por la nariz; estoy tan débil que no me puedo tener derecho. Quisiera que fueran al hospital de San Luis, para que envíen la ambulancia.

—No puedo dejarme el mostrador.

—Entonces, envíeme un poco de leche.

—Bueno; voy a mandársela.

Me envió un litro de leche con el mozo. Pero era leche sin hervir. Bebí una poca, y una hora después la devolvía.

Se puso a llover, una lluvia que traía la tristeza al alma, silente y fría como un sudario. El techo estaba agrietado; comenzaron a caer gotas sobre los pies de mi cama. El vecino continuó haciendo bramar y mugir su acordeón, y pasé la noche sin dormir. La toalla estaba llena de sangre. Sueño despierto, tengo pesadillas.

El tercer día, la patrona no ha subido. Estamos a cien metros del hospital de San Luis. No ha querido ir a avisar. Probablemente es porque le debo quince días de alquiler. Y me hubiera podrido en esta cama si el mozo no hubiera venido por la tarde.

—Tengo mi día de descanso semanal, ahora, hasta pasado mañana a primera hora —me explica—. ¿Quiere usted que le haga algún recado?

—Sí; vaya a avisar a un amigo, que estoy enfermo. Y, como puedo, escribo unas letras a Ingweller, el secretario del Sindicato, que se presenta una hora después con su esposa.

Se va a buscar una ambulancia; telefona a un hospital, luego a otro; después, mientras viene el coche, me hace tomar café con algo de coñac, que me hace mucho bien.

Su esposa le ayuda y me sostiene la almohada, mientras que él me acerca el vaso a la boca.

Llega la ambulancia. La escalera es tan estrecha que no me pueden llevar. Tengo que apoyarme en los hombros del enfermero, que baja delante, mientras que Ingweller me sostiene por las axilas, por detrás, marchando casi en cuclillas.

Me han metido en una sala de tuberculosos, para cuarenta enfermos —según lo que está escrito en las paredes—, pero hay sesenta y ocho. Y dos enfermeras para todos. Veo a los enfermos que se cambian de camisa. Espaldas esqueléticas y amarillas, brazos espantosamente flacos, caras donde la muerte ya aparece. Y se hacen comentarios sobre éste y aquél:

—Ese no irá muy lejos.

—No durará mucho.

Todos los días se mueren dos o tres. No pasa ninguna mañana sin que veamos una cama cubierta con una tela blanca. El que estaba en ella está debajo, muerto durante la noche. Traen una camilla; se lo llevan. Y, al cabo de algunas horas, otro ha ocupado su sitio.

Hay siempre, por lo menos, media docena que respiran con el balón de oxígeno, los ojos entornados, blancos, inmóviles en sus camas. Parten los unos tras los otros; se van al cementerio o a las mesas de autopsia. Todos estos hombres son pobres. Los tuberculosos pobres esperan el último momento para hacerse cuidar, porque es preciso sostener a la familia, si la tienen. ¡Qué importa, si la enfermedad los roe, que la muerte se instale en su organismo y prosiga sin ser combatida su marcha victoriosa! Y, naturalmente, cuando llegan al hospital ya no se puede hacer nada.

Estuve quince días en aquella sala. Mi único pantalón estaba desgarrado. Me dieron otro, el de un muerto, después de haberlo desinfectado. Y me marché aprisa de aquella sala, donde casi todos los hombres no eran más que moribundos. Afortunadamente los camaradas vinieron a verme y me trajeron un poco de dinero.

Recuerdos diferentes, pero tan malos como aquellos, tengo tantos que llenan mi cabeza. Y no puedo olvidarlos.

—¡Si me encontrara un portamonedas, con diez o doce francos!

Esa era la manía de los días de miseria: se instalaba en mi imaginación y debía encontrarse bien allí porque no abandonaba su sitio. ¡Era tan bueno soñar!

—¿Qué haría yo con doce francos?

Primero, comería. Compraría medio kilo de pan, un trozo de jamón con mucho tocino y una libra de cerezas o ciruelas. ¡Qué fiesta, amigo, qué festín! Me parece que mis tripas se estremecían de alegría. Yo no pedía más. Era el máximo a que me atrevía a aspirar yo.

Después me haría remendar los zapatos, o compraría un par, de ocasión, en el baratillo; pagaría una semana de alquiler en el hotel y tendría para comer ocho días.

Aquella fué una idea fija, una obsesión, durante algunos años. Las tardes de invierno, después de haberme llenado de agua el estómago —lo que no servía más que para estimular más el hambre— miraba, atravesando las calles y las plazas, por si el soñado monedero me esperaba en el suelo. Siempre me lo he imaginado negro, con una montura de acero o de hierro. Algunas veces no era tan optimista. Había que ser razonable. Me contentaba con dos francos. Pero nunca encontré nada. Dos francos, medio franco, veinte céntimos. ¿Sabe usted, usted que

ha comido bien, lo que esto representa cuando no se ha llevado uno nada a la boca en dos días?

Julot, un jorobadito que frecuentaba el diario, me enviaba a comprar diez céntimos de manteca y un panecillo del mismo precio. Tenía hambre. No, no tenía hambre, porque, después de haber extendido la manteca sobre el panecillo abierto, llamaba al gato, que apoyaba en él las dos patas delanteras, y comenzaba a darle pedacitos, que iba cortando con una navajita.

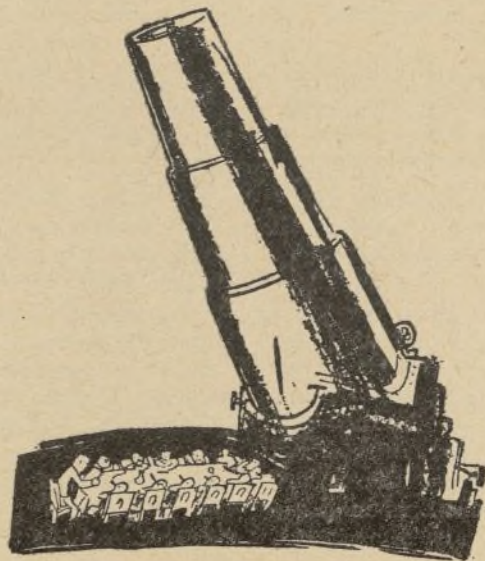
Es curioso advertir cómo se desarrolla el olfato con el hambre. El olor fino, el delicioso olor de la manteca, subía a acariciarme las narices. ¡Qué bien olía! El gato alargaba el hociquillo sonrosado y tomaba delicadamente los pedazos, mientras yo le pasaba la mano por el lomo, haciendo un esfuerzo para contener mis dedos, que pugnaban por precipitarse hacia los trozos que tenía el gato.

Se lo comió todo. Yo lo acariciaba, haciéndome tal vez un poco la ilusión de acariciar lo que él mascaba en tierra, inclinada la cabeza, ronroneando de satisfacción.

He ahí la existencia que he llevado, desde que abandoné la casa de mis padres hasta la declaración de la guerra. He relatado algunas anécdotas. Si queréis alguna más, aún quedan.

¡Defended la patria, defended las conquistas de la aristocracia! ¡Ira de Dios!

¿Y para defender eso es necesario que entregue mi pellejo?



A la sombra del desarme

Ayuntamiento de Madrid

Contra la guerra, en Amsterdam

Hemos venido aquí para imponer la paz al mundo.

R. ROLLAND

EN una gran sala del palacio de Egmont, el día 27 de agosto tuvo lugar, presidida por E. Barbusse, la primera sesión del Congreso Mundial contra la Guerra, celebrado en Amsterdam.

Acudieron a él más de 1.200 delegados, que se apretaban en el vasto hall del salón del auto «RAI Gebouw». Gentes de todos los lugares del planeta, obreros e intelectuales, comunistas, sindicalistas revolucionarios, trozkistas, autonomistas alsacianos, pacifistas liberales, nacionalistas-gandhistas. Se notó la ausencia de R. Rolland, por enfermo, y de Gorki, por no haber podido conseguir que se le autorizara pasar la frontera, suerte que sufrieron los otros delegados soviéticos.

Alrededor de Barbusse, y al lado de los comunistas Munzenberg, Cachin, Sméral, Katamaya, V. Patel, el general von Schoenaich, Lehmann-Russbüldt, Schoewood Anderson, Masercel, Dana, madame Karin Michaelis, afirmaban con su presencia un gran frente de lucha contra la guerra.

El discurso de Barbusse

«... El Congreso que empieza hoy, es un Congreso libre. Nos hemos reunido aquí, no para sofocar la discusión, sino para hacerla tan profunda como permitan los días por que atravesamos. Yo no me permitiré indicar al Congreso, libre en absoluto, la manera de proceder, para que se determinen los medios más eficaces de lucha contra los peligros de las guerras imperialistas. Estoy seguro que desterrarán todos los sectarismos en las discusiones, que estarán orientadas por las clamorosas exigencias de los intereses inmensos, causantes de esta vieja catástrofe universal en que nos debatimos. Busquemos una sola cosa: los medios positivos de acción efec-

tiva para hacer cumplir nuestro lema de: «Guerra a la guerra.» Creo que a todos os animará el mismo deseo: conservar la serenidad, para evitar las discusiones estériles...»

El mensaje de Romain Rolland

«... Hemos venido, bajo esta bandera —un ejército de hombres y mujeres de toda la tierra— para declarar e imponer la paz al mundo. Este ejército está compuesto de elementos muy diferentes. Cada uno de vosotros tiene su doctrina y su táctica, que no discutiremos. Lo que nos importa es la «¡Guerra a la guerra!» Dentro de una acción general, caben todas las tácticas, si convergen hacia un mismo punto. El combate en masa, no impide las acciones individuales paralelas a la acción de la masa. Un ejército, cuyos frentes se extiendan por toda la tierra, coordinando la acción general, permite que cada frente disponga de su libertad de acción...»

Oradores de todas las tendencias

Se pronunciaron muchos discursos comunistas señalando a la guerra como peligro inmediato y la necesidad de la acción común de los obreros y los intelectuales contra el imperialismo. La proposición de la táctica trozkista «llamada para la acción común de todos los partidos, de todas las organizaciones obreras y de todas las Internacionales» fué protestada por los delegados franceses y alemanes.

Entre los congresistas no comunistas se distinguió el líder del movimiento nacionalista hindú, Valabhi Patel, aunque está en contra de las concepciones anticapitalistas del movimiento revolucionario internacional.

Hablaron también A. Einstein, el novelista danés Karin Michaelis, que insistió sobre la posición de todos los educadores

del mundo en la lucha contra el chauvinismo; los pacifistas Otto Lehmann-Russbüldt, el general von Schoenaich, el autonomista alsaciano Dahlet. Delmas propuso la constitución de un Comité Tripartito con la participación de representantes de la Internacional Obrera, de la Internacional Comunista y las grandes Asociaciones de Pacifistas.

Los delegados socialistas

Serían unos trescientos en el Congreso. Los franceses Planche, Monnet, Poupy, Michon. El suizo L. Nicolle y el belga doctor Marteaux. Acordaron: Trabajar con ardor para hacer triunfar, en el interior de sus secciones respectivas, la decisión de realizar el frente único contra la guerra y la defensa de la Revolución rusa. Si los esfuerzos del proletariado mundial unido no logran impedir la contienda, se comprometen todos para transformarla en guerra de clase, para tomar el Poder los obreros y los campesinos. Abogando, también, por la liberación de los pueblos coloniales.

El Comité Internacional permanente de la lucha contra la guerra

El día de la clausura del Congreso se formó un Comité, que se encargó de continuar la obra comenzada en él. Está compuesto por: M. Gorki, Schwernik, Stasova (U. R. S. S.); Barbusse, R. Rolland, Mme. Duchêne, M. Cachin, Poupy (Francia); Einstein, H. Mann, Munzenberg, von Schoeneich (Alemania); Tom Man (Inglaterra); Dreiser, Dos Passos, Scherwood Anderson, Dana (Estados Unidos), y por otros países: V. Patel, Mme. Sun-Yat-Sen, Karin Michaëlis, Martín Andersen-Nexö,

Katayama, Smeral, Germanetto, Miglioli, etcétera.

Se adoptaron resoluciones contra el terror blanco, la lucha por los pueblos oprimidos y la liberación de Ruegg.

Discurso de clausura

Aclamado con entusiasmo, Barbusse cerró, con algunos de los párrafos que reproducimos, el Congreso.

«...Nos hemos reunido aquí —en este Congreso histórico— los hombres de buena voluntad, mejor dicho, de voluntad, para discutir con claridad y a cielo abierto, sobre el levantamiento unánime contra la guerra, y colocar el drama de las masacres colectivas, donde deben estar colocadas en el caos social contemporáneo. Difícil es, camaradas, el realizar esta unánime concentración, por ser este un trabajo agotador. No basta solamente gritar: «¡Abajo la guerra!» Cuando se ha dicho esto, no se ha dicho nada. No se ha dicho nada, porque nada se ha hecho. Este Congreso tendrá la gloria, y yo repito la palabra con que abrí estas solemnes sesiones, y la dignidad de abordar de cara y directamente la cuestión de la guerra...

La adopción de nuestro manifiesto marca brutalmente el fin del período utópico del pacifismo...»

Al trabajo

«Al trabajo y hasta mañana.»

Así despidió Barbusse a los delegados que abandonaban Amsterdam.

Un gran movimiento internacional prolongará los discursos y el Manifiesto de este Congreso, con la acción eficaz y unitaria que va a desarrollarse en todos los países.

Notas de libros

Tourné de despedida

Cuando Jardiel Poncela publicó su primer libro, se comprendió que era un buen escritor; después, al aparecer el segundo y tercero, vimos que su autor tenía interés y gracia; y, hoy, leyendo su última obra (*La tourné de Dios*, E. Jardiel Poncela, Biblioteca Nueva) decimos, sin ningún género de precauciones y dudas, que es un gran humorista.

En el escalafón —corto y seleccionado— del humorismo nacional, después de Julio Camba está Jardiel Poncela.

Su labor, amplia en todos los sentidos, es superior a la de los demás; los mejora en calidad y, sobre todo, en técnica.

Su último libro, el más hecho de todos, es un verdadero monumento de fino y agresivo humorismo. En él, Jardiel Poncela, separándose de la ruta marcada por los demás escritores que surten a ese público del ex rotativo mañanero y cuyo ingenio se limita solamente a ridiculizar gestos y actitudes de gentes sencillas, ataca fuertemente contra la figura de Dios. Lo hace baja en este atavío: «Los ojos azules, con una expresión cándida y enérgica. Usa barba, corta y blanca. Viste traje oscuro y un guardapolvo encima. Lleva hongo de color café» —a la Tierra, en plan de inspección—; y una vez aquí —en terreno neutral— despiadadamente le va poniendo sucesivamente en situaciones de verdadera catástrofe. Toda la visita de Dios a la Tierra es de una gran comicidad, vista a través de un espléndido talento de humorista.

Hacia falta que a Dios —padre o hijo— se le fuera no tomando en serio; era por nuestra parte mucha tontería tanto respeto y consideración. Pero nunca es tarde si, como ahora, se le deja en un verdadero ridículo.

Audaz y rebelde es el libro que acabo de leer; además de ser una buena prueba del temperamento moderno y completamente original de su autor.

Una vida bien aprovechada

Generalmente, al escribir una biografía, el autor está de antemano dispuesto, por varias razones y diferentes causas, a tratar a la figura que ha de biografiar, si no con simpatía, por lo menos con respeto. Y, a esta forma de cortesía nos tienen acostumbrados nuestros finos y discretos biógrafos.

Hoy esta tradición se rompe al aparecer en la colección de *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*, un libro escrito por Luis de Oteiza sobre López de Ayala.

Oteiza construye la biografía sobre la base siguiente: «Abelardo López de Ayala no es una figura, sino «el mayor de los figurones habidos y hasta por haber.» Una vez hecha esta aclaración, arremete con toda su fina y terrible ironía contra el doble juego político-literario del aquel que por malas artes fué «periodista influyente, poeta laureado y dramaturgo aplaudido, hasta deshacer Ministerios, ser comparado con los clásicos, tener

apoteosis en vida y alcanzar la inmortalidad que supone a los académicos de la Lengua. Al que en política agotó todos los distritos de Extremadura, representándolos como diputado sucesivamente, alcanzó tres veces la cartera de ministro siempre gobernando las colonias que iban a perderse: subió dos veces a ese elevadísimo sitio, que es la presidencia del Congreso y estuvo una vez a punto de formar Gobierno.»

Leyendo el libro de Oteiza (*López de Ayala*, Luis de Oteiza, Espasa-Calpe), recorremos de una manera rápida y sencilla aquel período del siglo donde el figurón de cartón-piedra brilló con tanta intensidad.

La biografía está incompleta, pues el biógrafo sólo se ha ocupado de estudiar a López de Ayala en su aspecto externo, dejando por completo la investigación de su psicología.

Merece leerse este libro, porque da la sensación de continuidad de entonces hasta ahora; los figurones se destacaron en primer término en la época de la Monarquía y también se señalan en la actual República. Claro está, que los de hoy son figurillas, pues en esto de las seudofiguras también hay categorías.

Técnica de la insurrección

Dadas las circunstancias favorables por las que atraviesa el movimiento revolucionario de las masas, lo más útil es dar a esa masa una guía, una técnica para el día que se produzca la insurrección. Es decir, que es necesario que los obreros sepan, militar y estratégicamente, producirse en el momento de la lucha en la calle. Hace falta que esta preparación, teórica y práctica, se vaya realizando por medio del estudio y el ejercicio.

Es evidente; el VI Congreso de la Internacional Comunista lo anunció; un nuevo movimiento revolucionario, y para cuando éste llegue, los obreros deben estar preparados.

Casi coincidiendo con esta necesidad de orden técnico, acaba de aparecer un libro (*La insurrección armada*, A. Neuberger, Editorial Roja) muy interesante por dos razones: primera, por ser una obra escrita por un marxista que es un revolucionario que ha luchado; y, segundo, por su actualidad extraordinaria.

En la obra de A. Neuberger, cuidadosamente traducida por L. Curiel y M. Vela, se puede estudiar todos los aspectos de la lucha armada; desde la «organización de las fuerzas armadas del proletariado» hasta «los principios de táctica». Libro de mucho interés y sobre todo de gran utilidad.

ALVARO ARAUZ

Tip. P. Quiles, Grabador Esteve, 19, Valencia

Ultimos **CUADERNOS DE CULTURA** publicados:

N.º **64.** **Emilio Castelar, verbo de la Democracia**
POR LUIS GUARNER

N.º **65.** **Los Soviets . origen, desarrollo y funciones**
POR ANDRES NIN

El número próximo
se titulará:

Pobreza y atraso de España **Cómo se muere de hambre el español**
POR GONZALO DE REPARAZ (hijo)

Ojeada retrospectiva sobre la pobreza española. Causas de la pobreza y de la economía española. La economía destructiva y la desaparición de los bosques. Falta de comunicaciones. Aislamiento de los pueblos. La miseria en nuestros días, etc.

E D I C I O N E S

ORTO

Luis Morote, 44 - VALENCIA - España

Marin Civera: **El Sindicalismo** Historia - Filosofía - Economía 3 ptas.

Hildegart: **Paternidad voluntaria**
Guía práctica de los medios para evitar el embarazo . 2 ptas.

José López Tomás: **Plan Financiero Quinquenal
de la República Española** . 5 ptas.

Ramón J. Sender: **Teatro de masas** . 2 ptas.

Matias Usero Torrente, ex sacerdote misionero católico:
Jesuitismo y Masonería Dos ideales opuestos 250 páginas — 2 ptas

E. Armand: **Sexualismo revolucionario** (Amor libre)
Magníficamente presentado .. 2'50 ptas.

Krasin, Bogomòlov, Guerchanòvich:
Cómo actuaban los bolcheviques en la clandestinidad
Traducción directa del ruso por A. NIN .. 4 Ptas.

Alfonso Martinez Rizo (Ingeniero):
1945. El advenimiento del Comunismo Libertario
Una visión novelesca del porvenir .. 2 ptas.

Julio Noguera López: **La última víctima de la Inquisición**
(El maestro de Ruzafa, Cayetano Ripoll)
Ilustraciones de RIVADULLA .. 2 ptas.

HAGA SUS PEDIDOS A ESTA ADMINISTRACIÓN
Ayuntamiento de Madrid

En breve aparecerán
dos libros de la señorita



HILDEGART

Perversiones sexuales

El instinto sexual y sus manifestaciones mórbidas

DEL DOCTOR
BENJAMIN TARNOWSKI

Prólogo, traducción y láminas de
HILDEGART
Epílogo del Dr. Havelock Ellis

Con numerosas láminas en couché de todos
los homosexuales célebres en la Historia, des-
de Jesucristo hasta el último contemporáneo.

UN LIBRO SENSACIONAL

Precio: 2 Ptas.

Cómo se evitan y cómo se curan las enfermedades venéreas

POR LA SEÑORITA
HILDEGART

Con abundantes grabados y consejos
prácticos.

El libro más extenso, documentado y barato
que trata este importante problema.

Precio: 3'50 Ptas.

Haga sus pedidos anticipadamente a esta Administración

Ayuntamiento de Madrid